HQÑ™

Julieta (no) me quiere a mí



PINTINA CUNEO

Portadilla

Julieta (no) me quiere a mí

PINTINA CUNEO

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Pintina Cuneo
© 2026, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Julieta (no) me quiere a mí, n.º 431 - enero 2026

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Ilustración de cubierta: Almudena Costa

I.S.B.N.: 9791370009649

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Final
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

Para todos los protagonistas «imperfectos» que abundan en la vida real, porque nada enriquece más el amor.

Capítulo 1

Sancho

Con ese nombre él pensaba que nunca sería el caballero de historia alguna. Su papel a desempeñar siempre sería el de escudero. Fiel, pero escudero, al fin y al cabo. De buena gana pagaba por ser caballero, aunque fuese «el de la triste figura», que, según él, también lo era, ya que creía que no había que ir muy lejos para comprobar el triste aspecto que destilaba cuando caminaba.

«¡¡Puñetera muleta!!», maldecía, en los peores días, de ese apéndice que llevaba pegado a mano y brazo, leal y fiable compañero que no se separaba de su cuerpo; apoyo necesario, sostén incansable. Báculo firme del que era imposible librarse.

«Arriba. Ánimo. No te detengas. Tú puedes…».

Palabras y más palabras ofrecidas por el resto del mundo. «Frasecicas» repetidas una tras otra.

Y sus respuestas, invariables, también una tras otra: «Gracias, gracias, lo sé, lo sé…».

Si muerto no estaba, ¡claro que iba a levantarse! Y por supuesto que iba a seguir, y de sobra sabía que podía, pero, ¡joder!, no era ese el cuerpo, ahora limitado de algunos movimientos, que siempre creyó que tendría. Bueno, no lo creyó nunca, porque uno no vive pensando en que todo en ti funciona a la perfección, y en lo ágil, dinámico y flexible que eres para realizar cualquier actividad. Simplemente has interiorizado que eres así, sin limitaciones. El error es creer que será de ese modo para siempre, al menos hasta llegar a cierta edad.

«Deja de quejarte», se dice mientras llega frente a la puerta del edificio que alberga la firma de moda para la que trabaja.

«No te compadezcas, no lo pienses. Antes eras un Sancho imparable y ahora eres otro, un Sancho con freno, pero con eso y con todo lo que tienes debes entrar en batalla; no eres don Quijote, pero no vas a dejar de cabalgar junto a él». Y tenía claro que cada

persona debía enfrentarse a sus propios molinos, o gigantes, lo mismo daba.

Hoy ha decidido entrar por la puerta principal, atravesando la tienda. Debería llegar a su puesto de trabajo por el callejón trasero, el que comunica directamente con las oficinas y el almacén, pero a veces no puede evitarlo y, cuando todavía no han llegado los dependientes, prefiere acceder por esa parte. Saluda a Manolo, uno de los guardas de seguridad habituales en el edificio.

Y una vez dentro, se deja invadir por el inconfundible aroma que siempre irá unido a la marca para la que trabaja. Porque ese olor lo impregna todo: suelos, paredes y hasta la ropa; pudo confirmarlo con la única prenda que una vez se animó a comprar, solo para hacer la pertinente comprobación: aquel suéter retuvo el olor de la tienda hasta que no hubo más remedio que echarlo a lavar.

Los dependientes también olían así, y no porque se perfumasen con ese aroma, fuese lo que fuese, Sancho lo desconocía, sino porque al pasar todo el día en la tienda acababan por impregnarse de él. Ahora bien, de las oficinas hacia dentro, el olor parecía que tenía prohibido cruzar, porque allí, donde Sancho y otros debían moverse, olía a cerrado, a papel, a tinta, al cartón de las cajas donde venía embalada la ropa. Ocasionalmente olía a café, cuando alguien se animaba a prepararlo en ese trasto mal llamado cafetera y que escupía un oscuro brebaje que si te atrevías a tomarlo te descomponía el estómago en menos de un par de minutos, haciendo que tuvieras que arribar al baño y no en busca de agua como un náufrago sediento, sino clamando por un váter con una urgencia alarmante, y peligrosa, para la dignidad humana.

Sancho, como si esa fuese la primera vez que lo hacía, admiró la pulcritud de los percheros donde colgaba, ordenada de manera milimétrica, la ropa. Nunca dejaba de sorprenderse. Entre cada gancho había la misma distancia; entre los jerséis doblados y expuestos sobre las mesas también existía una distancia recomendada, los dependientes estaban tan bien aleccionados que el colocarlos así les salía perfecto de manera automática.

El mobiliario del local era, con diferencia, de un gusto tan exquisito que nada tenía que ver con la decoración de otras tiendas

de ropa. En la planta baja podías encontrar muebles de ricas y oscuras maderas, macizas mesas redondas con pie central, biombos forrados de finos tejidos orientales, elegantes sillones tapizados de lujosas telas y objetos decorativos de refinado estilo: telescopios, globos terráqueos, antiguos escritorios… Para la primera planta, es decir, ropa de fiesta y noche, la sobriedad estaba presente en los detalles, en la carencia de adornos superfluos y en las tapicerías de cuero negro. Por contraste, el mobiliario alegre y colorido, de moderno y original diseño, se reservaba para la última planta: ropa infantil.

Tres plantas de tienda, más el sótano, donde se ubicaban almacenes y despachos; allí se dirigía él, después de embeberse de ese olor, de llenarse los ojos de la pulcritud, la elegancia y buen gusto que todo aquel escenario textil rezumaba, uno que nada más mirarlo ya te hacía sentir desaliñado, mal arreglado. Porque, aunque llevases ropa recién estrenada y el espejo de tu casa te hubiera dicho, hacía escasos minutos, además, que lucías inmejorable para esa jornada laboral, en cuanto atravesabas este distinguido marco, la sensación desaparecía.

Quizá todo aquello era para otros, otros que no eran él, porque desde luego el suéter que se compró hacía tiempo no le quedaba ni remotamente parecido no ya al modelo de carne y hueso que lo vestía en las fotos del catálogo, es que ni igual que al maniquí de la tienda: ese muñeco sin cabeza que lucía la prenda, sentado en un taburete mientras tenía junto a él al maniquí femenino con un vaporoso vestido estampado en la más sutil y etérea de las gasas. Daba envidia mirar a esa pareja, envidia hasta siendo de plástico, por lo perfecta que resultaba.

—Ese traje me compré yo la semana pasada. —Escucha hablar a Manolo tras él y se gira, su enorme dedo índice apunta hacia la derecha y hacia allí mira Sancho—. El gris de rayas —le señala el guardia de seguridad—. Elegante, ¿no?

Sancho asiente.

—Bueno, pues mi novia puso el grito en el cielo: que parezco un cruasán, me dijo al verme con él puesto.

Sancho mira a su compañero, recreándose en su impresionante físico, y entiende lo que la novia de este ha querido decirle: Manolo es muy ancho de pecho, con unos músculos más que desarrollados en los brazos, y justo esa forma de cruasán se acentúa cuando cruza los brazos o se pone en pose de marcar bíceps; sus piernas, en comparación, son mucho más delgadas.

—Y mira que me han ajustado el traje y voy hecho un figurín, pues nada…, ¡¡un cruasán!! ¿Te lo puedes creer? Joder, me tocó el amor propio. Ya no aflojo más pasta en la tienda, jamás será ropa para este cuerpo, eso lo tengo muy claro, porque parece ser, yo creo, que hay que mear colonia y cagar pastas de té para que lo que aquí venden te quede bien.

Nuestro protagonista cabecea mientras sonríe con las palabras del guarda.

—Será cuestión de actitud, Manolo, así que tú ponte el traje y créetelo.

—¿El qué?

—Que meas colonia y cagas pastas finas.

—¡Tú no conoces a mi novia! —dice sin dejar de posar sus grandes manos en el cinturón donde cuelga la porra.

—Aprende francés —aconseja Sancho.

—¿Para qué?

—Verás como a tu novia el «cruasán» ya no le resulta tan alarmante cuando le susurres palabras encendidas en el idioma del amor.

Manolo achica los ojos para mirarlo con interés.

—Leches, Sancho…, pues no es mala idea.

—Algo tendrás que hacer para amortizar el traje, ¿no? —Sonríe haciendo reír a Manolo.

Se dirige hasta los ascensores para bajar un piso. Y en cuanto se abre la puerta y sale al triste pasillo del sótano, el olor de esa zona le golpea fuerte: se ha acabado la distinción y la elegancia, ahora está en la zona de «papelajos», de números y gente de corriente y moliente atuendo con ropa de saldo, de tallas universales, sin ajustar, sin caídas perfectas ni hechuras de infarto, sin *looks* atrevidos ni originales. Únicamente empleados con cara gris de tanto

trabajar bajo el fluorescente y frente a la luz de la pantalla del ordenador. Batallón de ciudadanos de a pie, gente del montón.

Sancho siempre es el primero en llegar y casi siempre el último en marcharse. Unas ventanas pequeñas y rectangulares, esas que en la calle quedan al ras de la acera, son lo único que une a quienes allí trabajan con el exterior. Los cristales dejan pasar unos tibios rayos de sol cuando llega la hora justa para que el edificio de enfrente lo permita. Por ahí se cuela, también, algún sonido de la ciudad o pueden ver los zapatos de los dependientes de la tienda cuando salen a esa zona a fumar, tomar el aire o charlar un rato en su descanso.

Sancho se acerca con su lento caminar, y la cadencia de su cojera, hasta su mesa. Comparte un minúsculo despacho con Asensio, un cubículo cerca de los baños; desde ahí, mientras trabajan, pasan todo el día escuchando cómo se vacían las cisternas tras la pared que divide ambos cuartos. A Lena, su jefa, no le gusta que el personal de administración trabaje con las puertas cerradas, de manera que todo el que pasa los ve y ellos pueden ver a todo el que camina rumbo al baño.

Asensio todavía no ha llegado. Su compañero es un jovencito de veintitrés años que hace nada acabó Administración y Gestión de Empresas. Entró para hacer prácticas y se quedó. Sancho lo estuvo supervisando y aleccionando durante ese periodo y después recomendó su contratación. El muchacho siempre busca la ocasión de entablar conversación más allá de balances, cuentas de explotación y estadísticas, es decir, intercambiar frases lejos de todo lo laboral; pero Sancho, salvo cuestiones simples como un breve, muy breve, a decir verdad, resumen del fin de semana o esa última película que ha visto en el cine, procura no desvelar más de sí mismo. No es así Asensio, que parece ansioso por contar y compartir todo lo que le sucede. Se nota lo poco que hace que ha salido al «mundo de los adultos», y además de saber de contabilidad y empresa, también quiere ponerse a la altura en cuanto a cuestiones triviales. Sancho le deja hablar, es bueno escuchando.

Deja la muleta en el suelo, en perpendicular a su mesa, pegada a la pared, donde no moleste, donde, si se levanta, no se olvide de

ella y pueda llegar a tropezar.

Ya sentado, conecta el ordenador, y las dos enormes pantallas se abren a la vez ante él.

Inspira hondo.

Cierra los ojos.

Unos zapatos resuenan alegres por el pasillo, puede ver esos finos tobillos caminando en armonía, esas piernas esbeltas embutidas en las medias negras con costura, perfectamente alineada, subiendo por toda su pantorrilla. Tacones de ocho centímetros, color negro. Son los zapatos de todas las dependientas, pero ninguna camina de ese modo que está escuchando en ese instante: ha llegado Julieta.

Capítulo 2

Julieta

Con ese nombre bien podría ser la heroína de una buena novela romántica. Pero nunca había sido la protagonista, bella sí, nunca protagonista. Y no es que deseara vivir un amor trágico como el de la obra de Shakespeare, porque ¿quién iba a querer un amor imposible que dura menos que un suspiro y acaba contigo muerta? Desde luego, ella no.

Y tenía no únicamente el nombre de protagonista, sino también un físico agraciado que la hacía portadora de casi todos los números del bombo para cuando se sorteasen caballeros rendidos a tus pies. Eso le solían decir. Eso y una chirriante frase que detestaba oír: «Vas a tener al hombre que quieras», como si la vida fuese una exposición de hombres, ¡un mercado, vaya!, en el que al llegar pudieses decir: «Quiero este y ese, y póngame también a aquel de allí, el de los ojazos negros del fondo».

«Puñetero físico», maldecía en cada ocasión en la que este nada más de ella dejaba ver.

«Pibonazo, tan mona, todo te sienta bien, elegancia natural, belleza deslumbrante, despampanante, bombón, estás más buena que un queso». Piropo, este último, original como pocos, sobre todo porque a saber con qué queso la comparaban. Si era ese llamado «fresco», sin sal, sin lactosa, sin aromas, sin ningún aditivo, solo leche y cuajo, pues entonces sí, porque ella no se veía espectacular en modo alguno. Pero, vaya, que para «cuajo», sin duda alguna, el del tipo que regalaba tan elaborado piropo.

Palabras y más palabras pronunciadas por el resto del mundo. «Frasecicas» escuchadas una tras otra.

Sus respuestas, invariables, también una tras otra: «No es para tanto, no todo es un buen físico».

Todos le decían lo guapa que era. Y mona, fina, elegante y con un cuerpo de medidas proporcionadas. Y aunque podría no cuidarse, lo

hacía porque le gustaba: comida saludable, deporte, horas de sueño reparador… Podría ir vestida con lo primero que encontrase en el armario, pero es que tenía ojo para los colores y para combinar prendas, porque había educado el gusto y además era diseñadora y consejera de moda, que todo suma y todo hace.

«Anda, deja de quejarte», se dice, porque de sobra sabe que quedaba mal si lo hacía de viva voz, «y porque al fin y al cabo tampoco es bueno estar todo el día regodeándote en lo mismo», se recrimina mientras se planta frente al edificio de la firma de ropa donde trabaja.

«Deja de compadecerte, porque si casi nadie ve en ti otra cosa más que una muñeca mona andante, con la cabeza hueca, ya deberías estar curada de espanto». Aunque no por eso pensaba aceptarlo; estaba convencida de que nunca sería la Julieta de nadie, pero si tenía que ser sincera consigo misma, tampoco quería a un Romeo deslumbrado y atontado con ella.

Hoy ha decidido entrar por el callejón trasero, el que comunica con las oficinas y el almacén. Su entrada habitual suele ser a través de la fachada principal, por el acceso a la tienda, pero a menudo se escabulle y huye de ese olor que lo baña todo desde la planta uno a la tres. Lo baña todo menos la zona de despachos, ahí parece que el olor se disuelve, y a ella, allí, le huele a papel, a tinta, y eso para Julieta representa dibujos, ideas, diseños, una silla, una mesa y toda esta llena de bocetos, de sus múltiples lápices de colores esparcidos por la superficie.

El olor de la tienda la acompaña a diario y llega con ella hasta su casa al acabar la jornada. Por más que eche a lavar la ropa en cuanto entra por la puerta, desvistiéndose en el mismo recibidor, y por más que vaya a la ducha de inmediato, su nariz sigue percibiendo y recordándole dónde y para quién trabaja.

—¡Buenos días, Julieta!

—¡Hola, Carmen! —saluda a la jefa del servicio de limpieza.

—¿Sabes que el vestido que me recomendaste fue todo un éxito? —le dice la mujer bajando el tono.

El vestido en cuestión no es de la casa, y Julieta, como asesora de moda, siempre se ve recomendando prendas vaya donde vaya y esté

donde esté, pero le molesta que Carmen en ese momento baje la voz, porque nadie obliga a los empleados a adquirir ropa única y exclusivamente de allí. Pero es una señora respetuosa y teme que alguien en un cargo superior, si llega a escucharla, pueda molestarse, más que con ella, con su principal *personal shopper*, es decir, Julieta.

—¿Compró usted en la corsetería que le dije?

—Desde luego, ¡y vaya cambio! Una siempre cree que la faja es un elemento de tortura, pero el cambio es notable; con ella y el sujetador que allí me aconsejaron, le dan al vestido prestancia, ¿se dice prestancia? —inquiere frunciendo el ceño.

—Así es —le confirma—. Una prenda adecuada, la ropa interior correcta, una buena actitud, y todos podemos lucir perfectos.

«Y sin gastar en la marca», le habría gustado añadir.

—Oye, que, cuando puedas, mis nietas quieren hablar contigo para los diseños de la boda de su prima.

—¿Están interesadas? —pregunta ilusionada.

—Mucho —contesta Carmen al mismo tiempo que desaparece en el interior de uno de los despachos empujando el carrito de la limpieza.

Julieta pone rumbo al baño, para dejar en su taquilla el bolso y la chaqueta. Sus compañeros de tienda no tardarán en llegar: Leticia, la chica de la caja; Víctor y tres dependientas más. Unos compañeros que, al fin y al cabo, trabajan menos que ella, y no por las horas que estipulan sus contratos, todos hacen las mismas, sino porque, al ser la asesora, va de planta en planta, subiendo y bajando sin parar, atendiendo lo mismo a señores indecisos ante la mejor corbata para combinar con esa camisa que han elegido que a señoras decididas a no dejarse aconsejar, pese a que ella no acude a orientar si antes no se ha requerido su presencia. Pero tal parece que se la solicita para que, una vez ante la clienta, esta se sienta con el derecho a despreciar todas y cada una de sus sugerencias. También debe atender a mamás con niños repelentes que no dejan de corretear por toda la planta mientras sus progenitoras toquetean y sacan las prendas de su ordenado lugar.

Se introduce en el pasillo que conduce a los aseos, pasando ante varias oficinas, todas vacías a esa hora salvo la última; lo sabe porque ha escuchado el sonido del encendido del ordenador: Sancho ya está allí.

Capítulo 3

Sancho

A Sancho, aunque levemente, le tiemblan las manos, nadie que le observase podría detectarlo, pero lo siente él, incluso puede verlo, así que cierra los puños sobre el teclado. Julieta no tarda más que unos segundos en recorrer el pasillo para perderse en los baños y dejar sus cosas en la taquilla, y de nuevo de vuelta otros tantos segundos en hacer el recorrido inverso. ¿Cuántos en total? ¿Creéis que él no lo sabe? Lo sabe, son treinta y siete. Los ha contado.

Si Julieta se entretiene algo más es porque se cruza con algún compañero y le da conversación, una que, dada la premura por incorporarse a su trabajo, ella suele eludir elegantemente mientras le contesta de manera vaga. Al cubículo de Sancho y Asensio no ha entrado nunca, no suele hablar con nadie de administración como no sea con Lucía, la compañera que lleva las nóminas en el despacho de al lado. Nunca han tenido ocasión de cruzarse en el edificio y Sancho sabe que lo habitual en ella, al pasar ante su puerta, es no girar la cara para ver quién ocupa, antes que el resto de compañeros, esa silla de despacho a primera hora de la mañana.

Sancho lleva tres años en la empresa, en el puesto de administración; en cambio, ella se incorporó hace apenas un año. ¿Cómo no recordar el día que llegó?

Él se encontraba en su mesa. Sin moverse, como siempre. Porque ¿qué iba a mover como no fuesen los dedos sobre el teclado? Todo estaba en silencio en esa zona, hasta que lo rompieron unas voces. Una grave y seca: la de su jefa, Lena. Y otra voz, una nueva, cantarina, musical, dulce… ¡¡Ayy, Sancho!! Muy muy dulce, tanto que parecía caramelo derretido en su oreja.

«Me llamo Julieta», su nombre.

«Huy, Julieta, y ahora me dirás que tu novio se llama Romeo, ¿no, bonita?», la broma de la jefa al respecto.

«Ja, ja, ja», su risa, en la que, sin conocer a la nueva compañera, él detectó un deje de molestia o falsa alegría, deduciendo que la broma ya estaba para esa chica demasiado gastada. Lo que sería algo de entender puesto que era tan absurda y ridícula como infantil y estúpida.

«Tap, tap, tap…», sus zapatos, conducida por la jefa, trazando el camino que debería seguir a diario en cuanto se incorporase. El ruido de sus tacones se convirtió en pura música para Sancho desde ese momento: lo inconfundible, lo inimitable, ese pisar cadencioso, sin prisa, salvo cuando corría porque abandonaba su puesto en la tienda unos minutos y bajaba al baño deprisa y corriendo, volando, más bien, para no tener que sufrir la ira de la lengua enfurecida de Lena por dejar el puesto, ni siquiera para una necesidad básica.

La jefa, mientras avanzaban por el pasillo, le iba indicando a qué se dedicaban en cada despacho, aunque no presentó a nadie, ¿para qué? Si los de los «papelajos» no eran nadie, entonces, ¿para qué dar nombres ni fijarse unos en las caras de otros y elogiarse con una sonrisa de acogida?

Cuando intuyó que ya estaban frente a su despacho, Sancho no pudo evitar salir un poco por detrás de su pantalla, pero un poco más bien poco, pero que le sirvió para ver un mucho, aunque más bien insuficiente debido a la rapidez con la que ella había seguido avanzando. Y porque cuando sus miradas estaban a punto de cruzarse, quién sabe si para caer arrebatadamente perdidos de amor uno del otro como en una novela con su *instalove* pertinente, pues justo ahí, se puso en pie Asensio para taparle casi toda la visual de la puerta, dejando ante sus ojos unas medias negras con enormes lunares rojos embutidas en unos tacones negros; los mismos que vio a lo lejos en el refrigerio al que la empresa invitó esa tarde-noche con motivo de la Navidad. Una fiesta de empresa sin salir de la empresa.

Esa noche, lo recordaba bien…, bueno, Sancho recordaba bien todo, eso de no manifestarlo para afuera le hacía tenerlo todo demasiado presente. Pues esa noche, en la que no le apetecía nada quedarse a compartir un rato con nadie, recordaba que Leticia, la chica de caja, no se había separado de la nueva incorporación. Y no

por querer ejercer de anfitriona, sino porque el dependiente de ropa *sport*, Víctor, se había pegado a Julieta como lo hacen las bolas a un jersey de lana, esas que solo salen con cuchilla o con un quitapelusas eléctrico. Y a Leticia ese hombre le gustaba mucho, más que una silla después de la jornada de ocho horas de pie, tras la caja registradora, y elevada sobre esos tacones que les obligaban a llevar.

El muchacho estaba de muy buen ver: alto, moreno, pelo negro; pero negro negro, vamos, azabache, ese casi azul que parece de dibujo. Y ya rematas la perfección de la ilustración con unos ojos verdes, ancho de hombros, fuertes muslos, cintura estrecha y ese culo prieto que se adivinaba bajo todo lo que se ponía. «Si es que parece un torero», había dicho emocionada Leticia un día a alguien, Sancho no supo a quién, en el cuarto de baño. «Parece el hijo de…», Sancho no recordaba el nombre que Leticia pronunció, pero supo que se refería al hijo de una famosa del mundo del corazón y un torero de renombre. Y, la verdad, había que reconocerlo: tenía razón, porque era embrujadora la mirada de Víctor, hasta a él le hacía bizquear cuando en alguna ocasión habían hablado. Y no porque le gustase el muchacho, sino porque tenía unos ojos muy bonitos, en la forma, en el color y, sobre todo, por su modo de mirar. Eso no era forzado ni actuado; «con eso se nace o no se nace», le había dicho Manolo, indignado, en una ocasión.

—¿Víctor no era gay? —le susurró el de seguridad.

—Poli —dijo Sancho con total dejadez.

—¡¡¿Poli?!! ¿Cómo que «poli»? ¿*Poliqué*? —inquirió Manolo sorprendido ante el desconocimiento de lo que se le decía.

—*Poli* tú tienes novia y no deberías comerte con los ojos a la nueva, *poli* no te importa donde Víctor la meta.

—*Poli* mala hostia que tienes cuando te sacan de detrás del ordenador. ¿Te refieres a que es poliamoroso? ¿Y tú cómo sabes dónde le gusta mojar el churro a este tío? —se exasperó su compañero.

—Pues por el mismo medio de comunicación por el que me entero de todo aquí: él se lo contaba a alguien, el otro día en el baño, por teléfono, y desde mi puesto se oye todo…, por desgracia, tanto las

diarreas físicas como las verbales, porque las mentales no las escucho, pero prefiero no imaginarlas, ¡cada uno que solvente sus neuras como pueda!

Ambos observaron a su compañero durante unos segundos.

—Víctor me invitó un día y yo creía que era a tomar algo, luego me di cuenta de que era a «tomar» algo más.

—Y… —quiso animarle Sancho a continuar.

—Y nada. Me sentí halagado, la verdad, nunca un hombre se había interesado por mí y, bueno, no deja de tener su aquel.

Ambos miraron nuevamente en dirección a Víctor.

—Joder, pues ahora que caigo, a Leticia ninguna gracia le tiene que estar haciendo la nueva, porque va detrás de Víctor desde hace tiempo ya. Así que mírala, ahí de guardaespaldas de la muchacha por si se le ocurre tirarle la caña y cobrar la pieza que ella tanto tiempo se lleva trabajando. Anda, ven, vamos a presentarnos. —Manolo posó la mano en su brazo invitándole a seguirle.

—No, paso.

—Solo es saludar, ¡un mínimo de educación, hombre! —se enfadó —. ¿Tú tienes novia o algo?

—Un cactus —anunció Sancho sin inmutarse.

—¡Joder! Como esa película, *Flor de cactus*, ¿la conoces?

—La conozco —asintió Sancho rememorando la comedia del inolvidable Walter Matthau y la gran Ingrid Bergman.

—Que no te entre complejo —parecía aconsejar Manolo mientras le palmeaba la espalda.

—¿Por qué habría de entrarme complejo? —No entendía su comentario.

—Que tú no tienes nada que envidiarle al macho alfa de Víctor.

—No tengo envidia, puedes quedarte tranquilo.

—Oye, no te habrá molestado lo que he dicho, ¿verdad? Que solo intentaba animarte. —Pareció sentir alivio al ver como Sancho negaba con la cabeza—. Que a ti te he visto yo remando con la piragua en el río y menudo pecho y menudos brazos.

Así era, a Sancho, desde siempre, le habían atraído todo tipo de deportes, pero desde su accidente no todos le era posible practicarlos; el de remo era en el que más se ejercitaba

últimamente, tenía una piragua y participaba en competiciones. Entrenaba casi todas las tardes a la salida del trabajo, de ahí llegaba hasta el río para remar durante al menos una hora.

—Gracias por el cumplido, tú también tienes un pecho imponente, Manolo —le dijo mientras le guiñaba un ojo—. Pero yo, con ese pecho y todo, no quiero nada contigo, no te pongas triste, ¿eh? —El de seguridad se echó a reír de manera estruendosa—. Y me marcho ya.

—Si acabamos de empezar.

—Por eso, me voy antes de que alguno se emborrache y empiece a decir tonterías o me toque a mí acompañarlo a su casa en un taxi.

—Joder, Sancho, ¡pareces una abuela!

—¡¡Porque me usáis de abuela!! Que si acompaña a fulanita a su casa, que si compra antiácido para menganito que se siente fatal, que si a zutanita le ha entrado llorera con la última ronda de tequilas y necesita un hombro en el que aliviar sus penas…

—Pues no actúes como una abuela —le recomendó.

—No me dais opción, Manolo, me tenéis como tal.

—Si es que eres un buenazo, nene.

—Mis coj…

—¡*Saboca,* yaya!

Los dos rieron con ganas.

—¡Feliz Navidad, Manuel! —le deseó mientras se incorporaba de la mesa en la que había estado apoyado.

—¡Feliz Navidad, Sancho! —Su enorme compañero se echó sobre él para palmearle cálidamente la espalda.

De esa noche, Sancho se llevó dos cosas a casa: los ojos perdidos de Julieta mirando a todos los que se acercaban a ella y a todo lo que la rodeaba, sin llegar a posarlos más de unos segundos en nada ni en nadie en concreto. Y la imagen de sus labios, grandes, brillantes, jugosos. ¡Santo cielo, qué hambre sintió! Se le encogía el estómago y casi lo creía sentir rugir de puro famélico. Por supuesto, Sancho no durmió esa noche.

Capítulo 4

Julieta

Taconea por el pasillo mirando hacia el suelo, unas losas de ajedrez que está harta de mirar en su recorrido hasta el baño. Treinta en línea recta, quince blancas, quince negras. Justo ante la negra número doce se encuentra la puerta del despacho de Sancho. Todavía recuerda el día que llegó a la empresa y su jefa, haciendo de anfitriona, aunque una muy maleducada, no se olvidaba de ese detalle, le mostró las instalaciones. Aunque solo eso, porque no llegó a presentarle a ninguno de los compañeros de administración, tampoco a los de seguridad o limpieza.

Julieta recordaba que llegó a mirar hacia el interior de todos los despachos y nadie elevó la vista de su trabajo. En cambio, aquel hombre salió de detrás de la pantalla del ordenador cuando ella se plantó ante el umbral, y justo en el instante en que sus ojos ya iban a hacer contacto visual, un jovencito delgaducho se levantó de su silla haciendo de parapeto entre ellos dos.

Horas más tarde lo vio en la fiesta de Navidad organizada por la empresa. Una a la que en principio no pensaba quedarse, pero le pareció un gesto feo en su primer día y también pensó que era una buena ocasión para acabar de conocer al resto del personal que no le había sido presentado.

La chica que atendía la caja se le pegó como una mosca al azúcar, y antes que ella lo había hecho Víctor, el único dependiente masculino en tienda. Se dio cuenta de lo que parecía: que estaba ligando con ella, así lo entendió cuando Leticia hizo acto de presencia y enseguida notó cómo suspiraba por él. Y él, Víctor, nada seductor, por cierto, tan solo hablaba de su malestar, ya que era el más antiguo de los dependientes y quería ascender a jefe de tienda y pensaba que con la contratación de una asesora en moda, como era ella, su ascenso peligraba.

«¿Encargada de tienda? No, gracias», pensaba hastiada. Ella era diseñadora y, aunque en su contrato apareciese como asesora de moda, no pensaba quedarse el tiempo que seguramente se exigía para ascender a ese puesto al que Víctor aspiraba. Pero no pensó en aclararle nada a este, ni para dejarlo tranquilo al respecto ni tan siquiera para que no pensase en ella como una rival a batir. Podía pensar lo que quisiera, pero, ¡¡por favor!!, que se largase cuanto antes a ver si así de paso también se le despegaba la cajera, suplicaba desesperada en silencio.

Julieta ya sabía cómo se llamaban todos sus sobrinos y lo que su hermana pequeña, embarazada de siete meses, traía de camino. «¿Por qué no suben la música? ¿Por qué han dejado que suene como el simple hilo musical que la tienda tiene de fondo habitualmente? ¿No es una fiesta de empresa? Pues que se note en algo, joder», rezongaba en silencio. ¿Y cuántas veces le iba a preguntar Leticia si tenía novio o salía con alguien? ¿Acaso esa mujer no entendía que, si alguien te gustaba, el tener pareja no era un impedimento para irte con otro u otra y no de paseo?

«Víctor jamás se acostará contigo, te huelen las axilas», quiso susurrarle con discreción de una buena vez a ver si entendía que el olor que desprendía su camisa de tela sintética, ahuyentaría al humano más deseoso de sexo. Y era mona, no se podía negar; de no haberlo sido, dudaba de que estuviese contratada de cara al público en esa empresa, las cosas por su nombre: ni Leticia, ni ella misma, ni Víctor, ni las otras tres chicas de tienda serían dependientes allí de no ser por su bonito rostro y cuerpo agraciado. Era la cruda y cruel realidad de negocios como ese.

Julieta, cuando la dejaban de atosigar, intentaba hacer ese contacto visual que no había sido posible con el único compañero que no se había acercado para presentarse: el hombre que se había asomado tras la pantalla de su ordenador. Y no es que ella fuese nadie importante, pero, al ver como unos y otros la saludaban, se sintió algo triste al comprobar el nulo interés que él parecía tener hacia su persona. Para cuando quiso ser ella la que se acercase a presentarse, ya no lo encontró en ninguna parte.

Dos cosas se llevó Julieta a casa esa noche: por un lado, la mirada cansada y aburrida que Sancho posaba en todo y en nada, una mirada que decía claramente las ganas de desaparecer que tenía. Y, por otro, la sonrisa de aquel hombre, la que en varias ocasiones le había arrancado uno de los guardias de seguridad. Sabía que las carcajadas habían escapado de sus labios, aunque desde donde estaba le había sido imposible escucharlas, pero le había bastado observar cómo se iluminaba su rostro en las pocas ocasiones en que había sonreído, una curva ascendente que le habría encantado ver de cerca y, sobre todo, que fuese dedicada a ella. Le dio un vuelco el estómago únicamente de pensar en vivir un momento así, y esa noche, en su cama, lo recordó en más de una ocasión. Julieta, por supuesto, no pegó ojo.

Capítulo 5

Ellos

A ella le apetece asomarse al cubículo de Sancho, desde el primer día. Cada día.

A él le apetece mirar y salir de detrás de la pantalla del ordenador, como hizo aquel primer día. Cada día.

Julieta busca esa sonrisa para ella. En cuanto se encuentre cara a cara con Sancho, sabe que no podrá apartar la vista de la boca de ese hombre y que no prestará atención a nada que él le diga, solo a la espera de ver ese dibujo ascendente. Y si no sonríe, nuestra protagonista ha preparado unas cuantas frases ingeniosas que cree puedan ayudarla en su propósito de hacerle reír.

Sancho ansía la visión de esos labios cuando al fin pueda recorrerlos a placer con sus ojos, regodeándose en esa maravillosa imagen, y sabe que, si ella le habla, será tan sumamente maleducado como para no posar los ojos en los de esa mujer, porque va a comerse esa boca con la mirada, sí o sí, sin remedio, sin culpa alguna, sin una pizca de educación.

A ambos les gustaría hablar un rato, al fin y al cabo, todavía faltan diez minutos para que empiece realmente su jornada. Siempre son los primeros en llegar y nunca han coincidido en la puerta, ni en la de la tienda ni en la del callejón. Parece que se huelen y se evitan a propósito. Pero nada más lejos, simplemente el destino, o sus cambios de opinión respecto al lugar por el que van a entrar a diario, hace que nunca se hayan cruzado. También es casualidad, ¿no? Pues lo es.

Como que nunca hayan coincidido por los pasillos, o en alguna de las quedadas de los viernes, tras cerrar, para tomar algo que varios empleados suelen organizar. Ambos las evitan y esto sí es a propósito.

Pero sí se han presentado, eso sí ha ocurrido, muchos meses atrás, aunque fue el momento más tenso, caluroso y extremadamente acelerado que Julieta recordaba haber vivido. Al pisar la losa negra número doce, un buen día se le ocurrió girar la cara, para descubrir que él ya la estaba mirando.

—Julieta —dijo ella presentándose.

—Sancho —se presentó él.

Fin, diría el narrador de la historia.

Ella, con el rostro como la grana, se lanzó de cabeza hasta la siguiente loseta blanca y continuó andando.

Él, con la cara blanca, peor que si fuese un fantasma asustado, bajó de inmediato la vista hasta el teclado.

«Joder», pensó, agobiada, ya en la loseta negra número trece.

«Mierda», se dijo, frustrado, poniendo, sin cuidado alguno, la mano sobre el teclado para volver loca a la pantalla que tenía abierta, descuadrando así uno de los archivos que estaba revisando.

Y hasta ahí todo intento o acercamiento para conversar entre ellos después de casi un año.

Ahora, Julieta, tras la corta charla con Carmen, la señora de la limpieza, taconea por el pasillo acelerando el pulso de Sancho.

El inconfundible sonido de encendido del ordenador a ella la pone alerta en cuanto entra en el sótano.

Él cuenta sus pasos, sigue con atención el ritmo de sus tacones golpeando las losas, que se ralentizan de forma imperceptible cuando llega justo antes del umbral de su puerta. Solamente el oído ya entrenado de Sancho puede percibir ese ligero cambio.

Con la vista fija en el final del pasillo, siempre espera a que él se decida y aparezca en pie, en el umbral de su cubículo, y que por fin tengan un intercambio de palabras como cualquier compañero de la empresa. De manera que avanza agudizando el oído por si escucha un arrastrar de silla que le indique que por fin se ha incorporado y no está, como siempre, parapetado tras sus enormes pantallas cargadas de números. «¿Y si es de los que se dedica a ver porno gratis a estas horas tempranas a costa de la empresa?», se pregunta encogiéndose de hombros, porque tal vez sea de esos y por esa razón no desea molestarse en salir hasta el pasillo a tener una

mínima conversación, ya que eso sería interrumpirle en ese momento erótico; igual hasta le fastidia que ella llegue tan temprano.

«Se acabó», se dice, decidida a hablar con él de lo que sea: de si irá a la cena de Navidad, que ya queda poco para que se celebre, de si está viendo la última serie de la que habla todo el mundo, del tiempo que hace que no llueve…, por supuesto, gran tema de conversación en Murcia que llueve de poco a nada. Así que en la loseta negra número doce se detiene y gira el rostro, para comprobar que él ya la está mirando, como si la esperara.

Sancho se tensa, bajo el trasero siente la dureza de la silla como nunca antes le había ocurrido, la pierna coja le acaba de dar un latigazo erizándole la piel, enviándole una terrible descarga de corriente por toda la espina dorsal hasta llegar al rostro, congelándolo por completo. Los ojos se le agrandan de modo exagerado y la boca se tensa en una mueca de dolor que vista desde fuera parece aprensión más que otra cosa. Así, cuando Julieta va a decirle algo, parece que cambia de opinión al mirar su expresión y, ofendida, simplemente dice:

—Olvídalo.

Sancho ha esperado tanto tiempo ese momento que ya no creía que se diera entre ellos, y ha sido tal la sorpresa que le ha provocado verla detenerse y dirigirse a él, que ha sido hasta doloroso, haciendo sufrir a su pierna, ya de por sí maltrecha.

Capítulo 6

Julieta

Hoy ha quedado para comer con su amiga Margarita. Tan solo dispone de una hora y media, por lo que le ha pedido que elija un restaurante cercano a la tienda. ¡Y tan cercano! Tanto como el que queda justo enfrente de la fachada trasera del edificio, una coqueta terraza que nunca ha visitado a pesar de estar situada al lado del trabajo. Julieta, en su día a día, siempre prefiere ir a comer a un parque dos calles más atrás, porque, aunque quisiera, no le daría tiempo a ir a comer a casa con tranquilidad y regresar a tiempo. En ese parque puede respirar al aire libre, contemplar el cielo, observar a los transeúntes… Incluso cerrar un ratito los ojos y diseñar prendas, vistiendo, en su mente, a las chicas que pasan ante ella: que si una blusa con mangas de mariposa, que si un pantalón *palazzo*, o una capa con corte medio color violeta… Allí deja volar su imaginación creadora mientras escucha el sonido ambiente de la ciudad en movimiento.

Margarita y ella son amigas desde el colegio y, aunque últimamente se ven menos de lo que ambas desearan, procuran quedar de vez en cuando para ponerse al día.

—¿Qué tal en la tienda?

—¿Si te contesto «igual que el primer día que aterricé ahí», quedo muy mal?

Julieta siente vergüenza al quejarse por su empleo, son muchos los que no tienen nada y ella trabaja en una gran empresa y el sueldo no es malo, pero no es lo que siempre ha deseado. No está a gusto, no siente que avance. Levantarse cada día teniendo como objeto y objetivo vender ropa no es un aliciente y, aunque sabe que hace feliz a mucha gente que se pone en sus manos para buscar consejo, esta ocupación no la llena.

—¿Recuerdas la colección de la que te hablé hace un año? —Margarita asiente—. Pues la tengo completamente acabada y… —Se

detiene, indecisa, ante lo que desea contar, porque quiere manifestarlo en voz alta, pero sabe que ni ella misma ha asimilado su propia idea y dejarla volar al aire es como tener que ponerla en práctica.

—Va, continúa —anima Margarita.

—Pues que la marca para la que estoy contratada no cubre la franja de edad a la que yo la he dedicado: *young lady*. Son muchas las jovencitas que vienen buscando algo y nunca encuentran nada, ya que la ropa infantil llega hasta los catorce años y de ahí la firma pasa directamente a ropa de mujer, de manera que he pensado ofrecerles mi colección.

Se escucha mientras lanza al aire su propuesta, valorando cuánto de descabellado suena, y no puede evitar morderse la mejilla desde el interior mientras espera a que su amiga opine. Es a la primera persona a la que se lo comenta y ese paso es muy importante para ella.

—¿Es tu sueño y vas a cedérselo a otros? —Su amiga se ensombrece conforme la ha escuchado hablar.

—No es cedérselo tal cual, mi nombre como diseñadora estaría ahí, pero ellos se ocuparían de todos los trámites de los que yo no puedo hacerme cargo: mano de obra, comercializarla y, bueno, la publicidad. Pienso que ahora es el momento de ofrecerles mis diseños, no tienen esta línea de ropa y creo que les puede gustar.

—¿Crees? —pregunta Margarita torciendo la boca.

—Perdón, ¡¡estoy convencida!! —se corrige riendo.

Las dos siempre han pensado que tener una actitud positiva ante todo ya les suponía tener recorrido la mitad del camino que fuesen a emprender.

—La otra alternativa es lanzarme yo sola.

—¿Y no quieres probar?

—Sinceramente, me da un poco de miedo y mucho, muchísimo, vértigo.

—Ya tienes un nombre —le recuerda su amiga.

—¡Marga! —se lamenta Julieta.

—¿Qué?… ¿QUÉ? —Repite la pregunta en un tono más alto inclinándose sobre la mesa—. Esto lo hemos hablado muchas veces.

—Ya nadie se acuerda de mí.

Julieta, cuando vivió en Londres, se animó a presentarse a un concurso televisivo donde buscaban nuevos talentos en el mundo de la moda. Y aunque entró sin muchas pretensiones, acabó ganando. Durante los meses que duró el programa, su nombre se hizo visible y no se dejaba de hablar de sus diseños, haciéndose un importante hueco en las redes sociales en ese año repleto de aventura y aprendizaje. El dinero del premio lo invirtió en viajar, adquiriendo conocimientos en tejidos, empapándose en técnicas tradicionales en bordados y de tinturas de telas. Doce inolvidables meses alrededor del mundo: industria del *tweed* en Escocia; industria lanera: aran en Irlanda, merino en España; tinas de teñido en Choura y el zoco de los tintoreros en Marrakech; algodón en India y también Perú; bordados en seda de China, el Kharak, en satén de Rajastán… Visitas en las que no solo aprendió y compró innumerables géneros para empezar a confeccionar sus propios diseños, también disfrutó como nunca antes lo había hecho con una experiencia relacionada con su profesión.

Pero todo eso pasó, se estancó con el diseño de su colección y, aunque su perfil en redes no lo dejó de lado, su popularidad cayó considerablemente y tuvo que buscar trabajo más allá de las horas sueltas como asesora de moda. De ese modo, por necesidad, fue como acabó en el puesto de dependienta que ahora intenta defender con menos ganas de las que debería ante su amiga.

—Sigues activa en redes y tu blog de moda tiene muchos seguidores. Tus vídeos, los trucos y consejos gustan mucho, todo eso cuenta si te animas a lanzarte sin el respaldo de una firma famosa.

—Ya, pero imagina que la firma dice sí… Volvería a estar en boca de muchos.

—O tal vez no. Mira, no quiero desanimarte, pero vender con ellos no es garantía de éxito al cien por cien.

—Con que fuese un éxito al cincuenta por ciento ya estaría bien, y de ahí a pasar a vender yo sola creo que no sería tan difícil.

—Estás buscando excusas, un puente entre el miedo que sientes y la seguridad de una marca afianzada.

—¿Y es malo? —Julieta tuerce con disgusto la boca.

—¡Arriesga un poco! —la anima Margarita.

—No es un poco, es un mucho, mis padres tendrían que ayudarme para lanzar la colección, porque del dinero del premio no queda nada, lamentablemente. —Mira abatida y desilusionada a su amiga —. ¿Tan malo es lo que planteo? —pregunta, un tanto tímida.

—Para nada, te entiendo, ya quisiera yo tu imaginación y ese tesón que tienes para luchar y sacar adelante un proyecto. Es normal tu miedo, y si es esto lo que quieres, adelante, proponlo y, cuando digan no, vuelve a replanteártelo todo, pero tus diseños tienen que lucirse en la calle. —Margarita presiona las manos de su amiga para infundir ánimo, después eleva su copa de vino para brindar por lo que ha dicho.

Julieta entrechoca la copa de agua con la de su amiga y da un pequeño sorbo.

—Oye…, ¡que el sábado es tu cumpleaños! —Julieta acaba de recordarlo—. Espero que Juan haya mejorado algo más a la hora de hacerte regalos.

Juan es el marido de Margarita y esta lleva luchando toda su relación, desde que se conocieron, diez años ya, para que su pareja sepa captarla a la hora de complacerla con los regalos. Pero no hay manera, el pobre hombre siempre compra lo que a él le gusta, olvidando lo fundamental a la hora de hacer un regalo: pensar en la persona a la que va dirigido.

—¿Tú no estarías disgustada? —inquiere frustrada Margarita.

—…

Al no contestar, Margarita insiste:

—¿Te daría igual que tu pareja se gaste un dineral en cosas que a ti ni fu ni fa y que además debas ponerle buena cara, hacerte la sorprendida y fingir que te gusta? Ah, y lo que es peor: tener que usar lo que te regala, por no hacerle el feo… ¡Es que por Dios! —se lamenta Margarita.

—Pero ¿y por qué no cortas ya esa rutina de regalos? No finjas más y, sobre todo, no le dejes gastar dinero tan tontamente.

—¿Qué harías tú? —pregunta su amiga, desesperada.

—Mira, yo he llegado a un punto en mi vida en el que los objetos materiales no me satisfacen, cuando quiero algo que de verdad me gusta, si puedo permitírmelo, me lo compro yo para darme el capricho. No quiero regalos, porque lo que me provoca a estas alturas de mi vida es que me rellenen agujeros.

En ese mismo momento una fuerte carcajada suena tras Julieta, haciendo que abra los ojos como platos.

—No he sido muy discreta, ¿no? —le susurra a Margarita, entendiendo que la persona que hay tras ella, sentada en la terraza, la ha escuchado y, sobre todo y lo que es peor, la ha entendido. Pero no piensa girarse para ver de quién es el rostro que probablemente la esté mirando sorprendido.

—Julieta, ¿has dicho lo que creo que acabas de decir? —inquiere su amiga entre escandalizada y divertida.

—Eso mismo que tú y quien me ha oído estáis pensando, sí. Es que no me ilusionan ni anillos, ni otro tipo de joya, ni flores; me apetece que me inviten a comer y que después me hagan el amor, o sea, y aunque no suene muy elegante, rellenar agujeros, orificios…, ¡¡y no hay nada malo en ello!! —Eleva un tanto la voz para que ese hombre que antes la ha escuchado también escuche eso último que acaba de decir—. Y las dos partes de la pareja felices con el regalo, ¿a que nunca lo habías pensado? —Observa como su amiga niega—. Plantéaselo a tu marido, verás como él descansa y le haces sentir un completo alivio con tu cumpleaños al fin.

Cuando la comida acaba, ambas amigas se levantan de las sillas y Julieta, que recuerda su anterior comentario, no desea girarse a mirar a quién corresponde la risa que ha escuchado a sus espaldas. Tanto ella como Margarita se encontraban así sentadas, ya que buscaban calentar su rostro con esos tímidos rayos de sol que el día ofrecía hoy.

Sancho se halla también de espaldas a esas chicas y a sus comentarios, pero no ha podido evitar dejar escapar la enorme carcajada con las palabras de Julieta, cuya voz ha reconocido en cuanto ha iniciado la conversación con Margarita. Julieta ha llegado después que su compañero a la terraza, pero ni cuenta se ha dado de quién era el hombre que, pertrechado de abrigo y gorro dado el

frío que hacía, leía, completamente absorto, un libro dos mesas más atrás.

Capítulo 7

Sancho

—¿Cuántas son las probabilidades de acabar en el agua? —Manolo hace la pregunta por tercera vez, ya que de las dos primeras no ha recibido respuesta de Sancho.

—Proporcional a las veces que lo preguntas.

—¡Pues contesta! —El guardia de seguridad se cruza de brazos a la espera.

—Ya lo he hecho, ¡¡calla y rema!! —le insta Sancho.

—Es que esto es muy estrecho, se vuelca y no veo la forma de que demos la vuelta.

—No la daremos, nos ahogaremos.

—¡Joder, Sancho!

Y este, que ya está empezando a sentir algo de nervios ante tanta pregunta, eleva el remo sacándolo del agua y se gira a mirar a su acompañante.

—Acabamos de empezar, aún estás a tiempo de que demos la vuelta y regresemos si no estás convencido —le sugiere.

Y Manolo se gira a su vez para mirar el embarcadero que no hace ni tres minutos que han abandonado.

—No, no, he venido a probar.

—¿A probar qué? ¿Tu lengua sacándome de quicio? —Sancho es un hombre paciente, pero su compañero lo está poniendo al límite.

—¡Qué poca sensibilidad! ¿Acaso no has pensado que si me das conversación no me percataré de dónde voy subido y que con la charla puedo llegar a relajarme? —inquiere Manolo escamado.

—No vas sobre un cocodrilo, es una piragua.

—¡Es una caja de piojos! —protesta de forma airada.

—Cierto, la próxima vez que quieras acompañarme a remar encargaré una piragua tamaño cruasanes.

Decir eso y quedar salpicado por el agua que la gran mano de su compañero ha llenado para mojarlo es todo uno.

—Eso era una confidencia —masculla, haciéndose el ofendido.

—No sabía que teníamos público en el río —se defiende Sancho.

—Que no era para hacer mofa, he querido decir.

—Jamás me reiría de un cruasán que se gasta una mano tamaño plaza de toros, me gusta mucho mi cara como para que le hagas una caricia.

—Mi novia no tiene queja alguna del tamaño de mis manos —apunta mordaz Manolo, sin llegar a ver cómo los ojos de su compañero miran impacientes hacia al cielo al escuchar su comentario.

Continúan parados en medio del río. Sancho no entiende cómo ha consentido que alguien le acompañase a remar, ha tenido que pedirle prestada esa piragua a unos conocidos para que Manolo se quite el gusanillo, pero este no calla y ya está más que arrepentido de la compañía. Esa hora diaria que él dedica al ejercicio la hace en absoluto silencio, es lo que más necesita para desconectar de las horas que pasa en la empresa frente a la pantalla del ordenador.

Se gira nuevamente y su mirada topa con un asustado rostro. Esto no es buen augurio, ya que si están allí es para disfrutar, él lo hace desde que era un niño. Pero ahora un compañero quiere probar algo nuevo, y piensa que sin duda sería agradable que al acabar de remar él consiga que Manolo baje de la piragua exultante y feliz. Ese fue el modo en el que él, siendo un niño, se sintió aquella tarde, de hacía muchos años atrás, cuando su padre lo llevó en piragua por primera vez.

—Igual hoy te enamoras de este deporte y a tu novia ya no le parecen tan agradables tus manos.

—¿Por qué? —inquiere el guarda, desconcertado.

—Por los callos en tus palmas. —Le guiña un ojo y, sujetando el remo con fuerza, espera a que Manolo haga lo propio.

Después se gira y comienza a remar, y a hablar:

—Recién acabada la universidad, un amigo me habló de una empresa de deportes de aventura que iba a abrir una sede en Namibia. Siempre he sido un culo inquieto, los deportes y yo siempre hemos ido de la mano, no había maratón que me perdiese; por ejemplo, la de la Ruta de las Fortalezas, en Cartagena, la hacía

todos los años. Por aquel entonces, yo trabajaba como cortador de telas en la fábrica que la firma de moda tiene en mi pueblo; hacía un año que había acabado la carrera y no había encontrado otro trabajo, así que la oferta de Namibia era un dulce demasiado bueno como para no probarlo. Mi novia no dudó cuando quiso acompañarme.

Deja de remar una milésima de segundo en la que puede oír el chapaleo de la pala de Manolo, está remando y… se ha callado, de manera que prosigue su relato:

—Fueron diez años memorables, trabajábamos nueve meses y descansábamos tres, en los que regresábamos a España. Recorrimos varios países e hicimos de todo: escalada, rutas, barrancos, piraguas, montar a caballo, safaris fotográficos, el desierto, sus impresionantes dunas… Y salvo rasguños, picaduras de mosquitos o esguinces sin importancia, en ese tiempo nunca hubo nada que lamentar con ningún cliente…

Hace una pausa en el relato de sus recuerdos; parece que acaba de dar un trago de agua directamente del río, que ha recordado que esa agua no es potable y se ha quedado sin habla.

—Hasta que un día la cuerda por la que trepaba se rompió y caí desde una altura de siete metros. No me maté de milagro. —El chapaleo de Manolo se ha detenido súbitamente—. Lo que vino después fue una agonía, y lo de justo después, una pesadilla. Fui un confiado al salir esa mañana sin revisar el material, algo que se debía hacer antes y al regreso de cada actividad. Se suponía, por tanto, que el día anterior el compañero responsable había hecho su tarea antes de guardar el material.

Sancho vuelve a detener su relato. Pasa el tiempo y todavía escuece revivir todo lo que sucedió.

—Pasaron horas hasta que por fin llegamos al centro de salud más cercano, donde me inmovilizaron mal la pierna, algo que yo no supe hasta que me llevaron al hospital. En aquel centro médico pasé más tiempo del recomendado, y estando allí fue donde descubrí que mi empresa no tenía el seguro imprescindible para cubrir la operación que yo necesitaba; para cuando pudimos resolverlo y llegó el dinero de mi familia y poder así efectuar mi traslado al hospital, habían

transcurrido varios días. Un traslado que fue una odisea, los únicos coches disponibles se necesitaban para las actividades de la empresa y el traslado de los clientes, así que mi jefa se negaba a prescindir de uno de los vehículos por mí. Tuvimos que buscar un taxi que hiciera ese recorrido de horas, un trasto viejo, prácticamente sin amortiguación, con un asiento de atrás desgastado y sin muelles que casi rozaba el suelo.

Sin darse cuenta, la piragua, conforme ha ido avanzando su relato, se desliza por el río más y más rápido.

—La operación no fue bien porque mi pierna ya estaba en muy malas condiciones, así que hicieron lo que buenamente pudieron. La pesadilla empezó en España, a mi regreso. Perdí la cuenta de las veces que pasé por quirófano… Para nada. Bueno, sí —se corrige rápido—, para hacerme unas ilusiones que jamás se cumplirían: mi pierna nunca volverá a ser normal.

Inspira aire con fuerza, lo hace cada vez que constata esa realidad, la suya, la de un Sancho con una movilidad reducida, la de un hombre totalmente diferente al que siempre pensó que sería.

—Aunque estoy enormemente agradecido al equipo médico que siempre estuvo muy pendiente de todo el proceso, porque es evidente que he mejorado mucho y la verdad hay que reconocerla: de la silla de ruedas a la muleta que ahora uso, he pasado por muchas etapas y la evolución es notable, pero no la recuperación total. Quizá algún día pueda dejar la muleta y la cojera sea menos perceptible, pero me va a acompañar siempre, ya he aprendido a vivir con ella. Lo que más me cuesta es no poder hacer todo lo que hacía antes, no tener limitaciones, mi cuerpo en plenitud de facultades, ese poder con todo, creerte invencible, irrompible, indestructible…

—Thor no existe, no sé si lo sabías en esa, tu época de superhéroe, saltando de barranco en barranco —suelta de pronto Manolo, deteniendo el remo al mismo tiempo que lo hace Sancho.

—Es cierto, Thor no existe, pero en aquella época daba igual porque no le temía a nada, disfrutaba cada día y de cada minuto de este, y de haber sido la mía una empresa responsable, quizá yo no habría acabado así.

—¿Los denunciaste?

—Todo estaba en mi contra. La realidad es que no revisé el material antes de la actividad, confiado, como te he dicho, en el buen hacer del último compañero responsable la tarde anterior. Además, esa escalada fue en mi día libre, con lo que casi acaban por denunciarme ellos por llevarme y hacer uso de su material para mi propia diversión. Tampoco es que lo hubiera hecho sin su conocimiento, era algo habitual entre nosotros, aunque no viniese escrito en ningún documento.

Sancho niega con la cabeza antes de continuar.

—Antes del accidente yo había convivido con los dueños de la empresa durante diez años, éramos amigos, casi una familia al estar tan lejos de las nuestras. Crees que conoces a las personas, que puedes confiar en ellas, y en cambio ves como en un momento te dejan tirado. No permitir el uso de uno de sus vehículos para mi traslado, por no perder un día con los clientes, fue como un puñetazo en la cara para mí. Fui un empleado modelo, trabajé más de lo que era mi obligación, y cuando los necesité… —Detiene su monólogo, no desea seguir aburriendo a la persona que sabe que tanta atención le está prestando—. Volvemos —avisa moviendo el remo de manera que pueda hacer virar la piragua.

—¿Ya? —se asombra Manolo.

—Has cubierto el tramo del recorrido del que habíamos hablado —le dice con orgullo.

—Se me ha hecho corto.

—Me alegro —celebra Sancho elevando el pulgar en un gesto de satisfacción.

De vuelta en el embarcadero, y de pie sobre este, ambos sacan la piragua del agua para guardarla en el almacén destinado a tal fin. Al dejarla en su soporte, Sancho se percata de que su compañero no deja de observarlo.

—¿Qué tal con tu cactus?

—Mejor que contigo: no hace preguntas y no da tantas quejas —bromea Sancho.

—¿Has pensado en invitar al cactus a remar?

—No se me había ocurrido, la verdad, con eso de que se debe regar poco…

—Lo digo en serio, invita a Julieta.

Y Sancho lo mira entrecerrando los ojos.

—No hay que rascar mucho para darse cuenta —le dice Manolo.

—¿De qué?

—De lo tonto que eres. ¿Crees que no vi cómo la mirabas en la fiesta de Navidad?

—De eso hace ya casi un año —protesta—. Y…

—¿Sí? —le anima su compañero a continuar.

—Y desde entonces únicamente nos hemos presentado, de la manera más ridícula y vergonzosa posible en la historia de las presentaciones.

—¡¿Nunca habéis hablado?! —se sorprende Manolo.

—Ella se lanzó una mañana a hacerlo.

—Sigue.

—Del susto, de la sorpresa, de la misma impresión, me dio un tirón terrible en mi pierna mala. —Se frota la extremidad de la que habla—. Ella confundió mi cara de dolor y mi gesto contraído, estoy convencido de que creyó que era aprensión o una manera de alejarla.

—Joder.

—Sí, joder.

—¿Y has pensado en disculparte?

—No fue premeditado, no puedo pedir disculpas por algo en lo que no tuve nada que ver, pero sí me gustaría ofrecerle una aclaración, aunque no encuentro el momento.

—¡Claaaaaro! —Manolo, irritado con lo que escucha, eleva hacia el cielo sus musculosos brazos—. Porque trabajáis juntos cinco días a la semana, y un momento no has encontrado, comprensible totalmente. Pues ve pensando en algo que pueda hacer cambiar su cara de aquel día.

Sancho sonríe de medio lado, acaba de recordar algo, algo que a ella la haría muy feliz: rememora la conversación entre Julieta y su amiga sobre rellenar agujeros.

—¿Por qué sonríes así? —inquiere escamado Manolo.

—¿Así? ¿Cómo? —Quiere disimular dándole la espalda a su compañero, para que no vea sus mejillas teñirse con sonrojo.

—Con cara de haber descubierto la fórmula del refresco más famoso del mundo, ¡no te digo! Tenías una cara algo inquietante y un poco sucia, la verdad.

—¿Sucia? ¿En plan haberme revolcado en barro? —sugiere Sancho, intentando desentenderse del momento.

—No, en plan revolcón muy sudoroso tras mucho tiempo sin catar la carne humana.

Manolo le propina una fuerte palmada en el hombro que casi le hace caer de bruces. Eso, añadido a la risa que no puede reprimir, hace que su compañero lo sujete del brazo al tiempo que sus carcajadas se acompasan.

—En serio —dice con gravedad cuando las risas se apagan—, invita al cactus, o al menos acércate a él.

—¿Y si pincha? —inquiere Sancho preocupado por la espantada que cree que le dará Julieta cuando se acerque.

—Pues te jodes, por no haberte acercado antes.

Capítulo 8

Sancho

Es de los que suele hacer pocas visitas al baño durante la jornada laboral, pero justo acaba de salir del diminuto espacio, mal llamado aseo, y se dispone a lavarse las manos, cuando Asensio asoma la cabeza por la puerta.

—Esto… —empieza algo apurado.

—¿Qué pasa? —le increpa Sancho, malhumorado por la intrusión —. ¿No puedes estar sin mí ni cinco minutos?

El rostro del chico se tuerce levemente en señal de disgusto por la pregunta.

—No, no es eso, es que ha preguntado por ti Julieta.

—¿Qué quería? —pregunta cerrando el grifo del lavabo.

—Quiere —dice Asensio.

—¿Cómo? —Sancho no entiende el cambio de tiempo verbal.

—Que sigue ahí, en el despacho; te está esperando.

—Pues dile que no estoy. —Acaba de ponerse blanco, no es así como siempre ha pensado que sería un encuentro entre ellos, el primero, no lo olvida.

—Ya le he dicho que estabas aquí —sisea Asensio metiendo aún más la cabeza en el baño y dejando el resto del cuerpo fuera, como si por la abertura que queda no fuese a escaparse ni un solo sonido.

—Joder, ¿estás tonto? —susurra secándose las manos con un trozo de papel.

—¿Qué hay de malo en decirle que estás aquí? —El muchacho parece agobiado y él se avergüenza por hacerle sentir así, ¿qué va a saber ese pobre chico de sus mierdas?

—Perdona —se disculpa al tiempo que sujeta su muleta para encaminarse hacia lo que ya es inevitable.

Precedido por su compañero llega hasta el despacho, donde Asensio no deja de mirar a un lado y otro, como si el cubículo que

comparten fuese enorme y hubiera mucho que ver. Al segundo, se gira hacia Sancho con cara de incomprensión.

—Estaba aquí, te lo juro.

—¿Qué quería? ¿Te lo ha dicho? —Se teme lo peor, aunque sin saber qué es lo peor, piensa con rapidez y sintiéndose absurdo.

—No me lo ha dicho, pero…

—¿Sí?

—Diría que nos ha oído, lo que decíamos, vaya. Bueno, más bien lo que tú has dicho.

—¡¿Qué he dicho?! —El estómago de Sancho se remueve; no recuerda haber dicho nada revelador en el interior del baño, y menos aún haberlo hecho en tono lo suficientemente alto como para que esa mujer lo haya escuchado desde dentro del despacho.

—Pues…, esto…

—¡Joder, Asensio!

—Has dicho: «Dile que no estoy», y después me has llamado tonto porque le había dicho dónde te encontrabas. Eso, según mi entender, da lugar a creer que la estás evitando, que no deseas verla o algo peor: que te cae mal y que por no encontrarte con ella haces lo que sea, como hacerme mentir a mí para alejarla.

Zas y zas, doble guantazo de ese muchacho que ya de becario no tiene nada, porque en esos momentos el becario, el jovencito, el inexperto, el imberbe… el tonto es solo él. La pierna acaba de pegarle un latigazo igual o peor que el del día que Julieta intentó iniciar una conversación, la rodilla le flojea levemente y la muleta tiembla en su mano.

Asensio regresa a su asiento, a su pantalla de ordenador, a sus números, y él cojea hasta su puesto.

—Perdóname, de verdad, soy un imbécil. —Sancho intenta una disculpa, la segunda en menos de un minuto.

Pero el muchacho sigue a lo suyo durante unos instantes, y cuando ya ha desistido de que le hable, vuelve a escucharle:

—Te respeto mucho, Sancho. Te respeto y te admiro, jamás he pensado, ni pensaré, que eres un imbécil, porque no lo eres. Estoy en esta empresa por ti, te debo demasiado, y en ningún otro trabajo habría aprendido tanto porque tú estás aquí y no en otro puesto.

Pero, la verdad, agradecería que dejases de tratarme como el becario porque ya no lo soy…, aunque no deje de aprender.

¿Qué tal sienta un nuevo guantazo por parte de aquel muchacho? Nuestro protagonista ya cree hasta tener la cara colorada, pero se lo merece, sus problemas son suyos y no debió haber inmiscuido a su compañero.

—Asensio, no estás aquí por mí, no me debes nada, no lo pienses nunca. Estás aquí porque vales mucho, tu trabajo e implicación lo dicen. Y gracias por tu toque de atención, no volveré a olvidar quién eres.

Dicho lo cual, ambos continúan con su trabajo.

—¿En serio crees que me habrá oído? —Sancho, incómodo, no puede quitarse la duda de la cabeza.

—Te diría que no, para dejarte tranquilo, pero creo que es muy probable, ¿por qué si no se ha marchado?… Búscala. —Esa última palabra es más un susurro, añadido a que ha inclinado de más la cabeza sobre el teclado mientras escribe, por lo que no está muy seguro de haber escuchado bien.

—¿Cómo dices?

—Que la busques y le preguntes qué deseaba, así de sencillo. Si ha oído tus comentarios en el baño tal vez crea, simplemente, que no era un buen momento cuando ha venido y que en realidad no la evitas si tú la buscas.

Sancho ni se atreve a negar que esa no es buena idea, porque sí lo es. Un nuevo silencio de palabras se abre entre ellos para ser llenado por el incesante tecleo del ordenador de ambos.

—Mi padre siempre dice que se debe tener miedo a morir, pero no a vivir. —La frase de Asensio sobrevuela sobre Sancho como una sentencia, la que él mismo lleva arrastrando desde que Julieta aterrizó en la empresa.

Sancho mira al infinito mientras aguarda en la isla que forma aquel semáforo doble que acaba de ponerse rojo dejándole atrapado allí, entre esas dos carreteras tan anchas que conforman la avenida y que nunca le da tiempo a cruzar. Hace ya un rato que ha acabado

el trabajo y regresa a casa. Hoy ya ha sufrido un sobresalto en su rutina con el «incidente» del baño y ahora se acerca otro: por el rabillo del ojo distingue una figura conocida. Por la acera que él acaba de abandonar, para quedar varado en el diminuto espacio, ve a Julieta. No cabe duda de que es ella, paseando un perro, un *dachshund*, y debe reconocer lo bien que le queda a su bonita estampa, de vestido con vuelo y tacones, mientras sujeta la correa de aquel «perrito salchicha». En ese momento empieza a ponerse nervioso, esa mujer espera a cruzar el semáforo para dirigirse hasta donde él está. Por tanto, lo va a ver y van a encontrarse, sin duda, porque con su lento caminar lo alcanzará antes de que llegue hasta la acera.

—¡¡Sancho!!

Su nombre, gritado desde el otro lado, incluso con el ensordecedor ruido del tráfico, ha sido claramente audible. La vista de Sancho no va hasta la voz que lo llama, sino que se percata de que, junto a él, a la espera en ese refugio entre semáforos, hay un anciano enorme, de pelo rapado y cano y piel enrojecida, que no deja de mirarlo.

—Joven, me parece que esa muchacha te llama —le informa el desconocido.

—¿Eh? Ah, sssssí —tartamudea él.

Entonces, y sin saber por qué, le tiende la muleta al anciano justo en el momento en que el semáforo cambia a verde. Al segundo, y con un ligero trote de dueña y animal, Julieta y su perro están compartiendo espacio allí detenidos.

—¡Hola, Sancho!

El interpelado se ha quedado mudo y el extraño, junto a ellos, no mueve ni un músculo, por lo que es inevitable que Julieta se fije en el hombre.

—¡Hola! —saluda con dulzura mirando al anciano, al que relaciona de inmediato con Sancho.

Es entonces cuando él reacciona, para sentirse algo más estúpido y acabar de arreglar su tontería.

—Esto… Julieta es mi compañera y él es… mi abuelo Paco —dice de corrido.

—Pepe —corrige con rapidez el falso abuelo.

—¿Cómo dice? —pregunta ella con extrañeza.

—Que mi nombre es Francisco José, unos me llaman Paco, como aquí «mi nieto» —suelta con retintín—, y otros, Pepe, que es lo que yo prefiero.

—Pues encantada, Paco Pepe —dice entre risas mientras se lanza a darle un par de besos.

El perrete de Julieta, nervioso, no deja de juguetear con Sancho, olisqueando sus zapatos, por lo que él, inclinándose, le rasca entre las orejas para satisfacción del animal.

—Este es Sultán y creo que le gustas —le dice la dueña, claramente satisfecha con la reacción del animal.

—Tiene nombre de fiera —se atreve a bromear Sancho, olvidando por un momento la situación tan incómoda en la que se encuentra.

—Sí, ¿verdad? Por eso lo elegí, por el contraste entre el nombre y lo bonito y dulce que es.

Julieta se agacha para acariciar a su mascota, y Sancho no puede más que embelesarse con la cara de felicidad que ella irradia mientras hace carantoñas al perro. Hay luz en sus ojos, su rostro resplandece y su sonrisa se estira hasta el infinito en una curva que no parece acabar. Entonces ella fija la vista en las piernas de quien tiene enfrente y algo llama su atención.

—¡Vaya! ¿Qué le ha ocurrido? —pregunta mientras se incorpora sin dejar de mirar el bastón y la muleta que el anciano sujeta entre las manos.

El gemido estrangulado que emite Sancho no pasa desapercibido para ninguno de los allí congregados.

—Nada, hija, a la naturaleza de los evidentes signos de decrepitud, fruto de mi edad, tuve la desgracia el otro día de añadir un accidente de lo más tonto…, pero muy tonto. —El anciano recalca la palabra mirando a Sancho.

—Cuánto lo siento —dice realmente apenada.

—Nada, esto pasará en breve, ¡lo del accidente, claro! Porque lo de viejo ya no me lo quita nadie, como la tontería a otros —susurra cerca de su nieto postizo sin que ella se percate.

—Por cierto, Sancho, mañana me gustaría hablar contigo acerca de mi nómina. Lucía está de baja y me han dicho que tú vas a

ocuparte de los trámites que ella gestiona. Te he buscado esta mañana…, igual no era buen momento. —Lo fulmina con la mirada, parece animarlo a contradecirla.

—Sí, sí… Y perdona, no era un buen momento.

—De acuerdo, pues mañana me paso.

Dicho lo cual, las tres personas allí paradas se percatan de que el semáforo vuelve a estar en verde.

—¿Cruzamos? —invita ella con la mano.

Sancho no puede moverse, no hubiera podido de estar ardiendo el reducido espacio en el que se encuentran. El anciano, junto a él, solventa la situación:

—Adelántate tú, hija, yo con mis impedimentos necesito un ritmo más lento, quizás a mitad de paso de peatones ya está de nuevo el semáforo en rojo.

—De acuerdo, pues un placer, Pepe, y… nos vemos mañana, Sancho, y espero que entonces sí sea un buen momento.

Julieta recalca ese «sí», con toda la intención.

Capítulo 9

Sancho

Ambos hombres observan cómo la mujer y su mascota se alejan de ellos, también observan cómo el semáforo vuelve a impedirles el paso con la luz roja encendida.

—¿Te la doy ya? —Pepe choca su bastón de madera, haciéndolo sonar contra el metal de la muleta.

—Sí —dice tendiendo la mano—, discúlpeme. —La vergüenza lo tiene obnubilado, casi empequeñecido.

—Nada, muchacho, la de tonterías que puede hacer uno por alguien que te gusta, ¿no?

—Sí…, no…, bueno, ¡no sé! Que te guste otra persona no debería turbarte tanto como para no saber ni dónde tienes la mano derecha. Vaya, que no es excusa.

—Anda, vamos a pasar, porque ya está verde de nuevo y yo me veo viviendo aquí contigo y tus indecisiones…

—Y mis tonterías —remata Sancho echando a caminar.

—Pareces acalorado; si no tienes prisa, te invito a una cerveza.

—No quiero entretenerlo más.

—¡Pero nene! —le grita Pepe, haciendo que dé un respingo por lo inesperado de su respuesta—. ¿En serio le dices algo así a alguien de mi edad?

—Bueno, no se moleste, creo que ya ha tenido bastante con el incómodo momento que le he hecho pasar.

—¿Tú en qué trabajas? —El anciano lo mira achicando los ojos.

—Contabilidad, básicamente.

—Pues espero que con los números seas más rápido que para captar cómo se sienten los que te rodean, porque en eso eres nefasto… ¡Anda, siéntate! —Aparta una silla de la terraza en la que han desembocado casi sin darse cuenta.

Y Sancho se sienta, sin dejar de sentir vergüenza, una que arrastra desde el incidente del baño de esa mañana. Se siente como un adolescente, un jovencito al que le gusta una chica por primera vez y está tan desbordado en todos los sentidos que no sabe qué pasos dar, o qué decir, porque todo lo que se le ocurre solo es una metedura de pata tras otra.

No se reconoce, no conoce de nada a la persona en la que se está convirtiendo. Hace ya mucho tiempo que ha asimilado lo que su cuerpo puede dar de sí, está acostumbrado a vivir con su cojera, había días que agradecía a cualquier dios que existiera el no haber acabado postrado en cama tras la caída. Tenía una vida normal, podía hacer de todo, si no contaba correr o andar con prisa, porque si había prisa para eso estaban los taxis, se decía una y otra vez si se venía abajo. Pero el que Julieta nunca lo hubiese visto blandiendo la muleta, el que nunca se hubiesen cruzado por los pasillos o a la entrada o salida del trabajo para que ella apreciara su evidente cojera, lo tiene realmente trastornado. No, no es eso lo que le trastorna, lo que le duele es su posible rechazo, porque esa mujer le gusta y solo desea gustarle.

—Niño, nunca vas a gustarle a esa chica si sigues escondiéndote.

Aquel hombre parece leerle el pensamiento.

—No me escondo —protesta Sancho, sin mucha convicción.

—Escondes tu muleta, escondes tu cojera, y esto —señala la muleta— y eso —señala su pierna lastimada— eres tú, lo quieras o no. Y entiendo que no tiene solución y que no es fruto de un accidente que pasará con rehabilitación y con algo de tiempo y paciencia, si no hablarías de lo que te ocurre con ella de manera natural.

—Siempre lo he hecho.

—Hasta ahora, porque con Julieta no.

Pepe llama la atención del camarero alzando el brazo y el hombre se sitúa junto a su mesa en un momento.

—Un tinto de verano para mí y para el joven… ¿una tila? ¿Para calmar esos nervios por el encuentro? ¿O algo para calmar el estómago si se te ha revuelto y tienes la tripa suelta del susto? ¿Tienes urgencia por ir al baño?

—Una cerveza estará bien —dice Sancho entre risas.

—Pues venga, ánimo, chavalote, háblame de ti, de tu ansiedad… ¡Coño! —grita Pepe echándose a reír—. Parezco Los Pecos en su célebre canción… No he dicho nada —agita una mano como queriendo borrar sus palabras—, que tú no sabrás ni de quiénes hablo.

—Sí sé de qué habla —Sancho ríe—, mi madre y mis tías aún conservan las revistas de esa época, una de ellas incluso guarda en el trastero un póster enmarcado de la pareja musical.

El camarero regresa con el pedido, del que Pepe da buena cuenta con un gran trago de su bebida.

—El mejor invento desde la dentadura postiza —anuncia elevando su tinto de verano como si estuviese alzando la sangre de Cristo en misa—. Brindemos —le propone a su joven acompañante.

—De acuerdo, ¿y por qué bridamos? —dice sujetando el botellín de cerveza.

—Por tu cojera.

—¡Vaya! —Sancho baja su bebida hasta la mesa y se echa hacia atrás en la silla.

—Si no fuese por ella, nunca hubieras conocido a Julieta. A ver, empieza, cuéntame tu historia.

—No quiero aburrirle.

—Pues entonces hazla divertida —rezonga el hombre.

—No tiene nada de divertido lo que me ocurrió.

—Bueno, tú empieza, ya juzgo yo.

—Oiga, ¿piensa reírse? —se escama Sancho.

—¿Me he reído en el paso de peatones pese a lo tonto que me has parecido?

—No. —Niega con la cabeza, apesadumbrado, para después pasar a dar un trago a la fría bebida.

Entonces empieza su relato y su vida lejos de España, de su familia y de un trabajo en un despacho, encerrado como hace en ese momento de su vida. Jamás pensó que pudiera acabar así, porque, aunque estudió empresariales, ya que los números se le daban bien, nunca tuvo aspiraciones por trabajar donde lo hace ahora. ¡Todo era tan diferente trabajando en la empresa de multiaventura!

—Ha aparecido una chica en esta historia —apunta Pepe cuando su acompañante detiene el relato.

—Sí, Laura —le confirma.

—Pero cuando has llegado al final de tu historia había desaparecido, ¿por qué?

—Ya no está conmigo, yo mismo lo decidí así. Fue un apoyo inestimable cuando sufrí el accidente y mientras estuve ingresado en el centro médico y en el hospital en Namibia. Los dos acabamos en muy malos términos con la dirección de la empresa, así que no pensaba quedarse allí. Me dijo que había ido conmigo y conmigo regresaba.

Sancho continúa hablando:

—Los primeros meses estuvo muy pendiente de mí, incluso no quiso que yo volviese a vivir en casa de mis padres, pretendía que viviésemos juntos, tal y como hacíamos antes de marcharnos fuera, pero me negué. En casa de mis padres no me sentía un estorbo, aunque no fuese justo para ellos, pero no habría soportado que ella se quedase a mi lado para cuidarme y aguantar mi mal humor y mi frustración.

—Sé de lo que hablas —afirma el anciano cabeceando—, yo me siento un estorbo muchas veces para mis hijos. Pero sigue, sigue, mi historia la dejamos para otro día. —Le guiña un ojo con picardía.

—La recuperación apuntaba larga, la situación no era fácil para mí y yo no deseaba su ayuda porque pensé que le estaba cortando las alas. Laura debía seguir con su vida, tenía que buscar un trabajo y en el pueblo no iba a encontrar nada si se quedaba a ayudarme. La relación fue a menos, sé que no fui justo con ella, que la aparté sin darle opciones, pero es que yo solo pensaba en recuperarme, en la rehabilitación, en hacer ejercicios para fortalecer mi cuerpo. No quería a nadie a mi lado, me molestaba todo, sus miradas, sus besos, sus palabras…, ¡su continua preocupación!

—No suenas muy dulce y amoroso —ironiza Pepe.

—No, para nada, yo era un energúmeno la mayoría de las veces, mis padres me lo perdonaban, lo sabía, pero egoístamente pensaba que Laura no tenía por qué. Me he disculpado con ella en varias ocasiones por mi carácter y mis maneras en aquellos días.

—¿Qué fue de la muchacha?

—Rehízo su vida poco tiempo después de que lo dejáramos; pese a todo, ha sabido entenderme y perdonarme. Nuestra relación fue un capítulo de mi vida, tras el accidente iba a empezar otro y yo únicamente sentía que no había cabida para ella, para bien o para mal.

Sancho se encoge de hombros con pesar.

—Pensé que, después de todo, Laura me había conocido de una manera que ya nunca más sería, y que echaría de menos todo lo que ya no podríamos hacer juntos y que algún día, tarde o temprano, los reproches llegarían por eso, por lo que yo ya no era. Tenía claro que, en mi vida, si algún día se daba el caso, debía haber una persona que me conociese en ese momento, con mi impedimento físico, sin que hubiese conocido a mi otro yo, que me valorase por todo lo que iba a ser desde el momento de mi accidente. Y eso, con Laura, sabía que nunca lo tendría, ella se enamoró de un Sancho que había perdido buena parte de lo que era.

Pepe eleva el brazo para llamar de nuevo al camarero y pedir así otro tinto de verano. Sancho rehúsa tomar nada más.

—No fui muy agradable con ella, lo sé. Ambos bromeamos a menudo con el hecho de que es feliz con su actual pareja, con lo que entendemos que lo mejor fue separarnos.

—Y pasaste de trabajar durante años al aire libre a estar encerrado en una oficina. ¿Eso cómo se lleva?

—Se lleva —dice con desgana—. Al principio bien porque tenía trabajo, después de años de baja laboral. Iba a relacionarme con más gente, aparte de mi familia, amigos y del equipo médico; iba a vivir solo; se abrían ante mí nuevas oportunidades y experiencias… Así que estaba ilusionado.

—¿Ya no?

—He caído en la rutina, simplemente voy y hago mi trabajo.

—No suena muy alentador. —Pepe frunce el ceño al ver el disgusto de su interlocutor.

—No lo es, pero es lo que hay. No voy a negar que echo mucho de menos todo lo que hacía antes, pero intento verlo como una etapa,

otro capítulo, del mismo modo que mi relación con Laura; son momentos de mi vida. Y agradezco la suerte que tuve al conocer a esa mujer y haber compartido con ella tantos recuerdos. Así como tuve la suerte de poder trabajar en esa empresa, lo guardo todo como un tesoro, vivencias, experiencias… La vida es larga, hay que seguir sumando y tener la oportunidad de hacer cosas diferentes y de conocer a otras personas. Además, no creo que yo hubiese estado toda la vida allí, dedicado a atender turistas y sus ganas de aventura; en algún momento hubiera dicho basta, lo sé porque me conozco.

—¿Entiendes ahora por qué debemos brindar por tu cojera? Sin ella no habrías conocido a Julieta —vuelve a recordarle el anciano—, y alguien a quien le importa tanto lo que la persona que le gusta piense de él para mí está claro que está destinado para ella. Pero nunca estaréis juntos si no haces las cosas como debes, mostrándote como eres. ¡No te ocultes más! —recomienda el anciano regalándole una mirada llena de cariño, pese a ser dos extraños—. Y otra cosa —se lanza de nuevo a hablar—. ¿Crees que Julieta no lo sabe ya?

—No tengo ni idea, y creo que prefiero no saberlo.

—No eres tan importante, ¿eh?, porque igual en alguna conversación entre compañeros has salido por ahí tú y tu cojera, y esa chica ya lo sabe y le da igual o no le importa.

—Pero no es lo mismo que verme caminar y que yo me sienta observado por ella, porque a veces no puedo evitar pensar que me gustaría ser el Sancho de hace años, el que corría que se las pelaba, el que salía y bailaba hasta las tantas, el que no paraba.

—Pero ya no lo eres, ¿recuerdas? Estás en otro momento de tu vida y aspiras a que se enamore del nuevo Sancho, no te contradigas —le recuerda Pepe.

—De habernos conocido en pie no me sentiría como me siento, nunca me he sentido así con otras chicas después del accidente.

—¿Has estado con otras chicas?

—Sí, nada estable —dice sin darle importancia a sus palabras.

—¿Las echabas de tu lado también?

—Pues… era un poco erizo, así que creo que sí. —Sancho asiente, no sabe si con pesar o no.

—Porque no estabas enamorado, como no lo estabas de Laura, ya te lo digo yo, tú no amabas a esa mujer.

—La quise mucho.

—Aaaah, pero no es lo mismo. ¡Claro que no! ¡Por supuesto que no! —Golpea ligeramente la mesa con el puño cerrado, haciendo temblar lo que hay sobre ella.

—¡¡¡Papá!!! —se escucha una voz de mujer tras ellos—. Estás aquí, llevo en casa esperándote más de una hora, ¿y tu teléfono?

—Ay, hija, no sé… Mira, te presento a mi nieto. —Señala a Sancho.

—Papá, ¿cuántos tintos de verano te has tomado? —La alarma de la mujer es más que evidente.

—Solo dos —asegura Sancho, intentando ayudar al anciano.

—No, no, solo uno, no has contado bien, ¡y no me extraña! Con las tres cervezas que te has bebido. —Sancho quiere protestar ante la acusación de Pepe, pero piensa que mejor cerrar la boca—. Él es Sancho y ella es María Victoria, mi hija.

—Encantado. —Se incorpora para darle dos besos—. Y disculpa, he entretenido con mis problemas a tu padre.

—Nada, hijo. —El anciano le quita hierro al asunto—. ¿Y el rato tan a gusto que hemos echado aquí? ¿Eso no cuenta?

—¿Y el rato que yo llevo martilleando a Romeo y a Martín con mis preocupaciones porque no te encontraba? —le corta la mujer cruzándose de brazos de manera airada.

—Romeo es mi hijo —aclara Pepe—, y Martín es mi yerno, un filósofo que gana buenos cuartos. —La hija enrojece de golpe al escuchar a su padre—. Cuando quieras te los presento —ofrece el anciano—, o si no mejor te cuento sus historias, que no tienen desperdicio alguno.

—Disculpa, Sancho, pero debemos irnos. —María Victoria parece agobiada ya con la cháchara de su padre.

—Sí, sí, por supuesto —dice azorado el aludido.

—Bueno, pero quedamos otro día, ¿no? —inquiere Pepe.

—Si volvemos a coincidir en el paso de peatones… —insinúa Sancho, divertido.

—Nada de coincidir, ¿qué es esto? ¿Una novela romántica y esperamos un encuentro fortuito y casual? ¡¡Anda ya!! —eleva la voz Pepe—. Dale a mi hija tu número de teléfono y quedamos otro día, porque esto tuyo tengo yo que saber cómo acaba. Mi vida ahora mismo se nutre de las historias de otros, ¿me entiendes? De eso y de paseos tontos que no me llevan a ninguna parte.

—Entendido está —asiente Sancho.

—Pues no me prives de tu historia con Julieta y dile a mi hija tu número de teléfono, que tiene mejor cabeza que yo.

Capítulo 10

Julieta

—¿Qué hay, Julieta? Pensaba que hoy era tu día libre.

—Y así es —contesta la aludida al comentario de Carmen, la señora de la limpieza—. Pero tengo trabajo pendiente en el almacén —le aclara mientras se encamina al baño a dejar su mochila.

En esta ocasión, sus bailarinas de charol negro ralentizan el paso cuando llega a la loseta negra número doce y gira el rostro. Allí está ese particular hombre, como cada día, mirándola, asomado a medias tras la pantalla de su ordenador. Intuye que el sonido de sus tacones la delataba a diario y que esa mañana ha sido su voz la que ha puesto sobre aviso a Sancho. Sus miradas hacen contacto.

—Julieta.

—Sancho —devuelve ella el saludo del mismo modo.

Sí, las cosas no han variado un ápice entre ellos pese al intercambio de palabras la tarde anterior, se dice apesadumbrada.

«Vas a acabar por caerme mal», piensa entristecida con su propio pensamiento. De toda la plantilla de la empresa, él es el único que no desea que le caiga mal, otros hacían números para hacerse los simpáticos y Sancho los estaba haciendo todos para incluso llegar a cogerle manía. Continúa hasta la loseta trece blanca cuando recuerda algo y gira la cabeza hacia él, que sigue, para su sorpresa, mirándola.

—Cuando quieras… —empieza a decir él.

—Cuando puedas… —dice ella al mismo tiempo, pisando el principio de la frase que Sancho está iniciando.

«¿Me ha hablado?», se pregunta inquieta, alterándose rápidamente porque no ha entendido lo que le ha dicho. Después, se regaña en silencio, de manera brusca, además, porque no entiende qué interés le provoca ese hombre, uno al que ella, ya lo tiene claro, visto lo visto, le es totalmente indiferente.

—¿Cómo dices? —pregunta con impaciencia por saber.

—¿Qué decías? —inquiere él al mismo tiempo, de nuevo pisándose las frases.

«¡Pero qué maldito desastre estamos hechos!», se lamenta para sí.

—Hasta luego, Sancho —se despide de manera precipitada, ya que no está dispuesta a caer de nuevo en esa conversación «no-conversación»; por supuesto, la más absurda del mundo.

No llega a cruzar el umbral del baño, inocentemente espera allí unos segundos, creyendo que escuchará unos pasos encaminándose hasta donde ella se encuentra, pensando, con ingenuidad, que él se ha quedado con la duda de qué es lo que ha dicho y que vendrá a aclarar la situación. Pero no es el caso porque el pasillo se encuentra en calma y desierto. Está claro que a él nada le importa lo que a ella le suceda, ni siquiera tiene interés por saber qué la llevó el día anterior a su despacho.

Acaba de dejar el bolso en la taquilla cuando de nuevo sale al pasillo y casi choca con Lena, su jefa.

—Julieta, bonita, ¿qué haces aquí abajo? —Su superior la mira con sorpresa, de arriba abajo y vuelta de nuevo—. ¡¡Y con esas pintas!!

Julieta luce un sencillo pantalón pitillo negro y una camiseta con manga al codo de color blanco. En ningún momento ha pensado que tenía pinta alguna.

—Lena, no trabajo hoy, puedo estar aquí con la ropa que yo quiera.

—¡¿Cómo que no trabajas hoy?! —se exaspera—. Leticia no viene, tenía médico, pidió la mañana para ausentarse.

—Nadie me informó de nada, estoy aquí para adelantar trabajo en el almacén, en mi día libre, por cierto.

—Bueno, pues has dejado de tener el día libre, ¡búscate una americana y ponte a atender a la de ya! —ordena de malas maneras.

—No me parece… —Julieta empieza a protestar.

—A mí me da igual si te parece o no.

Dicho lo cual desaparece con su estridente taconeo pasillo arriba y la pierde de vista.

—¡¡Y maquíllate!! —la escucha decir a lo lejos—. ¡¡No eres tan mona como crees!! —La puntilla, para cerrar su aparición, reverbera por todo el sótano.

—¡Joder! —Julieta deja salir el exabrupto sin contención alguna.

—Cabrona —escucha que dicen desde el despacho de Sancho casi al mismo tiempo, pero de manera tan imperceptible que cree que lo ha imaginado, porque esa era, exactamente, la palabra que ella debía haberle gritado a su jefa.

Resignada, regresa al cuarto de baño, donde siempre dejaba algo de maquillaje en un pequeño neceser para retocarse tras la comida. Solo espera que Leticia regrese por la tarde y que, de ese modo, no deba cubrirla también esas horas.

Los gritos con los que la ha obsequiado Lena no han pasado desapercibidos para Carmen, que, en el interior del baño para hombres, se afana en fregar el suelo. De manera que, cuando más tarde se encuentra con ella a la hora de comer, la buena mujer le ofrece salir y despejarse, o, si lo desea, desahogarse despotricando de su jefa con ella mientras la invita a una copa de vino.

—Y hablamos también de los vestidos de mis nietas y quedas con ellas.

Y Julieta no dice que no a esa copa de vino, ni a la charla, ni a las tapas que piden para comer, algo ligero, acompañadas de una cerveza. Tampoco dice no a la segunda copa de vino cuando recibe el mensaje de Leticia para comunicarle que regresa a su puesto y que no es necesario que la cubra. Y tras la comida, y con la lengua caliente por lo sucedido con Lena, se anima con la copa de licor de café con la que el dueño de la terraza donde se encuentran las obsequia.

Carmen se despide de ella cuando su marido pasa a recogerla, y Julieta, disfrutando de los rayos de sol sobre su piel, decide que devolverá la americana a la tienda y que se larga a casa. Pero justo se levanta de la silla cuando nota que todo le da vueltas. Sí, las risas tontas que ha compartido con Carmen no dejan lugar a dudas: todo lo ingerido se le ha subido a la cabeza.

Con pasos indecisos, llega hasta la puerta trasera de la tienda por la que se accede al sótano. Agradece infinito no haber salido de casa

ese día con sus zapatos de tacón, de lo contrario no habría podido recorrer los pocos metros que separan el bar de la tienda. Mira su reloj de muñeca, son las tres en punto, a esa hora no se encontrará con nadie, todos han salido a comer.

Una vez dentro, la cuestión es fácil: quitarse la chaqueta, a la que ya le pasaría la plancha y la rociaría con el producto desodorizador otro día, lista para otra compañera que tuviera la necesidad de usarla como ella. De manera que dejará la prenda en su taquilla y se marchará, pero va a pedir un taxi, o no podrá regresar en ese estado a casa. Convencida con su plan, enfila el pasillo, pero le parece que la puerta del baño está demasiado lejos.

—¿Desde cuándo es tan largo este pasillo? —se queja en voz alta.

Al enfocar hacia el final, las losetas blancas y negras hacen que los ojos le den un par de vueltas en las cuencas, la vista se desenfoca, siente un mareo repentino y tiene que pegarse a la pared. Y así, casi tanteando, como si fuese invidente, consigue llegar más allá de la mitad. Pero sin fuerza para recorrer lo que resta, empieza a resoplar de manera acalorada. Piensa en volver a la puerta por la que ha entrado y salir de nuevo a la calle, pero de nuevo el final lo ve lejísimos. Lanzándose de cabeza, consigue llegar a la penúltima puerta, cree que no necesita entrar al baño, puede dejar la chaqueta allí, en el despacho, y, ya que está, se sentará en la primera silla que encuentre y se tomará con calma lo de marcharse a casa, porque eso, dado su estado, no lo ve viable. Los de contabilidad tardarán una hora en regresar, cree que ese tiempo será más que suficiente para que pase lo peor.

Trastabillando, penetra en el despacho y busca una silla con la vista; la de Asensio, girada hacia ella, es toda una invitación.

—¡Dios, al fin! ¡Creía que estaba recorriendo el desierto! —Apartando a un lado el teclado, posa los pies en la mesa, se reclina en la silla; no tiene que cerrar los ojos, puesto que se le han cerrado solos.

Al cabo de unos segundos escucha una respiración alterada y, asustada, abre los ojos dando un respingo: es ella misma, está acelerada y su pecho sube y baja sin contención. Entonces lo ve:

Sancho está sentado en su mesa habitual, tras la pantalla del ordenador, y ella, de la impresión, casi se cae de la silla.

—¡Qué susto!

—Disculpa —dice él—, creía que me habías visto.

—Pues no —se indigna—. Y como siempre, tú ahí, tan callado…

—También te he hablado —se justifica él.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me has dicho, «Julieta»? —Acaba de imitarle cuando la saluda, simplemente pronunciando su nombre.

Sancho esboza una tímida sonrisa, una que ella no ve, porque en ese estado apenas si es consciente de su propio cuerpo sobre el asiento.

—Sí, he dicho «Julieta», y después te he preguntado si te encontrabas bien y también si podía ayudarte en algo.

—¡Guau! —exclama con voz pastosa—. Despliegue de frases, Sancho. Derroche de palabras dirigidas hacia mi persona. —Finge una emoción que no siente; de nuevo ha cerrado los ojos, puesto que es incapaz de enfrentarlo con la mirada, todo se le distorsiona y percibe el espacio del mismo modo que si estuviera atravesando un túnel.

El silencio cae de nuevo sobre ellos.

—Espero no molestarte, si no te importa me voy a quedar aquí sentada… un rato. —No puede especificar ni ser más concreta en cuanto al tiempo que va a necesitar.

—Por supuesto, no me importa —asegura él.

—Pensaba que no me encontraría con nadie. Es la hora de comer, ¿qué haces aquí? Hummm…, no me lo digas. —Lo mira unos segundos entreabriendo apenas una delgada raya en sus ojos para intentar enfocarlo—. ¡¡Vives aquí!!

—No vivo aquí. —Sancho vuelve a sonreír, para ella, pero esas curvaturas hacia el techo se están perdiendo en el aire, carecen de espectador debido a la neblina alcohólica en la que está sumida—. Algunos días hago jornada intensiva, como algo aquí mismo y de ese modo me puedo marchar antes.

Un nuevo silencio.

—Por si te lo estás preguntando: sí, estoy borracha.

—No me lo estaba preguntando. —Él intenta tranquilizarla en ese aspecto.

—¿Ah, no? —Vuelve a enfocarlo, aunque sin mucho éxito.

—No, porque lo he sabido nada más escucharte renegar en el pasillo, trastabillando con las líneas de las losetas… Y si tenía alguna duda, cuando te has lanzado de cabeza sobre la silla de mi compañero, se han despejado todas.

—No me conoces de nada, este podría ser mi yo habitual y tú no saberlo —dice ella con desdén.

Sancho, que al parecer no piensa entrar en ese debate, prefiere callar. Y al ver que Julieta también lo hace, intenta continuar con su trabajo, aunque con ella allí va a ser difícil.

—¿Quieres saber por qué estoy borracha?

—Si te apetece contármelo, te escucharé con atención.

—¡Oh, vamos! Pero no te interesa, ¿verdad? Estás ahí, pasando de mí, como siempre, ignorándome, como cada día que NO nos conocemos —se exaspera, pero para él es muy evidente el modo en el que ella remarca ese «NO nos conocemos».

—Julieta, no te estoy ignorando, estoy intentando acabar mi trabajo para poder marcharme.

—¡¡¿Y piensas dejarme aquí, sola en el edificio?!! —se indigna de forma airada.

—No, no lo he pensado ni por un momento, me quedaré hasta que sea necesario.

—Bueno, pues como no te queda otra, me escuchas. —Continúa medio desparramada en la silla giratoria—. Odio a la jefa.

—No me extraña —dice él.

—¿Has sido tú el que la ha llamado cabrona esta mañana? —No está muy lúcida, pero eso sí lo recuerda con claridad.

—Sí, he sido yo —confirma él.

—Tranquilo, no se lo diré.

—Gracias por guardarme el secreto —dice amable—. En cambio, tú solo has dicho «joder».

—No me interesa estar a malas con ella, tengo un plan, ¿sabes? —Julieta sacude, con vigorosidad, la cabeza arriba y abajo.

—¿Un plan? ¿Lo compartes conmigo?

—Ni hablar, ¡para que me robes mi idea! —bufa ofendida.

—¿Te ascenderían en contabilidad o peligra mi puesto de trabajo? —quiere saber él.

—Claro que no.

—Entonces, puedes compartirlo conmigo —la anima Sancho.

—No pienso decir ni mu.

—De acuerdo, hablamos de otras cosas, ¿alguien más a quien odies?

—Pues… —Se arrellana tanto en la silla que su culo ahora pende peligrosamente en el borde—. ¿Sabes que a Leticia le huelen las axilas?

Sancho enarca las cejas con la pregunta, intentando no reír.

—No me relaciono mucho con ella como para apreciar esa peculiaridad en su cuerpo.

—¡¡No te relacionas mucho con nadie!! —espeta muy furiosa, dándole un susto por el tono empleado.

—Me relaciono con todo el mundo —dice él sin esforzarse demasiado porque ella lo crea.

—¡Sí, claro! Eres el relaciones públicas de la marca. A la hora de los desayunos vas de cafetería en cafetería, repartiendo folletos publicitarios a la clientela y les ofreces descuentos. —Se echa a reír a carcajadas, al tiempo que se escurre un poco más en la silla—. ¿Sabes lo que quiero decir? Como esos chicos y chicas que se te acercan cuando comes o cenas en un restaurante y reparten vales de descuento para copas… Pues tú lo mismo, pero promocionando nuestra ropa.

—No es mala idea, puedo proponérselo a Lena, tú tienes tu plan y ahora yo tengo otro. —Le guiña un ojo con malicia.

Julieta lo mira con toda la fijeza de la que se ve capaz, él estaba haciendo eso mismo desde que ella ha empezado a hablar.

—¿Qué me miras tan atento?

—Lo cerca que estás de caerte —avisa él.

Cuando quiere rectificar su postura, Julieta eleva de tal manera las piernas que su trasero resbala del asiento y así se queda, sujetándose a los brazos de la silla, pero escurriéndose hasta el suelo plácidamente y sin emitir sonido alguno, como si lo hubiese

hecho a propósito. Chasca la lengua y ve, desde esa ridícula posición, cómo él se ha incorporado.

—No, por favor, no necesito ayuda… Puedo, puedo yo, ya parece que voy mejor.

Aunque con torpes movimientos, vuelve a sentarse, pero esta vez con la espalda recta y los pies descansando en el suelo.

—¿Qué te decía? —dice pensativa mientras se atusa el pelo como si nada hubiese ocurrido.

—Le huelen las axilas a Leticia —le recuerda Sancho con toda la seriedad de la que es capaz ante lo que está diciendo.

—Ah, sí… ¡Es horrible! Le encantan los tejidos sintéticos y cuando llega a la tienda, se cambia la ropa de calle por el uniforme, pero ya da igual, porque huele, viene «olida» de casa. —Julieta, nada más escucharse, prorrumpe en una estridente carcajada provocando la risa también en él.

Y ella también se pierde esa risa.

—Lo he dicho mal, no es «olida», sería «perfumada»: viene perfumada de casa.

—Has dicho que huele mal, «perfumada» tampoco sería la palabra —la corrige Sancho.

—Bueno, entonces viene apestada de casa. —Se calla unos segundos y prosigue con un leve estremecimiento—. Qué mal ha sonado, ¿verdad?

—Sí.

—¡Pobre chica! Y siempre detrás de Víctor, ¿acaso no ve que a él ella no le interesa?

—La persistencia, a veces, suele dar fruto —parece que aconseja Sancho.

—Su pestilencia es su perdición.

—He dicho «persistencia», no «pestilencia» —apunta él.

—Da igual, huele, ¡¡punto!!

—¿Si oliese bien crees que Víctor sí se le acercaría? —Sancho, al parecer, quiere conocer su opinión.

—Creo que tampoco…, porque ese hombre solo tiene un fin en la vida. —Julieta eleva el dedo índice para remarcar lo que dice—. Su fin máximo es ser el encargado de tienda y él, ¡ay, pobre insensato!,

cree que yo quiero quitarle ese puesto, y Leticia, la «olida», se cree, pobre criatura, que yo lo que quiero es quitarle a Víctor, como si fuese algo suyo.

Julieta inspira con fuerza sujetándose el abdomen, nota el estómago revuelto. Mirando en derredor vuelve a hablar:

—Eso sí, no se puede negar que es guapo el muchacho.

—Tiene cuerpo de torero —apunta él.

—¿Quién lo dice?

—Alguien lo dijo una vez en el baño. —No quiere confesar la fuente.

—¡Ostras! Tú debes de escucharlo todo desde aquí cuando entramos ahí. —Julieta señala con la cabeza en dirección a los aseos —. Oye, cuéntame, ¿se tira pedos Lena?

Ríe por lo bajo al escucharla y observa, divertido, la expresión de la cara de curiosidad máxima de Julieta ante lo que pregunta.

—Pues imagino, porque humana es, ¿no?

—Tengo mis dudas sobre eso… ¡¿Por qué estamos teniendo esta conversación tan absurda?! —refunfuña alterada.

—Tú has sacado el tema —le recuerda él.

—¡¡Pues no me sigas el rollo!! —le recrimina apoyando la cabeza en el respaldo y dejando que sus ojos se cierren.

Ante su inmovilidad y repentino silencio, Sancho intenta acabar lo que tiene entre manos. Pero no ha terminado de guardar y cerrar un documento cuando la voz pastosa de Julieta lo aborda de nuevo:

—Manolo sí que parece un tío majo, no me cae mal, por si quieres saberlo… Porque digo yo que, como eres de contabilidad, igual quieres anotar y contar a todos los que no soporto y los que sí me agradan.

—No es necesario anotarlo, sé que es una gran persona.

—¡Y un hombre muy grande! ¿Qué mide?, ¿dos metros?

—No es «La Montaña» de *Juego de tronos*. —Sancho sonríe pensando en su compañero.

—Yo creo que si abre los brazos así… —Julieta los extiende para explicar mejor lo que intenta decir—, parece el Cristo del Corcovado.

Sancho deja salir una alegre carcajada.

—Su novia piensa que parece un cruasán.

—Ay, pues buena comparación, y relleno de chocolate o crema, porque es muy dulce y amable siempre conmigo… Él y también Carmen, la encargada de la limpieza. Y, bueno…, con el resto la verdad es que no me siento muy querida aquí. —Esa última frase apenas es un susurro, pero no deja de entrar por el oído de quien tan atento está a todo lo que dice.

Sancho no puede evitar maldecir por lo bajo al constatar lo obvio: él no se encuentra entre esos trabajadores de la empresa que sí han sido amables con ella y lamenta profundamente escuchar lo que le está confesando.

—Tengo un sueño terrible, creo que soy incapaz de llegar a casa —avisa de repente Julieta.

—Puedes echar una cabezada ahí mismo —le recomienda.

—Lo haré, pero cerraré la puerta.

—No te preocupes, mira, coloca la silla tras la puerta, si alguien pasa no te verá.

Se incorpora para arrastrar la silla y hacer lo que le ha indicado; cuando vuelve a sentarse, sin tener el apoyo de los pies sobre la mesa, se siente incómoda, y él, al verla tan tiesa sobre el asiento de su compañero, se compadece de ella.

—Prueba a echar el respaldo hacia atrás. —Toca su propia silla para indicarle dónde está la palanca.

De inmediato, se ve prácticamente recostada; entonces se descalza y sube las piernas para aovillarse y quedar encogida.

—Vaya…, ¡qué cómodo! ¿Quién lo hubiera dicho? —proclama satisfecha—. Así no es de extrañar que pases la vida ahí sentado y que nunca te levantes —deja caer como si tal cosa—. Has dicho que no me verá nadie desde el pasillo, pero si entran aquí sí lo harán. —Eleva un tanto la cabeza, abriendo los ojos alarmada.

—Tranquila, aquí nunca entra nadie.

—Es cierto, se me olvidaba que no te relacionas con nadie.

Un zasca detrás de otro, y Sancho piensa que si no acaba por dormirse y le sigue hablando, entonces tendrá que faltar a su palabra para largarse de allí sin esperar a que ella se recupere.

Capítulo 11

Julieta

Ha pasado una noche horrible, ya ni recuerda cuándo fue la última vez que se bebió dos copas de vino, pero no piensa repetir la experiencia, mucho menos si al día siguiente tiene trabajo. La tarde anterior, escondida tras la puerta del despacho, se había echado una buena siesta, justo hasta que la voz de Asensio la despertó, haciendo que se incorporase con rapidez, aunque también con bastante torpeza. Consiguió colgarse el bolso en bandolera y salió de aquel cubículo sin mirar atrás.

La postura infernal de su cuello repantigada en esa silla le ha pasado factura, ha tenido que tomar analgésicos y la tarde anterior incluso ponerse la manta eléctrica de su madre para aliviar la tensión, lo que incrementó en ella la sensación de lo mayor que ya estaba para según qué actividades.

Así las cosas, cuando hoy ha aterrizado en la tienda, no se encontraba de muy buen humor, apenas si podía girar el cuello sin emitir un quejido. Ha aguantado la mitad de la mañana como ha podido y a la hora del almuerzo ha preferido no comer nada y entrar a hablar con Sancho para aclarar su problema con las retenciones en su nómina.

Taconea con fuerza por el pasillo, se introduce en el desolador despacho y enfrenta a Sancho, que ya la estaba mirando nada más entrar allí.

—Vengo para aclarar contigo lo de mi nómina —le suelta de manera fría—. Necesito que las retenciones sean inferiores a lo que ahora mismo figura en mi contrato…

Entonces ocurre algo que acaba por sacarla de quicio. Ya venía caliente de casa, pero el ver cómo Sancho se inclina bajo la mesa, hasta casi desaparecer por completo de su vista, la hace estallar del todo.

—Mira, estoy cansada de que me rehúyas, ¡esto es el colmo ya! —le increpa al ver que se limita a asomar los ojos por encima de la mesa como un chiquillo asustado—. No tuviste bastante el otro día con no querer salir del baño para verme, ¡pero si hasta querías que Asensio me mintiera!

—No, no —alcanza a decir él, intentando incorporarse.

—No me mientas, no niegues lo que escuché, ¿y ahora quieres evitarme escondiéndote bajo la mesa? ¿Tienes dos años? —Pega un fuerte taconazo en el suelo.

—¿Me dejas que te explique, por favor? —dice levantándose de su asiento, completamente sonrojado.

—Que no soy idiota, Sancho, que ya me di cuenta el otro día cómo me evitabas en el semáforo. ¿Paco? ¿Pepe? ¿Quién era ese anciano? Sí, casi me engañas con lo de tu abuelo, pero, mira, no, liaste a ese pobre hombre para eludirme y hacer ver que estabas con él, ¡qué rastrero y qué ruin y qué poco crees que valgo si tienes que hacer algo así!

Asensio, completamente mudo y con los ojos a punto de saltarle de la cara, permanece inmóvil por completo. Nadie dice nada y ella se lanza de nuevo a vomitar palabras:

—Pero mírate, que ni capaz eres de defenderte, ahí plantado, con tu boca cerrada como siempre y coronada con ese… —aprieta con firmeza los labios, pero acaba por soltarlo—, con tu ridículo bigote, ¿quién te ha dicho que te sienta bien? ¿Y cuánto más vas a dejar que te crezca? Pero, claro, qué se puede esperar de tu estilo si vistes así, con esos pantalones gruesos y esos jerséis de punto, ¡¡como los yayos!! Que solo te falta el chaleco de lana con botones, a juego con esas infames botas, ¿*pisacacas* se llaman, no?

En ese punto, Sancho ha vuelto a sentarse, para acabar así de recibir el inesperado chaparrón.

—Mira, que no tengo por qué aguantarte nada más, que ya me di cuenta hace un año, el día que llegué, cómo me evitabas. Y yo pensé que eras tímido, especial…, no sé —se encoge de hombros dejando traslucir una tristeza enorme—, y lo que eres es un idiota maleducado.

Ya parece que va a callarse, pero lo único que está haciendo es tomar una bocanada de aire, y también impulso, para acabar lo que tiene que decir:

—¿Y sabes qué es lo peor de todo esto? Que yo ayer ni siquiera sé qué te dije aquí, desparramada en esa silla mientras estaba borracha perdida. Y no paro de comerme la cabeza y de maldecir porque ahora tú me llevas ventaja, antes nada sabíamos uno del otro, pero tú ahora vas por delante, ¡y no sabes cómo me molesta eso! Tengo tanta rabia solo de pensar en lo mucho que te estarás riendo de mí… —Los ojos se le llenan de lágrimas con esa confesión, aunque no llegan a pasar de sus lagrimales, como si se negaran a caer.

Sancho parece lanzarse a decir algo, al menos el sonido del aire escapando por su boca puede escucharse claramente en todo el despacho, pero la mirada fulminante con la que ella le obsequia le quita las ganas de hablar y vuelve a cerrar la boca.

—¿Tú puedes encargarte de solucionarme el problema?

Se ha dirigido a Asensio, que tampoco es capaz de contestar ante lo inesperado de la pregunta.

—Sí, está claro, este es el despacho donde trabajan los más cortos de la empresa, no me extraña que os tengan junto al baño.

—Oye, ya está bien, ¿no? —protesta Asensio, incorporándose de la silla.

—¿El becario qué está aquí para defenderte?

Y antes de que ninguno de los dos pueda contestar, Julieta abandona el despacho y regresa a la tienda, con unas ganas inmensas de que acabe la jornada para largarse a las merecidas vacaciones que inicia justo al día siguiente.

No piensa quedarse a la fiesta de empresa; todavía lleva sangrando por la del año pasado y no tiene interés alguno en repetir tan deprimente experiencia, mucho menos con compañeros como los que tiene. Ese Víctor que todavía continúa erre que erre pensando que ella desea el puesto de jefa de tienda y que, con su cansina insistencia, sigue dando pie a Leticia para que no deje de pensar que él la persigue con fines amatorios.

Las otras compañeras, Feli, Andrea y Clara, son educadas y simplemente correctas con ella, pero siempre las ha sentido un tanto

recelosas y cree que todo es obra del malpensado de Víctor que anda malmetiendo a sus espaldas. No le gusta que le hagan el vacío, no sin una razón de peso de por medio; respecto a eso, no es algo que le ocurra por primera vez y odia esa actitud en las personas.

Capítulo 12

Sancho

Se está dando cabezazos imaginarios desde la furiosa reacción de Julieta. Está tan consternado, tan sorprendido con todo lo ocurrido, que no es capaz de reaccionar. Asensio, desde su mesa, lo ha mirado furibundo, y él ni siquiera ha sabido qué decirle, porque de nuevo el pobre chico se ha visto salpicado sin comerlo ni beberlo.

Ante la imposibilidad de concentrarse de nuevo en el trabajo, decide abandonar su puesto dos horas antes de lo que le corresponde; no suele faltar a sus obligaciones, pero hoy piensa aducir malestar, porque no se siente capaz de hacer nada. Tanto es así que incluso pide un taxi para volver a casa, algo que nunca antes ha hecho, en cambio hoy cree que ni tan siquiera la pierna le responde.

Al llegar a casa, cruza de manera lenta el pequeño salón, deja la muleta junto al sofá y avanza un poco más hasta su habitación, apoyando la mano con tiento, deslizándola por la pared. Cuando llega a su cuarto, se sienta en el borde de la cama y ahí se queda, paralizado, sin actividad aparente en él, solo su mente tiene vida; una, además, enfebrecida, recordando y diseccionando el arrebato de Julieta de hace unos minutos.

Agobiado, resopla y su mano derecha va hasta el pelo para revolverlo; desde ahí, sus dedos resbalan hacia la frente, encuentran el puente de la nariz y la aprietan entre el índice y el pulgar. Después, los dedos, al bajar un poco más, tropiezan con su bigote. Entonces sacude la cabeza. ¡El bigote! El odioso bigote del experimento de su hermana. Maldice por lo bajo, también por lo alto. Total, da igual, está solo y puede proferir insultos, toda una gama de ellos si lo desea, así que lo hace. Y los dice. Y también los grita.

Cada día maldice todo ese innecesario e inútil pelo sobre su labio superior cuando se mira al espejo, ahora ya es un enorme y tupido

chevrón. No termina de acostumbrarse a él, pero está haciendo un esfuerzo más que sobrehumano por complacer a su hermana y ayudar, de ese modo, en su proyecto para acabar los estudios en la escuela de fotografía. Ella fue un apoyo inestimable durante su convalecencia, así que ¿qué le supone a él dejarse crecer ese cepillo sobre su boca? Esfuerzo ninguno, el pelo crece solo, y le encanta lo feliz que hace a su hermana con las sesiones de fotos cuando posa para ella. La idea es que el bigote evolucione tanto como para parecerse al de Dalí. Ese será el fin del proyecto: Sancho posando como el genial pintor. Pero hasta llegar a ese momento el pelo tiene que crecer mucho.

De los cuidados de su mostacho se encarga un barbero especialista que está tan o más ilusionado que Rosa, su hermana. Gracias a él y a sus profesionales cuidados, la evolución está siendo posible y, a decir verdad, las fotos que Rosa hace están quedando muy bien, originales, frescas, divertidas, únicas y muy muy especiales, por los encuadres, la luz, las poses… Sancho siempre posa con el mismo fondo tras él, solo se ve su torso, enfundado en camiseta básica, blanca y de tirantes. La sucesión de caras que la fotógrafa le hace mostrar desde que empezó el proyecto es todo un reto para él, incluso se sorprende de lo que puede dar de sí cuando su hermana le lleva al máximo tras horas posando. Nunca hubiera imaginado que fuese tan expresivo.

Pero a él no le gusta su imagen, siente las miradas de todo el mundo en la calle. No tiene bastante con su cojera, que además anda por ahí con esas pintas. «Te falta la moto, la chaqueta de cuero y un montón de problemas persiguiendo tus talones», recuerda lo que su compañero le dice. Y es que Manolo tiene razón cuando hace comentarios como ese, porque la verdad es que lanzando bromas de su bigote es un maestro, y Sancho no puede más que reírse con sus comparaciones. Y no se puede negar lo llamativo que es tanto para mal como para bien, porque más de una mujer, y algún que otro hombre, ha coqueteado con él alabando su bigote. «Te da pinta de malote pese a tu camisa asomando por el cuello de tus jerséis», le dijo el otro día.

Esa es otra: su ropa, una más de las recriminaciones de Julieta. En su día, Sancho había tenido que desistir de seguir usando el mismo tipo de prendas que siempre había vestido: deportiva e informal. Se dio cuenta en cuanto entró a trabajar para la marca de moda, ya que en ese sótano hacía un frío terrible; la calefacción funcionaba, sí, pero mal, aunque nadie se quejaba. Y cuando preguntaba a algún compañero si no tenía frío, todos le respondían que se estaba bien; por lo tanto, empezó a pensar que era él, que no estaba muy allá desde que había sufrido el accidente. Porque si tenía que ser sincero consigo mismo, en ese y en otros aspectos, no se sentía igual.

De manera que tuvo que dejar aparcada la fría tela de los pantalones vaqueros para cambiarla por la calentita y mullida pana. Empezó a usar camiseta interior, algo que jamás había hecho, y a esa prenda, además, superponerle camisa de franela y su correspondiente suéter de lana. La imagen que le devolvió el espejo aquella primera mañana, con ese tipo de prendas, le hizo sacudir la cabeza con tristeza, pero al comprobar que no tenía nada de frío tras horas sentado en su despacho, le dio la bienvenida a su nuevo *look* con los brazos abiertos. ¿El dicho de «Ande yo caliente…»? Pues exactamente eso fue lo que sintió: indiferencia.

De todos modos, siempre intenta elegir prendas acordes con su edad y que no le den aspecto de señor mayor. Eso sí, le falta ponerse el calzoncillo de pata larga; esa prenda interior nunca la ha probado, pero no lo descarta en las olas de frío, algo poco frecuente en Murcia, aunque de vez en cuando se producen, y en esos días la humedad es terrible para sus maltrechos huesos.

¿Y esa mujer se ha atrevido a hacer burla de su ropa? Pues quiso decirle que hubo momentos, años atrás antes de decidirse por la ropa más abrigada, que algunos días pasó tanto frío allí sentado, sin mover más que los dedos sobre el teclado, que ganas le dieron de ir a trabajar en pijama de felpa y con sus pantuflas de pelo de borreguillo. Y porque bata nunca había usado para estar por casa, pero una bien abrigada no le habría venido mal para usarla en el gélido sótano que para él parecía más una cámara frigorífica que cualquier otra cosa.

Sancho pone fin al bucle en el que han entrado sus pensamientos, se dice que ya basta de lamentarse. Está claro lo mucho que le han dolido las palabras de Julieta, pero, haciendo balance de todos los encuentros que han tenido, piensa que es más que lícito que ella haya explotado de ese modo, ¿no le dijo que no se sentía querida en la empresa? ¿Acaso él no le mostró un gesto contraído en el rostro que bien pudo interpretar como rechazo o hastío por su sola presencia? Sí, claro, ella no sabía que su pierna mala acababa de jugarle una mala pasada con ese calambre que lo retorció de dolor. Y él desconocía la relación, una que al parecer no parecía muy agradable, con el resto de compañeros, pero si aquel día, con su cara congestionada, únicamente vio un desprecio más cuando Julieta solo pretendía ser educada con él, era legítimo que se defendiera, que sacase la uñas en el modo en el que lo había hecho.

Los comentarios hacia su aspecto no han sido agradables, pero quiere ponerse en el lugar de Julieta, el de la compañera dolida, ninguneada como sabe que debía sentirse cada vez que tuvo que comprobar los «no avances» por su parte para enfrentarse a ella, no atreviéndose a salir de su cubículo tras la pantalla del ordenador para ir a su encuentro en el pasillo, y en cambio nunca dio ese paso. Para rematar, está claro que Julieta había vivido el encuentro del semáforo con Pepe, el supuesto abuelo, como una tomadura de pelo.

Sancho recoge ahora lo que, por desgracia, y por miedo, ha sembrado.

Capítulo 13

Julieta

Mira hacia la línea de mar que la puesta de sol empieza a oscurecer a esa hora de la tarde. Se frota un pie contra el otro, ambos enfundados en sendos calcetines de lana. Siente frío y se acurruca en el sofá echándose la cálida manta por encima, tanto que se cubre hasta la cabeza, como si en lugar de en el piso de la playa que Margarita le ha prestado, estuviese sentada, y desnuda, en la plaza del pueblo a la vista de cualquiera que pasara.

Sí, siente vergüenza. Una terrible y enorme, una que la está atragantando y amenaza con engullirla por completo. Únicamente puede pensar en el bochornoso momento en el despacho de Sancho. ¿Cómo se le ocurrió burlarse de él de ese modo?

Han pasado dos días desde el lamentable momento y no piensa salir de ese apartamento más que para lo que lo ha hecho: bajar a pasear con Sultán y en breve para la inevitable cena de Nochebuena y posterior comida de Navidad con la familia. Cuenta con dos semanas de vacaciones, esas que no se ha tomado desde hace un año en la empresa, y esa ocasión era, sin duda, la mejor para alejarse de la tienda y de todo el personal.

Su idea inicial al solicitar esas vacaciones había sido la de quedarse en Murcia, y aprovechar para centrarse en perfilar detalles de su colección y diseñar nuevas prendas; también quizá ir al monte a pasear con el perro por las mañanas temprano y con toda probabilidad salir a disfrutar de la ciudad con Margarita.

Pero, tras la discusión, todo se le había echado encima; le venía pequeño el piso de sus padres donde vivía, le quedaba pequeña esa ciudad; se sentía agobiada, perdida; le sobraban los compañeros de trabajo, e incluso los vecinos en la escalera dando su saludo habitual a diario le molestaban. Sí, estaba irritada, irascible, enfadada. Su amiga, con la que había quedado para desayunar en su primer día sin trabajo, enseguida había detectado que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre? —Margarita se sentía muy incómoda.

—Nada.

—Venga, habíamos quedado para darnos un festín, para meternos entre pecho y espalda un desayuno de reinas: he pedido chocolate, tortitas con helado de vainilla, como más te gusta, y tú solo te has pedido un té, ¿estás mal del estómago? Porque si es así, podíamos haber aplazado el desayuno.

—Que no es nada, de verdad. —Julieta no sonaba creíble, tampoco su cara acompañaba la frase.

—Pues mira, si no es nada me largo, porque ni ganas de probar algo de todo esto —señaló el desayuno sobre la mesa—, que ya me las has quitado con esa cara de pan enmohecido y esas ojeras que te llegan a los pies, ¿has dormido esta noche acaso? También me vas a mentir en eso, ¿verdad?

—Me gusta alguien del trabajo —confesó de pronto antes de que su amiga, tal y como había anunciado, se colgara el bolso al hombro y la dejase allí, sola y con todo el despliegue de dulces.

—Pero eso es estupendo…, ¿no? —tanteó insegura.

—No, porque no entiendo cómo puede gustarme alguien con quien no he tenido más que un mínimo intercambio de palabras, alguien que se ha pasado todo un año rehuyéndome. Y ya no sé si me gusta por lo poquito que he visto de él o porque me toca las narices que me ignore. —De ser posible, la cara de Julieta se habría incendiado de la misma rabia que sentía al decir esas palabras y que salían propulsadas de su boca como si tuvieran motor.

Margarita, claramente confundida con lo que escuchaba, se limitó a extender el brazo entre el hueco que quedaba entre platos y tazas para acariciar la mano con la que su amiga toqueteaba el sobrecito del azúcar de la infusión.

Julieta empezó a relatarle las pocas ocasiones en las que ella y Sancho habían hablado, también le hizo saber las veces que se habían mirado, ella desde el pasillo, él desde su posición en la mesa de trabajo. Por último, le relató los reproches y todo el enfado que había mostrado con su compañero.

—Ha sido un año de miradas, muchas, todas en la lejanía, es cierto, pero ninguna ha sido de desprecio o indiferencia, bueno,

salvo una vez que me puso una cara rara que me dejó muy confundida. Pero en todas, desde el primer día, he percibido en él muchas ganas de…

—¿De qué? —inquirió Margarita echando el cuerpo hacia delante, separándolo del respaldo de la silla y con la curiosidad desbordándola.

—Pues muchas ganas de todo, de querer levantarse y acercarse, de hablarme, de preguntar, tal vez de invitarme a tomar algo, de quedar para comer al mediodía cuando pasaba por el pasillo a esa hora… He visto deseo también y ganas de alabar algo en mí o en mi atuendo, y ahora me doy cuenta de lo mal que estoy y de cómo se puede llegar a malinterpretar todo. ¡¡No había nada de todo eso que yo creía ver, visto lo visto!! Me estoy volviendo loca, imaginándome lo que no existe con un simple intercambio de miradas desde la lejanía. O eso o al parecer estoy tan desesperada por estar con alguien que yo misma me invento lo que no es.

—Desesperada no estás, porque sé que son muchos los que te piropean y te invitan a tomar algo y siempre les has dicho que no. De tener ganas de relaciones, te habrías lanzado de cabeza y no lo has hecho; no, al menos, que tú me hayas contado.

—Sí, es cierto, no he querido salir con nadie, no hasta que no me guste de verdad, y ahora Sancho me gusta mucho y no entiendo el motivo y eso me cabrea y me frustra a partes iguales. ¿Y sabes qué es lo más triste? —Se lanzó a contestar su propia pregunta—: Ver que no ha dado un paso para poder conocernos y comprobar, al fin, si realmente yo he visto lo que he creído ver en sus miradas diarias.

Julieta tomó con decisión la cuchara que se apoyaba sobre el plato de las tortitas y, hundiéndola en el helado, que ya casi se deshacía, colmó el cubierto y se lo llevó a la boca para engullirlo de una sola vez. Entonces cerró los ojos, pero no supo si de puro gusto ante aquella delicia sobre su lengua o por toda la frustración que sentía.

—Creo que esto que voy a decirte no te va a sentar bien, pero debes escucharlo.

—Se lo que me vas a decir, pero adelante —animó a Margarita.

—Por muy frustrada que Sancho te haga sentir, creo que muchos de tus comentarios acerca de él estaban de más.

—Lo sé y mi berrinche también, ¡fue tan infantil! ¿Quién soy yo para decirle todo eso…, para decirle nada?

Julieta lloriqueó medio en broma, medio en serio, puesto que sus ojos se aguaron con rapidez.

—¡Sancho me parece tan dulce, Margarita! Creo que no me equivoco al pensar así de él, aun sin conocerlo realmente, y no entiendo en qué estaba pensando para hablarle como lo hice, despreciando todo lo que es cuando es todo lo contrario. Porque me encanta lo poco pretencioso que es al vestir, adoro esas bonitas camisas asomando por el cuello de sus jerséis. Se le ve siempre tan calentito… —Cerró los ojos imaginándose junto a él, abrazada a la suavidad de la lana de sus prendas—. Me lo imagino dulce, acogedor, tierno y sensible.

Margarita le estaba tendiendo un pañuelo por encima de la mesa, no había sido consciente de que estaba llorando emocionada, llena de una inmensa tristeza. Se enjugó las lágrimas y sonrió con amargura a su amiga.

—¿Qué piensas hacer? Porque si me dices que tienes dos semanas de vacaciones entonces no os vais a ver, si acaso pensabas en una disculpa.

—Lo que quiero es desaparecer, estar sola y no ver a nadie —le dijo del tirón lo que tanto deseaba desde la tarde anterior.

—Mi casa de la playa está vacía, es tuya por el tiempo que quieras.

No tardó ni un segundo en decir que sí a la propuesta de su amiga, así que ahí está, con Sultán a sus pies, calentándolos, porque los tiene terriblemente fríos desde su desahogo con Sancho; es lo único que tiene frío, porque la cabeza y el corazón los tiene muy calientes, demasiado, al borde de explotar.

A la ropa de su maleta había añadido unos cuantos retales de tela y su máquina de coser portátil. Piensa confeccionar dos vestidos para esas fiestas, para presumir y pavonearse a gusto entre esas mujeres que antaño, en su infancia y posterior adolescencia, decían ser sus amigas cuando acudía al pueblo de sus abuelos a pasar las vacaciones. Justo hasta que, por casualidad, un día las escuchó hablar, y la conversación no hizo más que revolverle en el estómago

el bocadillo que tan gustosa se había comido para merendar en casa de la abuela. Aquellas chicas no la querían en el grupo, porque salir con ella implicaba que ningún chico mirase al resto. En cambio, ella era tan inocente, sin maldad alguna, que no acababa de entenderlas mientras cuchicheaban a sus espaldas con su prima dirigiendo al grupito.

¡Pero si ni siquiera le interesaban esos chicos que según las otras chicas babeaban a su alrededor! Solo iba al pueblo a disfrutar del aire limpio, de las horas muertas para hacer miles de cosas lejos del colegio y más tarde del instituto. Únicamente pensaba en holgazanear, en ir al río a lanzar piedras y embobarse mirando las ondas que estas dibujaban en el agua. O en montar en bici de manera alocada, libre al fin del suplicio de su rígido e incómodo uniforme escolar: la falda de tablas picaba hasta hacerle perder la concentración en clase y la camisa era tan tiesa y almidonada que le dejaba roces en el cuello. De ahí creía que le venía su interés en los diferentes tejidos, en las telas fluidas, en las texturas agradables al tacto y pegadas a la piel de manera cálida, si hacía frío, o fresquitas y ligeras para el tiempo estival.

A ella le encantaba estar en la plaza disfrutando de una bolsa de pipas, riendo de trivialidades, huyendo de las eternas y aburridas clases extraescolares, de la implacable entrenadora en el equipo de balonmano del que era jugadora.

Entonces, ¿por qué el rechazo? ¿Por qué ese dejarla de lado? Su prima Angelita la primera. Ella sabía que le gustaba Eladio, y a Eladio, lo único que le gustaba eran los cómics y hablar de *La guerra de la galaxias*, películas de las que Julieta también era muy fan. De manera que ambos habían congeniado enseguida y, siempre que se encontraban, pasaban horas hablando de Luke, de Leia…, del poder de la fuerza.

—Me cortas el rollo —le decía su prima, molesta.

—Bueno, pues habla tú también con él, no veo que lo hagas, solo lo miras.

—Si tú lo acaparas, ¿cómo quieres que me mire? ¿Y para hablar de qué? ¿De esos rollos *jedais*?

—¡No son rollos! —se molestó Julieta—. A él le gusta, ¿acaso no te importan sus intereses y sus gustos?

—Me gustan más otras cosas de él, ¿sabes?

—Tienes doce años. —Julieta no pudo evitar sonrojarse al pensar en lo que decía su prima.

—Y él catorce, ya es mayor para tanta peliculita de *rarunos*.

—No…

Pero su prima no dejó que acabara de hablar.

—Lo que sea, Julieta, que en el grupo no te queremos. Eres la novedad cada vez que llegas y los chicos quieren escucharte y saber de ti. Incomodas a las chicas con esos aires que te das…

—¿Qué aires? —se indignó Julieta—. Y no soy ninguna novedad, vengo siempre, casi todos los fines de semana desde que nací, y paso aquí todas las vacaciones.

—No eres de aquí, punto. Pero tú y yo podemos hacer otras cosas cuando quieras —se ofreció como si eso fuese un consuelo y que además tuviera que estarle agradecida por su generosidad.

Julieta, tras la desagradable conversación, se volvió renuente a regresar al pueblo. Su abuelo, preocupado por el cambio de actitud, cuando siempre la había visto alegrarse en todas las ocasiones que los visitaba, habló con ella, y la niña, inquieta por dejar en mal lugar a su prima, no deseaba delatarla. Pero al final acabó por confesar.

—La culpa es de tu tía —le dijo el anciano refiriéndose a la cuñada de su padre—, no sé qué ideas le mete en la cabeza a esa cría a la que ni siquiera deja comer tranquila desde que ya no es una niña.

La muchacha, de claras formas redondeadas en su infancia, no se había espigado tal y como su madre esperaba que hiciera con la llegada de la pubertad; tenía, además, la mala costumbre de compararla con Julieta, sembrando así en su hija nada más que animadversión por su propia prima.

Y Julieta no entendía nada, porque ella se veía una niña, nada más, y solo buscaba divertirse, compañía en sus juegos, unos que, al parecer, a ojos del resto eran ya demasiado infantiles, ya que tanto su prima como las otras chicas estaban dando el cambio: sus pechos habían empezado a despuntar cuando en ella no notaba

nada; de hecho, era mujer de poco pecho y nunca se había sentido a gusto con ese aspecto de su cuerpo.

Tampoco le gustaban sus dientes, que tiempo después hubo que corregir con ortodoncia. Se encontraba delgaducha y pálida, ¿dónde veían lo bonito? Y eso era algo que la había perseguido toda la vida, cuando ella solo deseaba destacar por sus conocimientos en moda y diseño, y siempre acababan por alabarle únicamente lo que estaba a la vista. Con más de un chico había topado que solo buscaba lo que buscaba, y cuando ella intentaba hablar de sus gustos e intereses, le habían soltado aquello de «¿Y si te callas un ratín, mona, y estamos a lo que estamos?».

Acabó por cerrarse a las relaciones y pensó, con amargura, que quizá su manera de actuar con el berrinche ante Sancho tenía mucho que ver con que ella creyese que él la evitaba porque no la veía más que una cabeza hueca en tacones.

Justo la imagen que, ya despreocupada y alejada de los comentarios y el vacío que le hicieron en la adolescencia, venía dando a propósito desde hacía un tiempo en el pueblo cuando se cruzaba con alguna de las mujeres de aquel grupo de su niñez. Le importaba ya más bien poco lo que pensasen de ella, aunque eso no evitó que Eladio y ella siguiesen hablando cuando se encontraban. La saga *Star Wars* había evolucionado y tenían mucho pero que mucho de lo que hablar, pese a su prima, que nunca consiguió que ese chico se interesara por ella. De hecho, estaba ya casada y con niños y todavía se molestaba cuando los veía charlar y reír juntos.

El sonido de su teléfono la saca de esos recuerdos: número desconocido de nuevo y ya van diez veces desde el día anterior. Cansada, decide bloquear el número.

Capítulo 14

Sancho

Hablar con Julieta: misión imposible. Conseguir su número de teléfono fue la parte fácil gracias a los datos que de ella dispone la empresa. Sancho perdió la cuenta del número de veces que pulsó su contacto, pero de sobra entendía que no se lo cogería al ser un número desconocido. Aunque se niega a darle explicación alguna mediante mensaje, quiere hacerlo en persona y no piensa parar hasta conseguir su objetivo.

Pero Julieta lo bloqueó, así que se lanzó a enviarle un mensaje para hacerle saber, simplemente, lo que deseaba con su insistencia al llamarla. Su fallo fue escribir un sencillo «hola» y no decir del tirón, junto a esa palabra, que era Sancho, porque cuando quiso decirlo en el siguiente mensaje le había bloqueado en WhatsApp.

Sin desistir en su propósito, decide plantarse en el portal del edificio de su compañera. Porque también ha obtenido su dirección, y allí se va todas las tardes a la salida del trabajo, rebosante de su mejor ánimo y humor y sus ganas de verla, de decirle lo que no se ha atrevido hasta ese momento, de disculparse y, sobre todo, con muchas ganas de caminar ante ella y no ocultarse más.

Pero la espera es eterna y necesita distraerse en algo, y un libro no es la mejor opción, ya que se ha propuesto no apartar los ojos del portal de Julieta. «Entonces, un audiolibro», se dice como la mejor alternativa, por lo que a la tarde siguiente se dispone a hacer más llevadera la espera con la descarga que ha hecho en su móvil de un reciente libro publicado del remero más importante que ha dado el país: *La biblia del remero*, se titula, por Jon Iturbide, donde el campeón no solo habla del deporte en sí, sino también de todas las anécdotas y vivencias a lo largo de su amplia carrera.

Por añadir algo más a todo lo que le viene sucediendo a Sancho últimamente, al darle al Play para disfrutar de lo que tanto le gusta, se lleva una tremenda sorpresa: ha descargado una biblia, sí, pero

no la del remero, sino la Biblia, con mayúsculas, con su Antiguo y su Nuevo Testamento. La cara de Sancho es un poema y no de amor precisamente. Se echa a reír, ¿qué otra cosa puede hacer? Tomárselo con humor, acomodarse, si es que esa palabra puede usarse estando sentado en ese incómodo lugar de frío cemento, y darle al Play para empezar a escuchar todo lo que desde los auriculares le vaya llegando.

Pero Julieta no aparece y las tardes se alargan, se estiran como el chicle.

Sancho celebra en el pueblo la Nochebuena, también la Navidad, y aprovecha para salir a remar con Ignacio, su padre, y este, que siempre lo ha hecho en silencio, ahora quiere hablar, porque hace mucho que no comparte nada con su hijo y necesita saber cómo está. Pero cómo está de verdad, qué siente y qué piensa, más allá de la tibia respuesta que Sancho siempre le ofrece a él o a su madre: un «bien, bien» que pronuncia sin ganas y pasando a otro tema de inmediato, para evitar así que le sigan preguntando.

—Yo nunca tuve una relación muy estrecha con tu abuelo —le suelta de improviso su padre mientras reman por el plácido cauce del río.

Sancho se inquieta un tanto; últimamente, la hora del remo con compañía siempre le ha llevado a confesiones.

—Por eso quise que con mis hijos fuese diferente, pero parece ser que no tuve buen ojo, porque enseñarte a remar y pedirte que vinieras conmigo solo ha servido para compartir una afición.

—¿Y te parece poco, papá? Y no digas eso, no es solo una afición, me has inculcado el amor por el deporte, el respeto por la naturaleza y todo lo que la rodea al tiempo que vamos aquí sentados. Disciplina, esfuerzo… —Se gira para asegurarse de que su padre le está entendiendo.

—Milongas, hijo.

—¿Cómo?

—Pues que sí, que estoy de acuerdo contigo y que todo lo que dices es cierto y está muy bien para formarte como persona, cosa que no se puede decir de otros, pero que, ¡vaya!, me habría gustado que en estas horas compartidas hubiésemos hablado más.

—Hablábamos.

—No lo suficiente, no de lo que importa, es decir, tú, hijo, tú.

—Papá…

—Y sé que cuando nos dices que estás bien pues no es del todo cierto. —Su voz suena entristecida.

—¿Te recuerdo cómo estaba tras el accidente? ¿O hasta no hace muchos años, antes de la mejoría y de abandonar definitivamente la silla de ruedas?

—Eso era lo normal, se te truncó todo, estabas lesionado, una operación tras otra…

—Podía haberme ahorrado algunas malas maneras también.

—Sí, podías, pero eso te hizo mejor todavía, y te armó de una paciencia que antes no tenías…

Se hace un silencio.

—A lo que voy, hijo, es que no te conformes con lo que tienes, es decir, ya sabemos que tu cojera podrá mejorar, pero no desaparecer, y que no es canjeable eso, pero otros aspectos de tu vida sí. Trabajas donde trabajas porque lo pedí a la dirección de la empresa y tú estuviste de acuerdo, pero no debes amarrarte a eso si no te compensa y yo nada objetaré a los cambios que quieras hacer.

Sancho agradece de corazón la sinceridad de su padre.

—Gracias, papá.

—¿Por qué?

—Por todo y, sobre todo, por tus palabras, porque no quiero quedarme en la empresa de por vida, quiero hacer otras cosas, no hablo solo profesionalmente: de momento he decidido que voy a participar en los campeonatos *seniors* nacionales de remo y me gustaría ir a los mundiales. Perdona por no decirlo antes, pero no estaba convencido del todo.

Ignacio cesa todo movimiento, saca el remo del agua para darle ligeramente en el hombro. Se echa a reír provocando la risa en su padre.

—Y mientras inflo mi ego pensando que voy a ganar, porque voy a remar para ir a por la medalla… —se gira para sonreírle a su padre y guiñarle un ojo—, pues mientras esta llega decidiré qué hago con el

trabajo… Gente que sepa de números hace falta en todas partes —concluye Sancho.

—Nunca ha habido medallas en esta familia.

—Yo te regalo una de plástico cuando quieras —sugiere su hijo llevándose la salpicada de agua que le ofrece Ignacio—. ¿Papá?

—Dime.

Sancho percibe que su padre desea tener una conversación más allá de lo meramente profesional, una que nunca han tenido, por las reservas de uno y otro. De manera que se anima a ofrecérsela en ese momento.

—Puede que gane esas medallas en remo, pero nunca ganaré la que más deseo desde hace un año.

Su padre nada dice, por lo que se atreve a preguntar:

—¿Me escuchas?

—Sigue, por favor.

—A tu hijo nunca le darán una medalla al más atrevido ante Julieta.

—¡¡Me maravilla Julieta!! —exclama visiblemente encantado.

—Pero… ¡¡si no la conoces!! —refunfuña Sancho, que nunca le ha hablado de ella.

—¿Qué tiene Julieta para que no te atrevas? Pues tiene lo que me maravilla, lo que me gusta, lo que te gusta a ti, y si no te atreves es porque es ella y no otra la que seguro espera por ti.

—Después del rapapolvo que me echó el otro día, no puedo decir lo mismo.

—Estoy convencido de que ese rapapolvo fue para que te pongas las pilas, ¿te las has puesto?

—Estoy en ello.

—¡¡Sancho, coño!! —se desespera Ignacio.

—¿Qué? Si no puedo localizarla, más ya no puedo hacer —se lamenta.

—*P'alante*, hijo, lo sabes, ¿no?

Capítulo 15

Ellos

Una calle no muy transitada, un edificio enorme, un portal que se abre cada cinco minutos, aproximadamente. Sí, ha tenido tiempo de calcularlo, lleva ahí sentado, a la salida del trabajo, desde el 22 de diciembre, sin contar la tarde de Navidad. Espera a Julieta desde que lo bloqueó y decidió que no podía aguantar más para hablar con ella.

Desde esa jardinera de piedra, de la que ha tomado posesión su trasero, ha visto de todo: hombres y mujeres de pasos acelerados, niños con berrinche de la mano de sus correspondientes padres con sus ojos mirando hacia el cielo, claramente sin saber qué hacer implorando una paciencia que no va a caer desde lo alto.

Ha visto ancianos sin prisa, perros con sus dueños olisqueando por doquier, jovencitas cuchicheando secretos, adolescentes dejando volar la carcajada, chicas y chicos decidiendo un lugar al que ir, corredores sudando camiseta, patinetes casi sesgándole las piernas a la altura de los tobillos, gente con bolsas cargadas de compra del supermercado cercano, parejas discutiendo, parejas de la mano, parejas comiéndose a besos… Y a estas, como un fisgón descarado, no ha podido evitar mirarlas hasta que se han perdido al final de la calle sin darse una tregua, siquiera para respirar cada vez que detenían sus pasos para que sus lenguas entrasen nuevamente en húmeda batalla.

Ha observado a todas las personas que componen el ecosistema de cualquier ciudad, a todas menos a una, esa que pensaba que al menos bajaría a pasear a Sultán, pero ya le ha quedado claro que no está en la ciudad. Quedan tres días para la vuelta de Julieta al trabajo y solo desea fervientemente poder verla y llegar a charlar, quiere que eso ocurra antes de escuchar de nuevo sus pasos sobre el enlosado de ajedrez.

Anochece, la humedad se adueña de todo y, a pesar de la tarde tan soleada que la ciudad ha disfrutado, no dejamos de estar a principios de enero y el frío se hace notar, más aún si tenemos en cuenta la inactividad de Sancho allí sentado.

Ya casi renuncia a que se produzca el encuentro, cuando el portal por el que tanto ha deseado verla aparecer se abre, para dejar paso al rostro de la mujer que añora.

No sabe si es suerte o la ganancia que toca recoger tras su insistencia y tener el culo frío y entumecido sentado en ese macetero durante mil horas. Julieta, cómo no, cabía esa probabilidad, no se encamina hacia el lado en el que él se encuentra, por lo que toca perseguirla y caminar tras ella. No desea alarmarla gritando su nombre, pero, cuando ve que gana cada vez más distancia, se decide y la llama:

—¡Julieta! —Una voz seca y cortante le raspa la garganta cuando ese nombre asciende y escapa de su boca.

Han sido demasiadas horas en silencio sin lubricar su lengua. Se humedece los labios y lo intenta de nuevo. Surte el efecto deseado porque ella se detiene. Parece que ha escuchado su nombre, por lo que se gira de manera automática, aunque no asocia la voz a nadie.

En ese giro van puestas todas las esperanzas de Sancho, porque, cuando al fin lo mire, él entenderá muchas cosas únicamente con observar sus ojos: según si se abren de forma desmedida o se achican para atravesarlo con sus pupilas; también observando su gesto: si se arquean las cejas con sorpresa o se fruncen con disgusto. Y su cuerpo: si se detiene para esperarlo, si acelera el paso ignorándolo o se acerca hasta él para recorrer el espacio que los separa. Y Sancho piensa que esto último sería, sin duda alguna, lo mejor.

Julieta, al girarse, no esperaba nada, ni a nadie en concreto, pero cuando consigue enfocar y él entra en su campo de visión, la sorpresa es tan grande y la emoción que la recorre es tan vertiginosa que no sabe cómo actuar. Su mente no envía mensaje alguno a su cuerpo, nuestra protagonista se ha bloqueado, se queda en *stand-by*. Y cuando sale de ese estado no sabe qué hacer, pero sí

sabe que la vergüenza ha vuelto hasta ella al tenerlo ahí delante y recordar todo lo que nunca debió decir.

—¿Podemos hablar? —escucha a Sancho—. Por favor, no me hagas perseguirte, saldrías ganando —avisa él, intentando imprimir algo de humor a la situación elevando un poco la muleta.

Entonces ella recorre la distancia que los separa. Esos simples pasos suponen todo un alivio para él.

—Disculpa, no te esperaba y no sabía cómo reaccionar, pero no tener respuesta alguna no ha sido muy educado. —Julieta tiene la mirada baja, tan baja como las puntas de sus botas, tanto rato que parece que las vaya a abrillantar con los ojos.

—Me gustaría invitarte a un café y que podamos charlar un rato… Bueno, más que charlar, lo que deseo es explicarte algunas cosas acerca de nuestro último encuentro. Pero no quisiera robarte mucho tiempo, de manera que con que me escuches aquí mismo ya me doy por satisfecho.

Julieta eleva despacio la vista y le regala una bonita sonrisa, haciendo que él sonría a su vez.

—Creo que nos merecemos un lugar calentito y tranquilo para nuestra primera conversación en condiciones, ¿no te parece? —Julieta se concentra en la respuesta de Sancho, deseando que esté de acuerdo con su idea.

—Creo que sí —responde él, añadiendo una sonrisa mucho más amplia que la anterior.

—Aquí mismo hay una agradable cafetería, ¿vamos?

—Vamos.

Escasos metros después, entran al ambiente acogedor de un local inundado de delicioso aroma a café. Julieta elige una mesa junto al enorme ventanal y se desprende de su abrigo mientras observa cómo Sancho coloca su muleta en el suelo, pegada a la pared, donde no moleste ni llegue a tropezar con ella en caso de olvidar que está ahí.

—¿Te agachaste a recogerla? —inquiere de pronto sin llegar a tomar asiento.

—¿Cómo dices? —Sancho ya se sentaba cuando la observa toquetearse, llena de nervios, el pelo.

—La muleta, el día de mi enfado —dice con tristeza dejándose caer en la silla.

—Sí, eso fue lo que hice, agacharme…, no esconderme. —Sonríe para tranquilizarla.

—No lo sabía, de veras, ¿puedes creerme? —Suena genuinamente preocupada.

Y el verla así le hace sentir no solo alivio, también ternura por su preocupación.

—¡Claro que sí! Puedes estar tranquila…

El camarero, diligente, se acerca para tomar nota de sus consumiciones.

—Chocolate —anuncian al mismo tiempo provocando la sonrisa del camarero.

—Pues marchando dos tazas bien calentitas, ¿y quizá unos churros, chicos?

Ambos asienten.

Al verse de nuevo a solas, Sancho quiere hablar, aunque ni siquiera llega a pronunciar la primera palabra.

—No, por favor —pide con tristeza—, no digas nada más —le corta ella—. No tengo justificación alguna para hablarte en el modo en el que lo hice. Eso para empezar. Y para continuar…

Inquieto, se percata de que ella ni siquiera es capaz de mirarlo a los ojos y observa cómo desvía la vista hacia el ventanal.

—¿Sí? —la anima él.

Pasan unos lentos y agobiantes segundos y no consigue llamar su atención. Por lo que le hace una sentida petición:

—Mírame, Julieta. —Es lo que más desea, que lo mire, que le sonría, poder observar su rostro tan cerca.

Y Julieta no desea más que verse bañada por la mirada de Sancho, pero rememora en bucle sus duras palabras. Es consciente de que no puede apartar ese día de su mente, pero busca las palabras para proseguir con su disculpa.

—No es cierto todo lo que te dije, habló mi rabia, mi frustración —continúa con la vista clavada en el ventanal—, frustración por no haber podido tener otro tipo de relación —confiesa, mirándolo al fin.

Y Sancho contiene la respiración al escuchar la palabra «relación», una que tan solo espera que ella asocie a algo íntimo, a algo de solo dos. Una relación llena de caricias, de tomarse de la mano, de confidencias en la oscuridad de una habitación, de miradas fijas y no furtivas desde su puesto en la oficina, de conversaciones pausadas, de citas divertidas, de momentos compartidos, de roces sin prisa, de palabras sinceras, dulces y también arrebatadas de pasión.

—Es que no sé…, ¡no entiendo, Sancho! —se lamenta agobiada.

—Lo sé, yo tampoco lo entiendo, solo sé que he sido un completo desastre en cada una de las ocasiones en las que podíamos haber hablado y no lo hicimos.

Se miran durante unos segundos, la primera vez que lo hacen durante tanto tiempo, y entonces ambos se sonrojan a la vez. Un carraspeo les hace darse cuenta de que una servicial muchacha está depositando sus tazas y el plato con los churros sobre la mesa. Se echan a reír agitando la cabeza.

—No tengo arreglo —dice él, echándose hacia atrás en la silla que ocupa.

—¿Por qué te has sonrojado? Sancho, me parece tan tierno… —le dice bajando un tanto la voz—. Y creo que yo también me he sonrojado. —Julieta posa las palmas en las mejillas y las siente arder.

—Me sonrojo porque hablarte me hace sentir nervios, bueno, ¡qué digo! —se recrimina a sí mismo—, ni siquiera hablarte, el simple hecho de saber que se va a producir ese momento entre nosotros y que podamos hablar ya me causa nervios.

Julieta extiende la mano y atrapa entre la suya la que Sancho tiene apoyada sobre la mesa, y ahí, en esos finos dedos, posa él la mirada, echa el cuerpo hacia delante y se recrea en sus labios, porque solo ansía que de ellos salgan las palabras que tanto ha estado esperando y que su sonrojo de hace un momento sea por el placer que le causa al fin estar junto a él. Sancho sufre, lleva un año entristecido por el tiempo perdido para acercarse a esa mujer… y ahora no sabe qué puede pasar.

—Cuando has empezado a hablar, has dicho «lo primero», después has dicho «para continuar» y ahora creo que te falta cerrar

tu discurso con «y por último»… —Sancho le regala unas tímidas caricias mientras ella le sostiene la mano que todavía no ha soltado —. Adelante, Julieta —la anima apretando un poquito más esa fina mano.

La observa inspirar aire antes de decidirse a hablar.

—Por último, es que me gustas —siente la presión de los dedos del hombre que no aparta los ojos de los suyos—, de ahí mi frustración del otro día, porque pensaba que me evitabas y no encontraba un porqué para que eso sucediese.

La confesión ha llegado al fin, y Sancho se emociona, su corazón bailotea alegre, su pulso late acelerado, o trastabillando, ya no lo sabe bien. Y a pesar de que solo desea disfrutar de ese momento, saborearlo y recrearse en él, sabe que ella se está esforzando por ofrecer una disculpa, pero que también le debe una.

—¡Perdóname, Julieta!

—¿Qué? ¿Por qué? —dice sin entender.

—Porque no he sido honesto contigo, ya que, cuanto más tiempo pasaba, más temía acercarme a ti, mi cojera no ha sido de utilidad a la hora de buscar un encuentro…

—¿Te sucede desde hace poco y todavía no te has acostumbrado?

—No, no es de hace poco y ya estoy acostumbrado.

—¿Entonces?

—Nunca nos cruzamos, nunca tuve ocasión de que me vieses caminar, y eso no servía más que para hacer crecer mi inseguridad a la hora de dirigirme a ti.

Respira aliviado, tranquilo, con un peso menos que cargar.

—Cuéntame lo de tu pierna.

—¿Quieres la versión larga o resumida?

—Ahora mismo, resumida, por favor —pide ella con una sonrisa.

—¿La querrás otro día extendida?

—Creo que la querré escuchar en unas horas, porque sé del mejor lugar para escuchar a alguien haciendo confesiones.

—¿Dónde? —pregunta él de manera ingenua.

Sonríe maliciosa, y eso, piensa Sancho, la hace más bonita todavía a sus ojos, haciéndola brillar con esa picardía que se desborda por la comisura de su boca.

—Contigo, juntos, echados. Abrazados y, con este frío, cobijados bajo una cálida manta, ¿te apetece, Sancho?

No esperaba nada de ese encuentro, esa petición mucho menos, de manera que una sonrisa esperanzada curva sus labios, elevando su bigote.

—Me apetece.

—Pues nos tomamos el chocolate mientras me ofreces la versión resumida. —Estira la mano para tomar un churro y mojarlo en la taza, después lo muerde y cierra los ojos, Sancho cree que deleitándose en el dulce—. Hummm.

—Está bueno, al parecer. —Extiende la mano para empezar a saborear esa azucarada masa él también.

—Mi gemido no ha sido de placer —mastica despacio mientras se explica—, sino de alivio, Sancho, de alivio.

—¿Alivio? —pregunta, descolocado con la palabra.

—Alivio de estar así al fin, junto a ti.

Su mano, sujetando el churro, se queda suspendida a pocos centímetros de su boca. Sancho no deja de recibir una sorpresa tras otra, un regalo tras otro. Sin duda, la Navidad es la mejor época para recibirlos, y él, desbordado, no sabe cómo recibirlos sin que se escapen para resbalar de sus manos.

Sin entretenerse demasiado, relata de la manera más breve posible su accidente, justo lo que les dura la dulce merienda. Él se limpia la boca cuando observa que Julieta no aparta la vista de sus labios.

—¿Tengo la boca sucia? —quiere saber.

—¿Eh?… Ah, no, no, estaba… Miraba tu bigote —dice algo tímida.

—El bigote tiene una historia también. —Cabecea, aunque sin ganas de molestarse por lo poco que le gusta.

—Tampoco debí juzgarlo, no te queda nada mal, como poco es interesante —dice convencida.

—Eso es lo que me gustaría decirme a mí mismo cada vez que me miro al espejo por las mañanas.

En el tono en el que lo dice, Julieta detecta insatisfacción y, al no entender de dónde viene, se atreve a preguntar:

—¿Debo suponer que no te gusta?

Sancho le habla de su hermana y del proyecto fotográfico que tienen entre manos.

—¡Ohhh, pero qué mono! —dice completamente enternecida, tanto que en sus ojos podrían llegar a dibujarse arco iris y unicornios de colores—. Lo sabía, sabía que eras así.

—Disculpa, ¿mono? No manejo esa palabra, al menos no aplicada a mi persona, ¿mono de bonito? —A su mente llega la imagen de su propia cara con aquel bigotazo y piensa que está de todo menos guapo o agraciado.

—Pues adorable, achuchable… Alguien que te provoca estrujar, abrazar…, querer. —Este último verbo sale de entre sus labios en un tono muy bajo, pero audible perfectamente.

—Achuchable sí la manejo —dice sonriendo, sin querer sonar demasiado pretencioso, aunque absolutamente feliz.

Julieta lo mira con fijeza, parece no atreverse a decir algo.

—¿Puedo achucharte? —le pide a Sancho de repente.

Y él, que no quiere hacer ningún aspaviento para no parecer muy sorprendido, siente el pulso latiendo de manera frenética en su cuello. Julieta, sin esperar respuesta, se incorpora de su asiento y cambia de posición en la mesa, de estar frente a él pasa a sentarse a su lado.

—¿Sabes qué, Sancho? —pregunta inclinándose hacia el cuerpo de aquel hombre, haciendo que él se incline también, casi tocándose sus frentes, propiciando un ambiente más íntimo aun rodeados de comensales.

«Ahora mismo sé cómo me llamo porque tú has pronunciado mi nombre, si no, ni idea», quiere decirle él ante su pregunta de «¿sabes?».

—Nunca he besado a un hombre con bigote —confiesa ella al fin.

—Yo tampoco —apunta él con toda la seriedad del mundo encerrada en sus palabras; ambos ríen.

—¿Puedo? —pregunta llena de ganas.

Nunca le han besado primero, siempre dio el primer paso para iniciar ese acercamiento entre bocas, era el que se adelantaba a la petición no formulada con palabras, pero sí con la mirada. Desde que recuerda, ha sido el primero en rozar esos otros labios ansiosos

que esperaban por los suyos, él tanteaba a la espera de lo que le quisieran dar, lo que pensaran ofrecer, pudiendo estar equivocado en sus apreciaciones y obtener, como resultado, un rechazo. Pero hoy, ahora mismo, con la chica que tanto le gusta y admira sentada a su lado, por toda respuesta cierra los ojos a la espera de ser besado. Una dulzura posada en sus labios que no tarda en llegar, un leve roce que moja su boca, un pequeño mordisco que atrapa su labio inferior para quedar a merced absoluta de ese contacto. Siente que se marea, que pierde pie pese a estar sentado y con los zapatos posados en el suelo, le hierve la sangre, se le remueve el estómago, en otra circunstancia pensaríamos que le va a dar algo, un corte de digestión, un vahído… Tanto viajar y recorrer mundo practicando deportes de riesgo y resulta que, postrado en esa dura silla de cafetería de barrio, está viviendo una experiencia que ha disparado sus pulsaciones y la adrenalina, dejando su mente en blanco, sus conocimientos generales a cero y su cara de memo brillante, perfecta, ¡de tonto absoluto, vaya! Incluso podría llegar a babear. Cuando consigue abrir los ojos de nuevo, Julieta lo está mirando embelesada y él intenta ubicarse para no parecer un completo mojigato.

—Definitivamente eres muy mono —le dice ilusionada.

—Peludo sí que soy, eso seguro. —Pasa la mano por su bigote para peinarlo y provocar la risa nuevamente en ella.

Cuando abandonan la cafetería, Julieta extiende la mano para sujetar la muleta.

—¿Me dejas que sea tu apoyo? —pregunta deseando escuchar su respuesta.

—No encuentro mejor lugar que este para seguir mi camino. —Enlaza su brazo con el de Julieta, apretando con firmeza mientras disfruta del suave tacto de la lana de su bonito abrigo.

—No vivo lejos, aunque eso ya lo sabes, me temo, si has estado esperando a verme aparecer.

—Ah, tranquila, ha sido muy instructivo.

—¡¿Esperar tantas horas?! —se sorprende ella con su comentario.

—Sí, me descargué un libro para escucharlo.

—Igual hasta lo acabaste y todo. —Julieta habla con pesar por haberle hecho esperar tantos días.

—¿Acabarlo? —Él ahoga la risa—. Me parece que para eso tendrías que haber regresado dentro de unos años, ahora mismo estoy en el Éxodo.

Frunce el ceño al escucharle.

—Muy interesante esa huida a Israel en búsqueda de la tierra prometida.

—¿Estás leyendo la Biblia? —Julieta detiene sus pasos para mirarlo.

—Huuum, sí —confirma él.

—¿Por algo en especial? —inquiere llena de curiosidad.

—Es una larga historia.

—Pues ya me debes otra.

—Y yo encantado de relatarla.

—Pero antes me gustaría saber algo, Sancho.

—Pregunta.

—¿Qué dije el día de mi borrachera? —Simplemente al recordarlo el rubor le cubre las mejillas, avergonzada.

Sancho gira un tanto su cuerpo para estar frente a frente. Quería sacar a relucir su triste comentario, ese que le llegó al alma de que no se sentía querida por los compañeros, pero ha pensado en aparcar esa conversación para otro momento.

—Solo cosas divertidas, me pareciste más deliciosa de lo que ya pensaba que eras.

—Nadie puede estar deliciosa en un momento tan patético como ese —se lamenta intentando recordar algo de aquel día, pero a su mente solo acude una imagen: la de ella resbalando del sillón de Asensio para dar con el culo en el suelo.

—Pues tú lo estuviste, adorable, ingeniosa…

—¿De qué hablé?

—Criticaste las axilas de Leticia…

—¡¡¿En serio?!! —exclama con ojos espantados.

—También alabamos juntos el cuerpo de torero de Víctor…

—Ahhh —dice de manera inexpresiva.

—Te alegraste de lo bien que te llevabas con Manolo y Carmen…

—Buena gente, sí. —Julieta cabecea.

—Y me preguntaste si Lena se tiraba pedos, aprovechando que trabajo tan «pegadito» al baño —finaliza Sancho.

—¡¡No!! —se espanta Julieta.

—Me temo que sí. —Aguanta la carcajada al ver la contrariedad de su acompañante.

—¡Señor! —exclama negando con la cabeza para después pasar a reír de manera escandalosa.

Siguen avanzando en silencio.

—¿Y se los tira? —pregunta Julieta al cabo de unos segundos, ya que, al parecer, no puede vivir sin tener una respuesta a esa duda.

Capítulo 16

Tú y yo

Julieta cierra la puerta una vez que él ha pasado al interior de un acogedor salón. Mientras Sancho pasea los ojos por la estancia, ella apoya la muleta en el respaldo de uno de los sofás. Sus miradas se enredan de nuevo del mismo modo en el que lo han hecho en la cafetería. Se sonríen con timidez, como si no supieran qué decirse a pesar de que únicamente quieren recuperar todo el tiempo perdido durante el año que «no» se conocen, tal y como Julieta le reprochó días atrás.

—Lo habitual es ofrecer algo para tomar, y aunque no creo que te apetezca tras la merienda, quiero ser buena anfitriona: ¿quieres tomar algo? —Juguetea con la solapa de uno de los bolsillos de su abrigo, le tiemblan levemente los dedos, porque, a pesar de ser ella la que ha propuesto subir a su casa, no deja de sentir unos acuciantes nervios.

Sancho se acerca y sujeta esa mano para tranquilizar su temblor.

—Julieta —susurra inclinándose sobre su oído—, me gustaría tomarte a ti, tomar tu boca, pegarla a la mía. —Hace rozar con cariño sus labios con los de ella—. Quiero tomar tu mejilla, acunarla en la palma de mi mano y sentir tu calor —habla al tiempo que hace lo que anuncia—, tomar tus ojos, hacerlos presos de los míos para que se enreden nuestras miradas… Tomar, Julieta, todo de ti —dice con desesperación.

Completamente sonrojada al escuchar y sentir las manos de ese hombre, no puede más que confesarle:

—No me creo que esté aquí contigo… así —dice anclándose a la mano que él todavía tiene posada en su ardiente mejilla.

—¿Por qué, Julieta?

—¿Todavía no lo sabes? —Sonríe de manera pícara.

—Añadir algunos datos nunca está de más.

—Eres como mi *crush.*

—Ni idea —le dice él con ojos sorprendidos.

—La persona que levanta suspiros, esa que te gusta y ves inalcanzable.

Sancho deja escapar una risa nerviosa.

—¿No me crees?

—Cuesta un poco, la verdad. A mí se me alcanza rápido, no puedo correr mucho. —Se palmea la pierna divertido y ríen a la vez.

—Igual esto ayuda, tal y como tú acabas de hacer conmigo.

Acerca los labios y deja sutiles besos sobre la boca del hombre, que, totalmente inmóvil, se deja hacer por ella, y mientras saborea su calor y la textura de su labio inferior, va dando suspiros anhelantes que a él le hacen reír de manera queda.

—¿Debería sentir vergüenza? —pregunta ella entre risas.

—Nunca —dice él.

—No tengo arreglo, pero es que no me puedo contener… Estoy muy emocionada.

—Creo que nunca se habían emocionado así ni remotamente como tú conmigo, ¡me halaga! Es todo novedoso, fresco, divertido —dice exultante—, burbujeante, sí.

—Y bonito —concluye Julieta disfrutando de la sensación que él confiesa que está experimentando, esa sensación que ella le ofrece por primera vez.

Con pasos lentos, acomodándose al ritmo de Sancho, lo encamina hasta su habitación; una vez allí, cierra la puerta y deja que apoye la espalda en la dura madera. Echándose sobre él, deja un sendero de besos sobre su cuello.

Sancho, que siente que el aliento de esa mujer le quema la piel, apoya las palmas de las manos en la puerta, para asirse a algo con firmeza y no caer.

—¿Sabes…? Te imagino cálido, muy calentito, y siempre he pensado que debe de ser una delicia estar pegada a tu piel.

Nunca hubiera esperado que regalasen así sus oídos, por lo que se siente desbordado ante tantas atenciones.

Y ella, que ve su azoramiento, desea ir más allá. Pasa las manos por sus hombros, se deshace del abrigo masculino, dejándolo caer al suelo, después le ayuda a quitarse el suéter. Pero antes de empezar

a desabrocharle la camisa, pide permiso con la mirada, un permiso que él concede de inmediato. Julieta deja caer la camisa en el mismo lugar donde ya se amontona la ropa de Sancho.

—¿Te ayudo? —pregunta él al ver que se ha detenido en la camiseta interior—. Soy el hombre de las mil capas, como bien estás comprobando —dice sonriendo.

—Ya te he dicho que nada de lo que dije era cierto, siempre me ha gustado tu ropa.

Acaricia sus hombros y desliza las manos para sujetar el elástico de la camiseta y empezar a subirla por el cuerpo de Sancho hasta que la saca por la cabeza. Entonces es ella la que empieza a deshacerse de su propia ropa; con el mismo cuidado que ha hecho con las prendas de él, deja caer las suyas al suelo: el abrigo, la blusa y, con decisión, el sujetador. Ahora le falta algo y no, no es ropa, es el abrazo de ese hombre, piel con piel, ese que busca de inmediato juntando sus torsos, dejando que sus erectos pezones acaricien el amplio y duro pecho, provocando en él un suave gemido. Mirándose a los ojos, él confiesa con voz queda:

—No es deseo, es alivio, Julieta, alivio de tenerte así, al fin.

Y Sancho busca sus labios, ahora sí para profundizar en el beso como antes no han hecho, ya que solo fueron simples roces. Ahora le urge adentrarse en su boca, buscar la suya, rozarla, morderla, succionarla, dejarla sin aliento para infundírselo él. Sobre todo cuando ella se vence contra su pecho, atrapándolo contra la puerta, sintiendo como le flaquean las piernas, hasta que comprueba que él no está mucho mejor.

—Lo siento —dice separándose un tanto—, pero si estás pensando en…

—No, no quiero que me hagas el amor de pie, ¿es eso lo que sientes?

—No es que no lo desee, pero no soportaría tu peso con mi pierna mala.

—Ven, vamos a darle un descanso —invita ella mientras se sienta en la cama para acabar de desnudarse.

Ante la inmovilidad de Sancho, que no es sino embeleso por ver toda su piel expuesta de la manera más natural, ella le hace una

petición:

—Acaba de desnudarte, por favor. —Y, deslizándose con presteza, entra bajo las sábanas antes de morir congelada sobre el edredón.

No se demora mucho en ir junto a ella, que es incluso más rápida en pegarse a él. Pero, deseoso por sentirla mucho más, se echa sobre el sinuoso cuerpo femenino, que no tarda en dejarle espacio entre sus piernas. Peina su melena, apartándola del rostro.

—No me creo el tiempo que he perdido antes de tenerte así —susurra Sancho cerca de su boca.

—Entonces, yo creo que es un buen plan recuperar todas las ocasiones que pudimos estar juntos y no lo hicimos —sugiere ella envuelta por todo el calor que ese otro cuerpo emana.

—Recuerda que fueron muchas esas ocasiones perdidas —dice malicioso, recorriendo su firme muslo amasando la carne que espera ansiosa por ser acariciada.

—Pues más a nuestro favor. —Julieta contonea las caderas, allí donde sus sexos se rozan y claman por unirse al fin.

—¿Eres consciente de que igual ya no salimos de la cama para poder recuperar ese tiempo separados? —Sancho reparte húmedos besos por toda la longitud de su cuello, justo hasta llegar al lóbulo de la oreja, que acaricia con la lengua robándole unos delicados suspiros.

—Y yo no me quejaré, ni diré que no, ni siquiera tendré prisa alguna porque acabemos las tareas pendientes. —Su mano se desplaza hasta la nuca de Sancho, para enredar allí los dedos con sus cortos mechones de pelo—. Siempre he sido una defensora del trabajo bien hecho —ahora su mano vuela por la arqueada espalda masculina, baja con dedos incitantes hasta posarse en las prietas nalgas—, nunca se me han caído los anillos por echar una mano donde hacía falta, pero ahora… —Gime de manera queda en su oído, haciendo que él se estremezca al comprobar cómo se siente ella, ahí, atrapada bajo su cuerpo.

—¿Ahora, qué? —quiere saber él.

—Ahora me faltan manos para abarcarte, para tocar… —Vuelve de regreso por la espina de Sancho, tocando cada una de sus vértebras para acabar el paseo en sus mejillas.

—Hemos quedado en que no vamos a movernos de aquí, por lo tanto, podemos ir abriendo capítulos y tocarnos por sectores. —Sancho, con un codo sobre el colchón, ríe apoyando el rostro en la palma de la mano.

Julieta, embelesada, admira el humor de ese hombre.

Enamorada, suspira cerca de su boca.

Ansiosa y dispuesta, se deja mecer por sus fuertes manos mientras la llena de caricias suaves, lentas, delicadas y preciosas.

Completamente derretida, se deja inundar por todo lo que Sancho ofrece con tanta dedicación y veneración.

Sancho, encantado, se recrea en el rostro pegado a escasos centímetros del suyo.

Enamorado, se bebe el suspiro que escapa de Julieta, saboreando y deleitándose al entender que es por él por quien suspira de ese modo.

Nervioso, quiere regalar tanto amor como prodigar ardientes caricias, porque en ese instante le basta y le sobra con ofrecerlas, llenándose de los gemidos, de las palabras ardientes que Julieta susurra para él, de los estremecimientos que el cuerpo de esa mujer está experimentando entre sus manos.

Satisfecho, piensa que nunca hacerle el amor a una mujer le había llenado y conmovido tanto.

—Ha sido tan dulce y cálido como siempre lo había imaginado —confiesa ella, con los ojos entrecerrados y la cabeza contra su cuello.

—¿Arrebatado y salvaje no te lo habías imaginado? —inquiere irónico.

—No, al menos no nuestra primera vez.

—Eso quiere decir que nos has imaginado juntos más veces. —Enreda los dedos entre los suaves y largos mechones de Julieta, sin dejar de mirarla.

—Muchas, sí, ¿tú no?

—¿Sabes cuándo fue la primera vez?

—No, ¡¡¿cuándo?!! —pregunta llena de curiosidad.

—Tras la fiesta de Navidad de la empresa.

Sancho rememora para sí aquella larga noche que pasó ardiendo entre las sábanas de su cama, unas que, a pesar de ser de suave

algodón, en esa ocasión le parecieron rasposas, de tela tiesa y áspera, y que no hacían sino irritar su piel, esa que tenía sensible y que cualquier cosa le molestaba al más mínimo roce porque su calentura era tal que creyó morir allí echado. Por lo que acabó en el baño, dándose una vigorosa ducha para bajar la fiebre y aplacar lo trastornado que se sentía por alguien a quien no conocía, lo que hacía que se sintiese mucho más trastornado si era posible, al no ser dueño de nada en su cuerpo.

—Pero ese fue mi primer día en la empresa. —Lo mira encandilada, y no puede mostrar sorpresa porque entiende que ambos sintieron lo mismo la noche de la que habla.

—Sí, no dormí pensando en ti.

—Y… ¿en qué pensaste?

—Pues en algo salvaje y arrebatado —dice provocando la divertida risa de ella.

—Yo también pensé en ti, en ese hombre distante, en la cara tras la pantalla del ordenador y asomando a duras penas —Julieta le acaricia la firmeza de la mandíbula—, en ti apoyado en la mesa de refrescos, junto a Manolo, que no dejaba de mirarme, y sabía que hablaba de mí y rezaba para que os animaseis a acercaros…

—Y no lo hice —se lamenta una vez más de todas las que lleva haciendo desde ese momento del que le habla.

—No, y yo soñé con ese acercamiento imaginario toda la noche.

Julieta se pega un poquito más, si eso es posible.

—Sancho…

—Dime.

—Ahora es el momento ideal para esa versión larga.

—¿De mi accidente? —inquiere con un deje de amargura al recordarlo.

—Para una versión larga de lo que desees contarme. —Con rapidez, Julieta ha sabido leer entre el tono de su voz, su mandíbula un tanto apretada, el débil suspiro que al parecer no hubiera querido dejar salir, pero que ha escapado de sus labios.

Y Sancho piensa en lo triste que resulta que todos los años en los que vivió fuera del país, dedicado en cuerpo y alma a los deportes de aventura, se resuman y cierren con su accidente y posterior

recuperación. Quizá, se dice allí cobijado, bajo el calor de la ropa de cama y junto a Julieta, deba empezar a anteponer las divertidas anécdotas, el aprendizaje continuo, las personas extraordinarias con las que tanto compartió y llegó a vivir, la belleza de todos los lugares maravillosos que tuvo oportunidad de recorrer a lo largo y ancho del continente africano.

Entonces cierra los ojos y lleva de viaje a Julieta allí donde el desierto del Namib se funde con el océano Atlántico para hacerse uno, descubriendo que la belleza puede encontrarse en los lugares más desolados. Sin necesidad de fotografías que mostrar, Sancho describe una escena de ensueño, una escena surrealista, la formada por las dunas y el agua, una estampa mágica, casi de película de ciencia ficción ambientada entre el mar azul y las arenas anaranjadas. Y ella, de la mano de ese aventurero, se eleva hasta las enormes dunas que podían alcanzar los trescientos metros de altura, sintiendo el azote del sol, del viento, de la inestabilidad de ese suelo conformado por millones de diminutos granos mientras pasean juntos sin necesidad de salir de su cama.

Capítulo 17

Julieta

Esa había sido la única vez que no le había pesado pasar una Nochevieja en el pueblo, con la familia, con los amigos, los de verdad y también con las amigas que siempre dijeron serlo, pero solo de boca para fuera. Nunca había reído como en esa ocasión, nunca antes había celebrado el año nuevo con esas ganas renovadas por hacer y creer que todo era posible. La energía de la que se había llenado, tras el bonito encuentro con Sancho, tenía mucho que ver con su cambio de humor y la manera en la que se enfrentaba a esas mujeres que siempre la habían vetado.

Y no es que muriese de ganas por regresar al trabajo, sigue pareciéndole rutinario y aburrido, pero sabe que la sonrisa de Sancho asomando tras su pantalla le va a dar ganas de seguir adelante. Trae, además de una propuesta para Lena, una disculpa para Asensio; también va a buscar un momento para aclarar con Víctor que no está interesada en el puesto de encargada de tienda. Y para finalizar su lista de tareas pendientes, viene definitiva y firmemente decidida a espantar en Leticia la idea de que iba a la caza de ese cuerpo de torero que a su compañera tanto le atrae.

Entra por la parte trasera de la tienda. Inspira hondo, inundándose del olor a cartón de los embalajes de la ropa, enfoca la vista en el camino de losetas, no amarillas como las que enfrentaba Dorothy en *El mago de Oz*, pero para ella como si lo fuesen. Las negras, las blancas. Las salta, avanza con decisión, haciendo resonar su rítmico taconeo que hasta a ella le alegra el corazón. Tiene ganas de gritar: «¡Ya llego, Sancho!», pero simplemente sonríe con ganas, porque, tal y como él le había confesado, sabe distinguir el sonido de sus zapatos del resto de compañeras.

Y llega casi al final de su destino, ante su puerta, y se asoma con cuidado. Sancho, que ya la espera, sale de detrás de la pantalla con

la sonrisa puesta, una enorme, preciosa, una que solo desea borrarle a besos.

—Y si no hubiese sido yo la que apareciese por aquí, ¿a quién le estarías regalando esa sonrisa ahora mismo? —Julieta, mostrando un enfado que no siente, pone los brazos en jarras.

Asensio, confundido al verlos de esa guisa, no sabe si continuar con lo que hacía antes de la imprevista aparición. Julieta quiere ayudar a sus nerviosos ojos y se acerca hasta la mesa del muchacho, que instintivamente se echa algo hacia atrás temiendo lo peor.

—Te debo una disculpa.

—A mí y a Sancho —le indica el chico, resabiado.

—Con Sancho ya tuve mi momento de disculpa —le aclara mientras sonríe maliciosa, aunque sin querer, porque no puede hacerlo de otro modo al rememorar el «momento» del que hablaba.

Asensio, claramente confundido, mira a su compañero y este asiente para tranquilizarlo.

—¡Pues nada me habías contado! —protesta muy molesto.

—Tienes razón, ya sabes que no soy de contar mucho.

—¡Por decirlo de un modo elegante, coño! —se queja el chico haciendo reír a Sancho y de paso también a Julieta.

Asensio, al comprobar la felicidad que envuelve a sus dos compañeros, no tiene que esperar nada más para anunciarles:

—Estáis disculpados…, solo si prometéis que, después de haberos tirado los trastos a la cabeza, ahora no vais a ir haciéndoos arrumacos delante de mí.

—Lo prometo… —dice ella—, pero no ahora, y me perdonas, porque tengo que besar a tu compañero. —Se acerca hasta la mesa de Sancho, donde él ya empieza a levantarse, aunque se lo impide posando la mano en su hombro.

—Me voy un rato al baño —anuncia el chico escapando hacia el pasillo.

Tras escuchar sus pasos alejarse vuelven a hablar.

—Hola —saluda Julieta.

—Hola. —Sancho está disfrutando de la cercanía que ella ha provocado.

Desliza la mano desde el hombro de él hasta su mandíbula.

—Tengo que besarte, hombre seriote tras la pantalla del aburrido ordenador —le anuncia.

—Me dejo besar por ti, mujer maravillosa de pisada deliciosa —dice embelesándola más de lo que ya se siente.

Cuando se inclina buscando su boca, ya Sancho ha recorrido la mitad del camino para degustar sus jugosos labios.

Se besan, despacio, suavemente.

Se besan con brusquedad, entre jadeos.

Se besan entre risas.

Se besan entre palabras entrecortadas: un «cómo me gustas», un «no sabes cómo te he echado de menos» y otras mucho más arrebatadas que Asensio, ya asomando por la puerta, no llega a distinguir porque su fuerte carraspeo los ha llevado a susurrar para que solo ellos las puedan escuchar.

—Hasta luego —se despide llena de alegría.

—Pero que ese «luego» no sea como esto, por favor, o me veo mudándome al baño con mi mesa —asevera el muchacho haciéndolos reír.

Cuando los ecos de las risas se detienen, todos pueden escuchar el feroz taconeo propio de Lena, la jefa. Julieta, sin perder tiempo, va tras ella para interceptarla en el pasillo.

—Buenos días, Lena. Disculpa, quería hablar contigo un momento.

—Voy con prisa, bonita —suelta desabrida, como siempre.

—Seré breve —le asegura.

—Pues dime.

—Ya te comenté que era diseñadora.

—Sí… —dice la jefa sin interés alguno.

—Quería hacerte una propuesta y que la traslades a los directivos de la marca.

—¿Y es…? —El tono de Lena indica que está impacientándose.

—Ya sabes que te dije que muchas clientas vienen preguntando por ropa para chicas en un rango de catorce a dieciséis años, buscando algo que no tenemos.

—Sí, pero nada podemos hacer.

—O sí, porque yo tengo una colección completamente diseñada para esa edad y creo que puede interesarle a la marca lanzar una colección para jovencitas.

—¿Una colección *young lady*?

—Así es, la tengo acabada, tan solo necesita el visto bueno, ¿crees que podrá interesar?

—Pues dame unos días y te comento, ¿dónde tienes los bocetos?

—Aquí mismo. —Julieta le pasa una carpeta que su superior abre de inmediato.

Tras hojearlos, aparentemente sin interés alguno, como si lo que tiene entre las manos no fuese el tesoro más preciado para Julieta, Lena corta el encuentro con un seco:

—No esperes mucho de la respuesta que vayan a dar. —Y se pierde por el pasillo.

Pero para ella ya es suficiente el que se haya llevado los bocetos consigo sin lanzárselos para desecharlos. Gira sus pasos para asomarse de nuevo al despacho y mirar a Sancho, y este con el rostro satisfecho alza el pulgar.

—*P'alante*, Sancho. —Repite la palabra que él lleva diciéndole por mensaje desde que días atrás le había manifestado sus ganas de mostrar su colección y hacer posible que la marca le diese luz verde.

Y así piensa hacer, ir hacia delante, porque solo desea trabajar en lo que tanta pasión y dedicación vuelca siempre. Quiere que las cosas empiecen a funcionar, y ese deseo se ve incrementado cuando días después Lena le confirma lo que siempre había soñado: que su colección va a tomar forma, de inmediato, además, puesto que a los directivos les ha parecido no solo una buena idea, sino también una gran colección, por lo que no ven la necesidad de esperar para hacer una planificación ni estudios de mercado.

—Te esperan en Madrid, bonita —le había dicho Lena con ese tono suyo resabiado cada vez que empleaba la palabra «bonita» con ella.

—¿Para cuándo?

—Para ya mismo, hay mucho trabajo por delante: elección de telas, adaptar tallas, las posibles variaciones en tus modelos, que las habrá, ya te aviso… Así que recoge lo que necesites, que esta colección sale sí o sí al mercado para primavera.

—¡¡Gracias, Lena!! —Se acercó hasta ella buscando un abrazo, pero su jefa, dando un paso atrás, mostró el rechazo a toda su efusividad.

—No me las des a mí. De todos modos, no te ilusiones, les apremia la necesidad, de otro modo no creo que hubiesen dicho que sí con tanta rapidez.

«No era necesaria tanta sinceridad», pensó Julieta con ganas de soltárselo, pero no lo hizo porque, fuese como fuese, y con sus desplantes verbales incluidos, a ella le debía la oportunidad.

—Gracias de todos modos, Lena —le dijo con la más sincera de sus sonrisas, una bonita y especial que no tuvo eco en aquella exigente y estirada mujer.

Así que tocó hacer maletas, recoger con premura y, lo peor, despedirse de Sancho, ahora que podían al fin estar juntos, empezar a conocerse de verdad. Aunque él, cálido y afectuoso desde que habían iniciado el acercamiento, se despidió de ella sin dejar de felicitarla y deseándole lo mejor.

Capítulo 18

Sancho sin Julieta

—Estoy molesto contigo, tío.

La atronadora voz de Manolo le hace despertar del todo cuando atraviesa el umbral de la tienda, antes de incorporarse a su puesto.

—Buenos días para ti también, Manuel —rezonga.

—Lo de «Manuel» te lo guardas para otro, ¿estamos?

—¿Para otro Manuel?

—Exacto, porque yo soy Manolo.

—De acuerdo, Manolo, ¿y a qué se debe tu malestar conmigo?

—¿El cactus y tú? ¿Tú y ella y nada me dices?

Se echa a reír por lo cotilla que está siendo su compañero, algo nada novedoso a esas alturas desde que lo conoce.

—¿Cuándo la vas a llamar por su nombre? El cactus ya floreció, pero al parecer ya te has enterado, ¿puedo saber cómo ha llegado hasta ti la noticia de la floración?

—Por Asensio, que no compartes nada con el pobre crío. Aunque se le escapó, con alegría, eso sí, que sepas que no había maldad en el cotilleo, y luego… pues lo que pasa.

—No, no sé qué pasa.

—Pues que sueltas la bomba y luego quieres comprobar si el prójimo tiene más detalles que tú, pero el chaval pinchó en hueso conmigo… ¡¡porque mi buen amigo Sancho nunca me cuenta nada!! —Casi le grita al oído al inclinarse sobre él.

—Manolo, no somos buenos amigos.

—Me llevaste a remar —le recuerda.

—Por pesado.

—Entonces, seré tu amigo pesado. Anda, cuéntame, porque he oído que se ha ido a trabajar a Madrid.

—Entonces, nada, ha tenido que marcharse, pero no había mejor motivo, por más que me haya quedado solo ahora que ya no era un completo desastre con ella. —Sancho sonríe con tristeza.

—Eso quiere decir que ya ha visto tu cojera y tu pierna tonta.

—Sí, la muleta y todo el *pack* completo de lo que soy.

—Y no ha huido por eso, ¿no? —Manolo se cruza de brazos, imponiendo aún más si cabe su figura monumental.

Sancho echa a volar la carcajada.

—Quiero pensar que solo se ha ido por trabajo, pero, oye, me estás dando en qué pensar y puede que me entren dudas —bromea.

—Qué pedazo de idiota estás hecho… —Le golpea suavemente con su enorme manaza—. ¿Lo ves cómo le gustabas? Y tú ahí, perdiendo el tiempo. ¿Y ahora qué? La de veces que podías haber mojado el churro, chaval.

—¡Qué fino eres, Manolo!

—Oye, coñas pocas, que mi novia está loca con mis avances en francés.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente, los idiomas nunca se me dieron mal en clase, así que ando por ahí, en mis ratos libres, practicando la pronunciación. Ya me he dado cuenta de que da igual lo que diga, lo importante para que ella se coma el cruasán es decirlo en francés.

Sancho no puede dejar de reír.

—Lo que yo te diga, eres fino fino refino.

—Prueba con Julieta cuando la llames, porque ahora tendréis que daros gustito por teléfono, digo yo.

—Esto… —Sancho está un tanto agobiado con tanta sinceridad y sobre todo con esos consejos que no le ha pedido a su compañero— no lo hemos hablado.

—Pues lo hablaréis, porque si tarda en regresar será lo único que haréis, ya te lo digo yo. Y eso sí, ¡pon en práctica el francés! —Manolo le guiña un ojo con malicia—. Verás como tu Julieta regresa antes de lo previsto urgida por los ardores del amor.

—¡Estás hecho un poeta, Manolo! —Ahora es su turno de palmear la espalda de su compañero.

—Mi novia da fe de ello.

Despidiéndose de él, baja hasta el sótano para encaminarse por ese pasillo de losetas ajedrezado por el que ya no pisa Julieta. La tiene al otro lado del teléfono siempre que lo desea, pero no

escuchar su taconeo, no verla pasar, asomarse a su puerta, saludar con aquel «Sancho» de siempre… es como haberla perdido un poquito. Y no quiere lamentarse, procura entristecerse lo justo para decirse que no debe regodearse en la situación, hay trabajo que hacer y personas con las que se ha hecho el propósito de mantener otro tipo de relación.

Asensio no daba crédito cuando lo invitó a remar.

—Dijiste que ese momento era únicamente para ti y el río, que te ayudaba a desconectar de todos y todo. Siempre quise apuntarme contigo, pero nunca me atreví ni siquiera a insinuarlo, por temor a invadir.

—Ya invité a Manolo.

—Manolo no calla ni un segundo —pareció recordarle Asensio sin poder ocultar un cierto malestar en la voz porque hubiese sido el compañero de seguridad quien primero consiguiera ese lugar junto a Sancho.

—Lo sé.

—¿Y aun así lo invitaste? —se sorprendió el chico.

—Sí, aun así, con su cháchara implacable. De manera que, si todavía te apetece, estaré encantado de que vengas y de que conversemos lejos de estas cuatro paredes.

Y en esas tardes de remo, Asensio recibió las disculpas de un Sancho por ser, en este orden, hermético, reservado, taciturno, poco hablador, seco, serio, rancio, un sieso al completo. Le agradeció la paciencia que había mostrado con él, ya que, si echaba la vista atrás, entendía que no había debido de ser nada fácil, ni mucho menos cómodo, para su compañero estar compartiendo un mínimo espacio con otro ser humano que no dejaba que nadie se acercase, sentado a diario, protegido entre capas de ropa para que ni el frío volviese a hacer mella o a penetrar en su interior. Le indignaba cuando le preguntaba, varias veces seguidas, además, puesto que la incredulidad en la respuesta lo mataba, si no tenía frío y Asensio que no, y Sancho renegaba de la juventud que lucía, de su cara de niño, del descaro que creía que ponía al contestar porque se decía, totalmente convencido, cabreado y escamado, que el chico mentía para hacerse el fuerte y hacerle quedar mal a él, el maestro, que

estaba en horas bajas, y que el aprendiz, el *padawan*, le superaba en fortaleza.

—De no haber sido ese tu carácter, creo que no habría conectado contigo —le confesó Asensio.

—Pero si no te hacía ni caso.

—Eso es lo que tú crees, pero me enseñaste a desenvolverme en la empresa y después me diste mi lugar, sin andar todo el rato preguntando o encima de mí. Una relación de *colegueo* me habría superado, aunque a veces echaba de menos que te abrieses. Pasado un tiempo te respetaba tal y como eras, porque siempre fuiste del mismo modo. ¡Eso sí! Ha sido toda una aventura ver tu evolución desde que aterrizó Julieta en… —el chico se detuvo pensativo antes de continuar hablando—, voy a decirlo así porque es más apropiado: desde que aterrizó en nuestras vidas.

Sancho sonrió, intentando verse desde la perspectiva de Asensio, ese muchacho que tuvo que comprobar, desde su puesto en la oficina, cómo el hombre que admiraba se derretía por aquella mujer. En su imaginación, lo vio contemplando las caras que él habría puesto tras aquellos encuentros no encuentros, sus bufidos, sus puños cerrados sobre el teclado, su pose tiesa y rígida, con el cuerpo alerta y en tensión cada vez que detectaba el taconeo de Julieta sobre el enlosado de ajedrez. Sí, sin duda, Asensio había estado muy entretenido siendo observador silencioso en la historia de amor que se cernía sobre esa empresa, pero que no acababa de cuajar.

Sancho también queda con Pepe, ese abuelo postizo que le salió un día cruzando un paso de peatones.

—Tengo que ponerlo al día, Pepe —le dijo a través del teléfono pensando que el anciano no se acordaría de él.

—Ya estabas tardando, ¿eh?

—Las cosas van como van —se excusó Sancho.

—¡Tú no muy rápido, nene! Y no lo digo por la pierna —le amonestó Pepe, por lo que habían tardado él y Julieta en decidirse —. Entonces, ¿me llamas para invitarme a un tinto de verano?

—A lo que usted quiera.

—Pues nos vemos donde la otra vez… ¡¡Oye!! —gritó antes de colgar.

—Diga.

—Aligera que tengo sed.

—Ya estoy aquí esperando, ¿o qué se cree? —le espetó Sancho aparentando enfado.

—¡Nene, no seas irrespetuoso!

—Disculpe, pero no tarde.

Y así transcurren los días, las noches, los fines de semana, porque el trabajo de Julieta es tan intenso que se ve inmersa en una colección que hay que tener lista en muy poco tiempo. Sus llamadas telefónicas son breves y rezuman, a partes iguales, felicidad y cansancio.

—Sancho, he pensado, ¿por qué no tenemos una videollamada en lugar de esto que hacemos? Me apetece mucho verte —sugiere una noche.

Y él, al escucharla, mira hacia el techo, intentando evitar lo que parece inevitable.

—No me apetece que me veas, estoy horrible —confiesa intranquilo.

—Eso no sería posible de ningún modo.

—En estos momentos lo es, créeme y no hagas preguntas.

—¿Qué ocurre?

—Mi bigote —confiesa, tras unos segundos de silencio incómodo.

—¿Qué le pasa?

—¿Recuerdas a Hulk Hogan?

—Humm, ¿aquel rubio pajizo que hacía lucha libre? —Julieta intenta traer a su mente el rostro de la persona a la que se refiere.

—El mismo.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues entonces, si tienes esa visión en mente, poco más tengo que añadir.

—¿Ya es así? —dice exultante al pensar en la forma de ese bigote.

—Así mismo.

—Quiero verlo. —Julieta no parece estar haciendo una petición, a él le suena más a una orden.

—Nooooo, no quieres. —Se mesa el pelo un tanto agobiado.

—Cuanto más insistas, más querré verlo. ¿A que me planto ahí? —amenaza ella.

—¡Me lo afeito! —Ahora es su turno de amenazar.

—No arruinarás el proyecto de tu hermana, lo sé —suelta convencida.

Y él, él también lo sabe, que todo por Rosa, pero está ansioso porque ese trabajo fotográfico acabe de una vez. Se hace un silencio que ella se atreve a romper.

—Sancho, me gustas, ¿lo sabes, verdad?

—Igual ahora mismo no lo tengo claro —bromea él.

—Por favor, quiero verte, y no es solo por el bigote, es que…

—¿Qué, Julieta?

—Pues que te echo de menos, te deseo…, pienso en ti. —Deja caer las palabras sobre el teléfono con toda la dulzura de la que es capaz con ese aparato interfiriendo entre ella y él.

—Yo también pienso en ti.

—Pero creo que no como yo.

—¿Y cómo es como tú? —pregunta Sancho ingenuamente.

—¡¡Sancho!! —resopla al teléfono.

—Ya, entonces, no es como yo, porque yo pienso mucho más. —Las carcajadas de ambos se escuchan a uno y otro lado del auricular —. De acuerdo, haremos videollamada —cede al fin, mucho más deseoso que ella.

Busca un lugar donde el móvil se quede de pie de manera estable y reza en silencio antes de que la pantalla se abra y lo muestre ante la mujer que tanto echa de menos. Pero Julieta no dice nada, tan solo parpadea una y otra vez de manera rápida mientras se mordisquea el labio inferior, Sancho cree que intentando aguantar la risa.

—Va, déjala salir —le recomienda—, puedes reírte, no me molesto —la invita él.

—Pero es que no quiero reírme… Estás… estás increíble, Sancho, me encanta.

—¿Qué dices? —se lamenta llevándose una mano a la frente.

—Pues es que no sé cómo decirlo…

—Dilo, ya está, total, nada de lo que digas me va a sorprender. —Se reclina sobre el asiento cruzándose de brazos a la espera de cualquier comentario sobre su aspecto.

Aunque no imagina lo que va a escuchar a continuación:

—Que me pone muchísimo. —Los ojos de Julieta acaban de iluminarse desde la pantalla.

Ahora el que deja salir la carcajada es él, incrédulo ante lo que ella acaba de anunciar con tanto entusiasmo.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunta entristecida.

—No, claro que no, me río porque se me hace inconcebible que esto —señala su rostro— pueda parecerle sexi y atractivo a nadie.

—Venga, vamos, me vas a decir que no te miran por la calle —se exaspera cruzándose de brazos.

—¡Pero por supuesto! —le confirma él—. Aunque nunca he creído que por los motivos que tú estás pensando.

—¡La gente, que no sabe apreciar nada! —dice ella guiñándole un ojo—. Pero ya te digo yo que más de una, y más de uno, se muere por decirte algo.

—¿Algo así como: «¡¡Aféitate ya!!»?

—Sabes que no.

—Vaya, que soy arrebatador. —Intenta mostrarse serio ante el tono de sus palabras y la fijeza con la que ella lo mira.

—Para mí sí, y ahora tengo que pedirte algo.

—¿Algo más? Pues pide, tus deseos son órdenes.

—Voy a colgar.

—De acuerdo, entiendo que no quieras verme más.

—Voy a colgar, pero no por ese motivo, sino porque vas a llamarme de nuevo y vamos a tener una intensa conversación, ¿me entiendes?

Medita unos segundos para intentar descifrar lo que ella le está proponiendo.

—La verdad es que no.

—¡Vaya! Antes has dicho que pensabas en mí mucho más de lo que yo pensaba en ti.

Ahora sí ha entendido el significado real de lo que le está proponiendo Julieta. Y no puede evitar que lo inunden los nervios

pese a las ganas desbordantes que siente por hacerlo.

—Nunca lo he hecho —dice mirándolo con timidez—, pero me apetece tanto algo así contigo que quiero probar.

—Sí que es arrebatador mi bigote, sí —bromea él intentando suavizar la situación.

—Deseo hacerlo desde que vine a Madrid, pero hoy, al verte, me he dado cuenta de lo excitada que estoy.

Sancho se percata de que está sudando y no sabe desde cuándo lo está haciendo.

—¿No dices nada? —le apremia ella.

—Que voy a colgar ya mismo, Julieta, para volver a llamarte, tal y como me has pedido que haga.

—¿Por qué? Eso sí quiero escucharlo mientras me miras a los ojos.

—Porque estoy tan excitado o más que tú solo de pensar que te sientes así por mí. Te deseo, Julieta, y te echo tanto de menos que duele, ¿quieres saber dónde?

Julieta sonríe hasta el sonrojo.

—Cuelga rápido, espero tu llamada, Sancho.

Capítulo 19

Interludio telefónico

Sancho cree estar más nervioso que cuando tuvo sexo por primera vez. Ha vivido muchas experiencias durante su vida, pero sexo telefónico nunca. Perdido en sus pensamientos, le llega un mensaje de Julieta.

«No me llamas», se queja ella.

Llega otro mensaje: «Y si tú no lo haces, entonces tendré que hacerlo yo», escribe la siguiente frase, llena de impaciencia. Y Sancho pulsa su contacto para poder vivir una nueva experiencia. Y como así son las cosas, así vamos a contarlas. Un tono, dos…

—Hola de nuevo —contesta ella al descolgar.

—Hola.

—¿Cuándo has hecho lo que vamos a hacer ahora?

—Nunca antes.

—¿Y por qué hoy sí?

—Porque nunca había sentido una necesidad así por otra mujer.

—Ni yo por otro hombre.

—¿Por qué solo una llamada? ¿Por qué no una videollamada, Julieta?

—Creo que todavía no soy tan atrevida —confiesa con sinceridad.

—Pues entonces la reservamos para otro día —propone él.

—¿Tú la hubieras querido ahora?

—Con este bigote no. —Se echa a reír.

—Ya te he dicho que tu bigote me pone mucho.

—Si lo dices una vez más, creo que ya me lo dejaré así para siempre.

—Hazlo, no me importa, me encantan las cosquillas que me hace.

—Tú también me haces cosquillas, Julieta.

—Yo no tengo bigote —le recuerda, provocando la risa de ambos.

—Por suerte para mí —dice él—. ¿Recuerdas cuando te despediste antes de marcharte a casa para hacer las maletas?

—¿Cómo olvidarlo? —Suspira sobre el auricular evocando el triste momento de la despedida.

—Yo tampoco puedo. Tu cara, tu sonrisa, tu boca, pero sobre todo tu dulce aliento, el roce de tu nariz cuando me olisqueas en el cuello…

Cierra los ojos invadida por los recuerdos, sintiéndolos tan vívidos, tan cercanos…

—Me cuelo ahí, entre tu carne y el cuello de tu camisa…

—Tu aliento me quema la piel, Julieta. —También cierra los ojos; vibrando por el deseo, lleva los dedos justo al punto donde cree sentirla.

Y ella, que cree respirar el aroma que la piel de Sancho desprende, escucha gemir al hombre tras el auricular y eso es más que suficiente para hacerla estremecer.

—Sancho…

—Dime —pide en un susurro.

—¿Qué más te hago sentir?

—¿Que qué más?… ¿Y cómo te lo explico? —inquiere más para sí mismo que para quien le escucha.

Porque piensa que a él se le hace imposible de explicar, de definir, de expresar con palabras, porque no las hay e igual debe ir inventándolas al mismo tiempo que la besa y la acaricia, cuando puedan volver a estar juntos.

—Inténtalo, Sancho, recuerda que tu voz es lo único que tengo ahora mismo.

—Voy a sujetar tu mano y la voy a deslizar lentamente desde el cuello, donde la has posado llenándome de una energía electrizante, para bajarla por mi pecho, hasta mi estómago, y sigo bajando, ¿lo notas? ¿Notas lo que me haces sentir?

—Lo noto, como si estuviéramos echados uno sobre el otro, algo que añoro cada vez que apoyo la cabeza en mi almohada, y aunque intento dormir me es imposible, porque es tu imagen sobre mí la que no dejo de ver.

—Y entonces, ¿qué haces? ¿Espantas esa fotografía de tu mente?

—La llevo demasiado grabada, Sancho, y no, no quiero deshacerme de ella, es más, procuro alimentarla para que

permanezca.

—¿Y cómo lo haces?

—Vuelvo a revivirla, cerrando los ojos, bajando mi mano, como tú has hecho, ¡baja ahora conmigo! —invita seductora—, desde el cuello, y sigo bajando… —Julieta se acaricia con delicadeza.

—Para —pide él con suavidad.

—¿Por qué? ¿No quieres seguir?

—Vas muy deprisa, has olvidado tus pechos.

—Será que no me gustan.

—¿Cómo puedes decir eso? —se asombra, casi dolido con su comentario.

—Son pequeños.

—Son perfectos —remarca él.

—No son atractivos —gime, apenada.

—Son bonitos.

—No son nada sensuales —se lamenta ella.

—Ssssh, Julieta —intenta calmar el intercambio de negaciones—, deja que disfrute mientras los contemplo.

Sancho parece tener esa hermosa visión ante él.

—¿Lo sientes cuando los miro? Dime que sí, que mi mirada sobre ellos te hace sentir lo equivocada que estás, porque son preciosos.

Julieta cierra los ojos, evocando las pupilas de Sancho fijas sobre ella en su primera vez, las vio agrandarse, oscurecerse llenas de deseo.

—Deja que me recree en ellos —pide él.

—¿Y cómo vas a recrearte?

—Deslizando la lengua por toda su erección, porque están erectos, ¿verdad?

Julieta no necesita tocarlos para saber que sí, pero aun así lo hace, acaricia esos pequeños montículos que se adivinan, libres de la presión del sujetador, marcando la camiseta de su pijama.

—Tu lengua es rasposa —anuncia con voz entrecortada, recuerda cuando realmente él lamió sobre ella haciendo que se estremeciera de placer.

—Y tus pezones, una delicia, suaves, duros…

—¿Puedo seguir bajando?

—Ya sé lo que viene, Julieta… La tersura de tu abdomen. Te olisqueo ahí, hueles a coco, como aquel día.

—¿Y mientras me hueles puedes hacer algo por mí? —pide insinuante.

—Solo pide.

—¡Tócame, más abajo! —Parece tener la mano de ese hombre sobre su pubis, a la espera.

—¿Más?

—Mucho más, por favor —gime ansiosa deslizando los dedos por toda la humedad que él le está provocando.

—¿Ahí?

—Justo ahí. —Decirlo y Sancho bajar la mano hasta su propia erección han sido uno.

Con lentitud, baja la cremallera de su pantalón para introducir la mano en su *slip*, aunque no tiene que buscar mucho: Sancho se encuentra más que dispuesto para acabar lo que han empezado.

Entonces, separados uno del otro, inician un lento baile de manos que no cesa mientras siguen unos pasos muy concretos sin tener que enumerarlos:

Acariciar, en círculos.

Acariciar, arriba y abajo.

Acariciar como si no fuesen ellos mismos.

Acariciar con los ojos cerrados, solo viendo al otro.

—Julieta —logra articular él.

—¿Sí?

—Necesito tu boca sobre la mía… Dámela, bésame y no dejes de hacerlo, ¿quieres?

—¿La sientes? Ya te tengo atrapado, Sancho.

Y siguen bailando, siguen besando, empapados, lubricados. Sancho gime acalorado, y Julieta pide más, con voz entrecortada añade a sus súplicas palabras encendidas que tan solo urgen más y más a Sancho.

—¿Puedes esperarme? —pide ella sin dejar de moverse inquieta y ansiosa.

—Solo si prometes no tardar —dice malicioso.

Y no, Julieta no se demora, no tarda en llegar su gemido, ni su apretar con firmeza los ojos para ver ante sí miles de puntos de colores. Tampoco tarda ese desahogo que llega al fin después de tanto tiempo deseando liberarlo.

Capítulo 20

Julieta regresa

Y vuelve, regresa a esa tienda de perfume inconfundible, de olor imborrable, y casi lo aprecia por una vez, porque significa que Sancho está allí, abajo, entre los papelajos, y solo tiene un deseo: hundir la nariz en la calidez de la piel del hombre del que tantas semanas ha estado separada.

Con premura, saluda a Manolo.

Con rapidez, eleva la mano derecha para saludar a Leticia, tras la caja, y también saluda a Víctor, que cambia la ropa de un maniquí.

Con impaciencia, espera el ascensor y, como este no llega, decide bajar por las escaleras.

Pero ante el pasillo ajedrezado se detiene, oye el tecleo incesante de los despachos abiertos, inspira hondo y observa con fijeza las losetas blancas y negras, lo mucho que han significado para ella en cada ocasión en la que tuvo que recorrerlas. Piensa en la importancia que le daba Sancho cuando le relataba cómo esperaba, aguzando el oído, solo para verla aparecer. Se dispone a iniciar su camino. No le ha avisado de que regresaba ese día, así que espera sorprenderlo.

Estira la falda para alisarla sobre sus caderas, cuadra hombros y se lanza a taconear más fuerte que ningún otro día, solo desea que él la escuche por encima del sonido del ajetreo diario. Y logra conseguir su objetivo, porque, para cuando se planta frente al umbral de la puerta donde se encuentran Asensio y Sancho, este ya se asoma tras la pantalla del ordenador.

—Sancho —dice seca, impasible, aguantando la sonrisa.

—¡¡Julieta!! —dice él sin poder disimular nada, ni el brillo de sus ojos, ni la alegría fijada en su boca ensanchada a lo grande, ni la premura al incorporarse de la silla para buscar su muleta.

Taconea presurosa hasta su mesa, porque antes de que él se agache a por su necesario apoyo, ella ya está abrazada a él.

—¡Hola, Asensio! —saluda por encima del hombro de Sancho—. ¿No tienes que ir al baño?

—¿Ehh?… Sí, ahora mismo se lo estaba diciendo a Sancho, en un momento regreso —avisa disimulando la sonrisa.

—No hay prisa —casi le pide Julieta.

Pero sí la hay para lo que está a punto de hacer: hundir la nariz para olisquear el cuello de Sancho. Se funde con su piel, se inunda de su olor, y sus oídos se desbordan con el gemido de placer que la garganta de ese hombre emite sin lograr contenerlo.

—Voy a morir —anuncia él entre risas nerviosas.

—De acuerdo —dice ella sin separarse.

—¿Ahora quién se sienta a trabajar?

—Tú, pero pensando en mí, haz como que trabajas, pero no me saques de tu mente —le recomienda divertida.

Sancho la aparta de entre su cuello para mirarla.

—¿Así hasta la hora de comer?

—¿Crees que podrás aguantar? —pregunta ella con malicia.

—No.

—Tampoco yo, pero después nos vamos a comer.

—Sí, nos vamos a tener que comer —dice él—, a mordiscos pequeños, para saborearte mejor, pero nos vamos a comer sí o sí.

—Me refería a ir a comer… a algún restaurante. —Julieta ríe al ver sus ansias.

—Si tienes apetito, vete ya a por un bocadillo. Acabamos a las dos, te espero, en mi cama o en la tuya, no hay mejor restaurante, ¿no crees?

Julieta asiente con firmeza antes de pedir:

—Bésame ya, antes de que regrese Asensio.

—Creo que los ojos de mi compañero pueden soportar la visión de un beso.

—Uno casto sí, uno sucio no. —Busca la boca de Sancho.

—Ningún beso entre tú y yo puede ser sucio, Julieta.

Y no sé si lo es o no, si entra en esa categoría o en otra, pero es un beso largo, intenso, mezcla de deseo, de cariño, de ansías reservadas durante el tiempo separados y que ahora se están desbordando. Pero sobre todo es un beso interminable.

—¡¡Chicos!! —dice Asensio, impaciente ya desde el pasillo.

«Estoy de vuelta», piensa al separarse de Sancho.

Y sí, está de vuelta, con una alegría inusual, porque su colección ya está a punto y en pocas semanas estará expuesta en todas las tiendas que la marca posee alrededor del mundo. Y los días que restan hasta ese momento los va a dedicar a disfrutar de ese hombre maravilloso que ahora se despide de ella sin apenas ganas desde su aburrido puesto en la oficina.

Y cuando días después llega el momento de desembalar las prendas de su colección, Julieta, sin poder contener la emoción, se echa a llorar. Solo llega a sacar uno de los vestidos, uno a media pierna fruncido en la cintura, color fucsia, que sabe hará las delicias de las más jovencitas. Se abraza a la tela durante unos largos y emocionados segundos, hasta que tiene miedo de estropearlo y lo separa de sí. Entonces lo ve; la etiqueta de tela, cosida en el interior de la prenda, le anuncia algo muy revelador e inesperado: su nombre no figura allí, en el lugar donde debe aparecer el «*designed by* Julieta». Únicamente aparece el nombre de la marca, nada más. Y nada menos.

Un repetitivo «no puede ser, no puede ser» no deja de martillearle la cabeza. Lo habían hablado, su nombre iba a aparecer en la etiqueta, como diseñadora que era de la colección. Debe de ser un fallo, no puede tratarse de nada más, por lo que «deberán paralizar todo y hacer nuevas etiquetas», piensa. «Pues mira tú qué risa» es lo que parece decirle Lena cuando se lo comenta, llena de nervios, ya en su despacho.

—Tu nombre sí figura en la etiqueta —le dice.

—No, no es así.

Lena le arrebata el vestido y busca en el interior de la prenda, apartando tejido y volantes para dar enseguida con lo que busca: las etiquetas de lavado y fabricación.

—¿Ves? —pregunta Lena mostrándole dónde aparece su nombre —. Aquí estás, como asesora de moda de la marca.

—¡No soy asesora de la marca! —protesta Julieta de manera airada.

—Revisemos entonces tu contrato —propone su jefa, impasible, que no entiende a qué viene tanto escándalo.

—No hablo de mi empleo aquí, Lena, y lo sabes.

—Que yo sepa, no trabajas de otro modo aquí. —Remarca el «aquí» con retintín.

—Soy la diseñadora y mi nombre debe figurar como tal, lo sabes, lo sabe la directiva.

—Mira…, Julieta, bonita.

—No me llames así, no vuelvas a hacerlo nunca más, soy Julieta, diseñadora.

—Pues adelante, ¡ve y proclámalo! —Parece invitarla con la mano señalando hacia la puerta—. Pero aquí dice otra cosa y lo sabes. Si no estás de acuerdo, no deberías haber cedido nada, o en todo caso será que no entendiste las condiciones de trabajo.

Y ahí Julieta tiene que callar y su mente regresa con rapidez a meses atrás, cuando se le hizo la propuesta. Pero sigue sin entender lo que ha ocurrido, siempre pensó que ella figuraría como diseñadora y tal vez lo dio tan por sentado que no creyó que eso fuese algo a discutir. Había sido un proceso tan rápido, todo había transcurrido tan deprisa, las reuniones, las discusiones, los intercambios de opiniones, trabajando a marchas forzadas…

Piensa, alarmada ya, si la ilusión que sentía al ver aceptados sus diseños y toda la emoción vivida por poner al fin su colección en marcha no le han nublado la inteligencia, ¿o qué ha ocurrido? Se ve a sí misma discutiendo las modificaciones de sus bocetos con el diseñador de la casa; a decir verdad, casi todos se reorientaron en uno u otro aspecto, por lo que fue aconsejada y sufrieron variaciones; la colección no era al cien por cien la originalmente planteada, pero sí la base de la que habían partido.

Entonces entra en pánico al ser consciente de algo: no registró la colección como suya, puesto que desde el inicio le habían dado a entender que si ella la cedía ya pasaba a ser propiedad de la marca, y en los intentos que hizo para hablar de los beneficios siempre le dijeron que lo importante era sacar la colección adelante.

—¡Vaya, que estoy jodida! —le suelta a Lena.

—¿Jodida? ¿Que tus trapitos vean la luz gracias a la marca es estar jodida?

—¿Trapitos? ¿En serio? —Su cara enrojece con violencia al constatar una vez más lo poco que la valora.

—Mira, para empezar como diseñadora no está nada mal. —Lena quiere sonar conciliadora y apaciguadora, pero no lo está logrando —. Otros quisieran tener esta oportunidad, se va a ver tu trabajo.

—¿Qué más quiero, no? ¿Es eso lo que vas a decirme ahora? Porque lo que quiero es que se valore mi trabajo y que se asocie a mí, creo que es lo justo.

—¿Lo justo, dices? —Acaba de dar un fuerte golpe sobre su mesa haciendo revotar los objetos que allí tiene esparcidos—. Hemos puesto a tu disposición nuestros talleres; hemos traído las telas que has pedido; se ha diseñado una campaña increíble de publicidad: redes, revistas de moda, televisión; vamos a contar con la mejor agencia de modelos; se va a distribuir por todo el mundo… ¿Cuándo ibas tú a poder hacer algo así? Ni contestes, que ya lo hago yo: nunca, y lo sabes.

—Lo sé, ¡claro que lo sé! Pero esto era un empujón para mí, si os apropiáis de mis diseños nunca saldré de aquí —se lamenta Julieta.

—Pues querida, bienvenida. —Lena abre de manera dramática los brazos antes de gritar—: ¡Ya lo has entendido! Eres de la marca, aquí perteneces y aquí te quedas.

Julieta, en estado de total confusión, permanece unos segundos sin poder reaccionar; cuando al fin lo hace es para anunciar:

—Me largo. —Se incorpora de donde está sentada para encaminarse hacia la puerta.

—No, no vas a ninguna parte que no sea al sótano a desembalar ropa y a empezar a pasar la plancha para colgarla en los percheros.

—Ni loca voy a hacerlo —le grita ya desde el pasillo.

—¡¡Julieta, detente!! —chilla saliendo tras ella.

Algunos compañeros se asoman curiosos desde sus cubículos de trabajo.

—Ponte a trabajar, no me hagas repetirlo.

—Cuando mi nombre figure donde debe, ¿me has oído? —le recuerda Julieta.

—Tu nombre nunca figurará donde quieres porque no firmaste como la diseñadora, no puedes demostrar más que eres asesora de la marca.

Julieta se frena en seco. Sancho, que ha aparecido en la puerta de su despacho, las escucha atónito.

—Sí, Lena, sí puede demostrarlo, yo estaba aquí y vi como ella te ofrecía los bocetos de su colección.

—¡Tú te callas! Que nadie te ha invitado a esta discusión, así que vuelve al lugar que te corresponde, tras esa pantalla.

—A esa pantalla no pienso regresar más, ¿me oyes? —replica con voz calmada—. Y no me vuelvas a gritar.

—Eres un empleado, no te atrevas a faltarme al respeto.

—El respeto nos lo faltas tú a todos con tu sola presencia aquí —sentencia él.

El silencio puede cortarse en ese momento en aquel lúgubre pasillo lleno de un curioso y espantado personal. Sancho se gira para mirar a Julieta y, en el tono más dulce que es capaz de usar, dado lo alterado que se siente, le hace una oferta:

—Vámonos, Julieta, larguémonos de aquí, sin mirar atrás. Vamos a donde se aprecie todo lo que vales y, si es lo que quieres, y estás dispuesta a denunciar, puedes contar conmigo como testigo.

—Ni se te ocurra ir por ahí, Julieta, ¿me oyes? —avisa Lena con rostro enrojecido.

—Iré si creo que es lo que debo hacer para defender mi nombre y mi trabajo, ¿me oyes tú a mí? —le increpa acercándose a su rostro —. Y hoy es la última vez que nos gritas, a mí y a Sancho, porque no infundes respeto, Lena, solo desprecio.

Julieta se separa de ella al tiempo que todos los curiosos desaparecen de escena antes de que la discusión, o la ira de la jefa, pueda llegar a salpicarlos.

—Solo tengo que coger mi chaqueta —dice Sancho.

—Y yo mi bolso —dice ella encaminándose a su taquilla en el baño.

Y ya no se escucha nada más que el taconeo de Julieta y el repiqueteo de la muleta de Sancho atravesando por última vez el enlosado ajedrezado.

Capítulo 21

Julieta

Julieta, frente a la mesa en la que se encuentran esparcidos sus diseños, solo escucha la voz de Sancho en aquellas palabras tan sentidas y valientes que le dedicó al abandonar, meses atrás, la empresa en la que trabajaban.

«Vámonos, Julieta. Nueva York, Roma, Londres…, donde creas que puedes sacar adelante tu colección. Vámonos donde quieras y, si hay río, allí estaré, deja que reme en el agua y permíteme que reme por ti. Rememos juntos, diseña, crea, no quiero nada más. Vámonos, pero juntos».

Y así había sido, habían emprendido el vuelo, dejando atrás aquella colección que ya nunca sería suya, y un puesto de trabajo que, salvo el sueldo nunca le había aportado nada a Sancho en lo estrictamente profesional. Solo podía dar gracias por los buenos compañeros de trabajo y el haber conocido a una mujer maravillosa.

Pero la vida es para los que se atreven y ellos se han atrevido a empezar de nuevo. En Oxford, un lugar con río, tal y como él había pedido. Y ella deseaba regresar a Inglaterra, allí donde se la había valorado como diseñadora cuando la alzaron como ganadora del *talent* televisivo de costura tiempo atrás.

Disponen de un diminuto apartamento de dos habitaciones que les es suficiente. Una cama, un sofá y, lo que es más importante, una enorme mesa en la salita donde ella trabaja sin descanso. Solo había elevado la mirada de sus diseños para pasear y callejear en busca de un coqueto local donde empezar a vender su nueva colección cuando al fin la tuviera lista.

Y ese espacio no tardó mucho en toparse con ella: una antigua camisería no muy alejada del centro. Un local que aún conservaba los muebles del anterior negocio, los maniquís tipo torso, tanto femeninos como masculinos, un antiguo mostrador y un envejecido mueble lleno de cajoncitos que guardaban decenas de botones de

todo tipo. El escaparate, un ventanal semicircular, fue suficiente para enamorarse a primera vista en cuanto desembocó en aquella plazoleta. Había quedado con el dueño de una agencia inmobiliaria, un hombre con el que nunca llegó a entrevistarse, ya que estuvo dando vueltas y más vueltas, perdida entre las callejuelas, y ya regresaba sobre sus pasos cuando la inesperada tienda salió a su encuentro.

¿El alquiler era caro? Era caro, lo mirase por donde lo mirase, que es a través de la óptica implacable, cruda y realista que son los números de su saldo en la cuenta corriente. El propietario, con el que se puso en contacto de inmediato, la hizo aterrizar con rapidez dándose de bruces con un sueño que no creía poder llegar a cumplir:

No, no había posible bajada de precio.

No, el regateo no servía con él.

Y no, no pensaba guardarle por un tiempo el local hasta que lo pensase bien.

—Uffffff —resopló Julieta girándose contra el ventanal del escaparate.

No deseaba que el inamovible e insobornable señor viese lo urgente y necesario que alquilar ese local, y no otro, era para ella, pero desde luego con ese tremendo e inapropiado resoplido le había dejado sus intenciones bien claras.

—Le diré algo, señorita: este taller ha pertenecido durante años a mi familia, todos del gremio de la costura o la sastrería; por tanto, debe saber que mi interés en su tienda de ropa es mi opción primera, no me gustaría que aquí hubiese otro tipo de negocio… Pero debe darse prisa. Es mi última palabra, de manera que ¿qué me dice?

—Que sí, que trato hecho —se lanzó Julieta, pensando de nuevo en su cuenta corriente.

—Pues es un acierto, debe saber que el alquiler es caro, pero por algo. En apariencia no estamos en una plazoleta con mucha vida, pero la tiene. Porque pese a no ser muy céntrica, siempre hemos tenido clientes, tal vez el que mi abuelo hiciese venir hasta aquí a un

antiguo compañero de clase, para bendecir el local, tuvo mucho que ver.

—¿Quién era el amigo de su abuelo?

—El arzobispo de Canterbury, niña, ni más ni menos. —El dueño del local se estiró como un palo de escoba henchido de orgullo con lo que anunciaba.

Julieta achicó los ojos.

—¿Quiere usted decir que…?

—Sin duda alguna, muchacha, esto está bendecido de por vida —dijo convencido mientras estiraba los puños de su impecable camisa.

—¿Me está usted engañando solo para que le pague el precio que pide? —Creía que sin duda era una tomadura de pelo.

Ante su silencio, Julieta se resignó y murmuró:

—Nunca lo sabré de todos modos. —Pensó, indecisa, sobre si los arzobispos protestantes también ofrecían bendiciones, y se encogió indiferente dado su escaso conocimiento en esa religión.

—Lo sabrás en cuanto tu tienda se llene y hablen de ella. Mi abuelo pidió al arzobispo que bendijese, ya que estaba aquí, toda la plaza; por tanto, todos los locales que ves —señaló hacia los cafés, pastelerías y demás negocios que desde allí se distinguían— tienen la clientela asegurada.

—Con la iglesia hemos topado —dijo Julieta.

—Pero en este caso para algo bueno y, sobre todo, rentable, querida, muy rentable. —Se aproximó hasta ella con la mano extendida para cerrar el trato.

De regreso al apartamento ha esperado, inquieta, sentada en aquel desvencijado sofá situado en el salón cocina. En cuanto Sancho entra y la ve allí, sin hacer nada, en lugar de concentrada como siempre en su máquina de coser o en sus patrones, teme que algo malo ocurra. Sancho nunca ha querido acompañarla a ver locales, ya que creía que debía ser solo suya la elección y no deseaba que una mala cara por su parte, una mueca, un simple gesto o una palabra a destiempo a ella la hiciese cambiar de opinión cuando ya hubiese elegido el local.

—Ya lo he encontrado —le anuncia sin darle tiempo a sentarse junto a ella.

—Pues no sé si darte la enhorabuena, ¿a qué viene tu cara?

—No puedo pagarlo.

—¿Y aun así lo has alquilado? —Divertido, frunce las cejas.

—¿Qué te hace gracia? —se molesta ella.

—Pues que has hecho bien —contesta él.

—Pero… ¿es que no me has escuchado?

—¿Y tú, Julieta? ¿Tú me escuchaste cuando te ofrecí remar contigo, a tu lado?

—Sí, claro, pero no hablamos de dinero.

—¿De qué crees que hablaba esa propuesta, entonces?

—De apoyo moral, de estar siempre ahí. —Ella lo ve así, no de otro modo y no en lo referente al económico, por supuesto.

—Pues aquí estoy, yo y esta querida amiga. —Rebusca en su bolsillo para extraer la cartera y de esta saca la brillante tarjeta dorada; con mano diligente se la tiende a Julieta.

—Sancho, ¿estás seguro de esto?

—Estoy seguro de ti —le dice mientras sujeta sus manos entre las de él y, en medio de estas, la tarjeta de crédito—. *P'alante*, Julieta, ya lo sabes.

Y ella así lo hace, sigue adelante. Y continúa tachando tareas pendientes. Con el local encontrado y alquilado, solo hay que ponerlo a punto, y de eso se encarga Sancho, que desde que han aterrizado no ha parado ni un momento: lleva la contabilidad de dos pequeños negocios por la mañana, y por las tardes, gracias a su afición, ha conseguido ser contratado como instructor en una escuela infantil de remo.

En España también necesita ir tachando tareas pendientes; ya no viven allí, pero debe regresar de vez en cuando. Antes de su marcha, y aconsejada por un buen abogado amigo de la familia, interpuso una denuncia a la firma de ropa por apropiación indebida, y no de la colección, puesto que ella no había prestado nada de atención al enrevesado contrato que se le presentó en su día, y, una vez leído y releído tiempo después en el despacho de su abogado, se dio cuenta de que había sido contratada como una simple asesora en la nueva colección.

Y, por supuesto, el abogado iba a manifestar el descontento de su clienta como diseñadora real aunque no figurase así, y para prueba de ello aportaba una prueba definitiva: las nietas de Carmen, la señora de la limpieza, lucían en sus redes sociales dos modelos suyos en fecha mucho anterior al lanzamiento de la colección. Quedaba por tanto demostrado así que, de esos dos modelos sí era la diseñadora, por lo que se le debería abonar todos los beneficios obtenidos de esas dos prendas en particular en cualquier tienda del mundo donde se hubiese vendido.

En la carpeta que le pasó a su jefa estaban también los diseños hechos especialmente para las nietas de Carmen; no pensaba presentarlos porque no creyó ético ofrecer algo que ella ya estaba vendiendo, pero… los bocetos se colaron entre el resto y gustaron tanto a la directiva que ella decidió no renunciar a ellos, pensando como pensaba que qué más daba si ella iba a figurar como diseñadora y que todos los diseños le pertenecían. El fallo de la firma: no comprobar que esos dos vestidos sí habían sido registrados con anterioridad por Julieta, eran por tanto suyos por derecho legal. Y a esos dos diseños y al dinero que debían pagarle por las ventas iba a agarrarse su abogado como un clavo ardiendo.

Lo único que estaba obteniendo de momento era que su nombre no dejara de sonar, y todo porque había puesto en su sitio a un grande de la moda. Ahora Julieta y la firma eran nombradas en todas partes, para bien o para mal, y ella iba a sacar rédito de todo eso.

La cabeza de Julieta desde que se habían mudado era un hervidero constante, no solo por su continua preocupación por lo que sucedía en España con los juicios, sino también por poder llegar a tiempo para poner en marcha su línea de ropa.

Sancho no dejaba de repetir con cariño una frase como un mantra: «Tú solo ocúpate de crear y de tener tus redes al día», y ella creía que nunca iba a poder devolverle todo lo que estaba haciendo por verla volar.

«De los números me ocupo yo, vengan de donde vengan», le decía entre risas mientras le besaba el pelo, llenándola de confianza.

Capítulo 22

Sancho… y Julieta tan lejos

La alegre y decidida mujer que él conoció en España y con la que se embarcó en la aventura de su vida ya no es alegre. Tampoco decidida, simplemente sus pisadas al andar con tacones ya le dicen todo a Sancho.

Y el tiempo pasa y la tristeza de Julieta no es algo que él pueda paliar. Lo ha intentado, y ella finge, pero no siempre. Sentado en el sofá, la observa perderse entre sus pensamientos: si deja las tijeras sobre la mesa y no corta, si detiene la máquina de coser y se pasa las manos por la cara, si clava con descuido los alfileres en el maniquí cuando pone a prueba uno de sus diseños…

Y Sancho acude, con tazas de café si lo que ella busca es no dormir, tazas de té si desea entrar en calor tras horas sentada y nota que se ha enfriado; ofrece un masaje de espalda; da buenas noticias sobre la decoración en el local; esparce abrazos, besos cálidos, sonrisas animosas… O simplemente deja espacio desapareciendo todo el día si tiene una crisis creativa y su humor se agría por no poder soportar a nadie a su alrededor.

Tiende su mano para cortar telas, él sabe de eso gracias a sus años en la empresa del pueblo. Ofrece platos de comida en cada ocasión que a ella se le olvida que hay que alimentarse. Ha quitado el sofá del salón cocina y, con ayuda del vecino, lo ha instalado en la salita, de donde han sacado la enorme mesa para montarla de nuevo en la cocina. Ella desistía de ir a la cama para no despertarlo cuando se echaba de madrugada a descansar y Sancho ha escogido hacer uso del sofá para que ella, que más lo necesita, descanse en condiciones.

Tiene que sacar adelante una línea de ropa y él va a ayudar a conseguirlo. Las trabas en el camino no están siendo fáciles de sortear, el volar con frecuencia a España para la firma de documentos relativos a la denuncia y también para declarar en el

juicio contra la marca la desestabilizan. Mucho más si deja todo aparcado en Inglaterra para subir a un avión hasta España y comprobar, totalmente desencajada, que Lena no se presenta aunque haya sido citada a declarar, por lo que se pospone todo. Esto a su anterior jefa o a la marca no le supone nada, pero a ella le supone el gasto de un dinero del que no puede disponer alegremente; también le supone una pérdida de tiempo en esa carrera contra reloj que se ha marcado para lanzar su colección.

Para añadir algo más en qué pensar, la estrategia de su abogado para que le abonasen todo lo que habían ganado con los dos diseños registrados había funcionado en parte, ya que la marca retiró del mercado de inmediato esos vestidos. El recorrido de esas prendas no había sido muy grande y ahora tocaba esperar a que se decidieran a abonarle lo impagado, que no sabía a cuánto ascendía, aunque imaginaba que agotarían hasta el máximo el plazo que el juez había impuesto.

Y sí, él se ocupaba de los números, pero tal y como ella le dijo entre lágrimas fruto de la frustración, «lo sé y te lo agradezco, pero no deja de ser tu dinero, mientras que este que ellos deben pagar es lo mínimo que pensaba obtener por mi gran decepción». Y como no dejaba de tener razón, Sancho no quiso quitársela.

Julieta no supera la traición, Sancho cree que no la superará ni siquiera cuando su tienda esté lista y la colección a la venta, y ante eso sabe que nada por ella puede hacer. Y no será por intentar cosas, como el invitar a su amiga Margarita a pasar un fin de semana en Oxford. La sorpresa para Julieta fue enorme y sabe que las chicas disfrutaron muchísimo. El apoyo de una amiga era diferente del que él podía proporcionarle, pero esa visita quedó atrás y Julieta se sumió de nuevo en su estado de apatía y concentración. Tampoco está ayudando el que su perrito, Sultán, haya tenido que quedarse a vivir en España con sus padres. Julieta, sabedora de los vuelos que debían hacer de ida y vuelta para los juicios, no quiso estresar al animal con tanto viaje en avión. La ausencia de su mascota le duele y añade más pena si es posible.

La pierna de Sancho se queja. Un dolor sordo le acompaña con demasiada frecuencia, un dolor que pasea a sus anchas desde el

tobillo hasta la ingle y que a menudo le deja sin respiración; justo como ocurrió aquel día en el despacho cuando Julieta malinterpretó su gesto por uno de aprensión hacia ella. Y únicamente puede pensar que la tristeza que ella arrastra por todo lo que sucede tiene ese eco en él, así, en esa forma: de dolor físico.

Y por pensar hasta piensa que es un estorbo para ella y sus planes, y que tal vez tantas atenciones para hacerle más llevadera su tristeza no consiguen más que agobiarla y atosigarla. Sabe que nunca llegará el día en el que se arrepienta por ayudarla en todo, incluso en lo económico, pero eso también puede hacerlo desde España, siempre puede contar con él como un amigo. Tal vez la suya, una relación que estaba en sus inicios antes de mudarse, no ha evolucionado hacia ninguna parte y no han conseguido asentar una verdadera relación de pareja. Hace tiempo que no duermen juntos y Julieta nada le ha dicho, sus muestras de afecto ahora se limitan a abrazos y besos de cariño.

¡Y la echa tanto de menos! Tanto o más que en aquellos días en los que ella viajó hasta Madrid para poner en marcha esa colección robada que nunca llevaría su nombre. Entonces la tristeza empieza a apoderarse también de Sancho, porque la desea como nunca antes ha deseado a otra mujer, tanto que duele, como una vez le dijo. Añora su cuerpo, sus permanentes sonrisas, el que se embelesase mirándolo como al principio la había sorprendido haciendo. Ni qué decir de cómo añora que lo busque para olisquearle en el cuello, porque cuando hacía eso el mundo podía detenerse ¡¡o acabarse!! Lo mismo le daba cuando ella le rozaba con su aliento.

Igual él no es para ella. Igual es un estorbo y mejor dejarlo estar para darle su apoyo desde la distancia y después ver qué pasa… Sí, puede ser, hasta puede ser que él enferme de pena si eso llegase a suceder, porque la ama y nunca antes ha usado ese verbo para definir lo que siente por alguien. Quiso a Laura, porque con los años sentía por ella esa seguridad que proporciona lo conocido, lo estable, pero ama a Julieta, porque lo que siente por esa mujer es intenso, profundo, y se entrega a ella sin condiciones. La conexión que experimentaba cuando estaban juntos, aunque no hiciesen nada,

únicamente mirarse, ese lazo íntimo que los unía cuando hacían el amor, al besarse…

Ama a Julieta y piensa ayudar, pero también la va a dejar volar, para que encuentre su lugar, su estabilidad emocional en lo que a lo laboral se refiere, porque, en ella, lo laboral y personal están íntimamente unidos, y si tiempo después decide que Sancho puede ser un pilar en su vida, allí estará para ella.

Y no por ver esa claridad en su decisión se siente mejor. El compañero en la escuela infantil de remo se lo hizo ver, incluso los niños a los que daba clase notaron su descontento, un momento del día que solo debía servirle para desconectar y compartir no solo conocimientos, sino también alegrías con esos pequeños, pero que ya no disfrutaba del mismo modo.

—No disimules y hagas ver con eso del idioma que no me entiendes bien —le soltó su compañero Erick.

En parte ese muchacho le recordaba a Manolo, que nunca callaba nada. Habían congeniado bien desde el principio, gracias a él entró a trabajar allí, compartían horas de remo por placer y acabó en la escuela de la mano de Erick.

—Anda, dime, ¿qué te pasa? No eres la misma persona que conocí hace un par de meses, ¿es eso que los gallegos llaman «moriña»?, ¿se dice así? —quiso saber Erick, que manejaba algunas palabras en español, pero no esa precisamente, pronunciada con una sola erre.

Sancho sonrió a medias y sin ganas le soltó:

—Morriña.

—¿Es eso? Porque si es eso, amigo, tiene mala cura, o solo una: regresar.

—Sí, creo que voy a regresar, pero no por nostalgia de mi país, sino por nostalgia de la chica con la que llegué aquí.

—Tu novia —quiso confirmar él, que conocía a Julieta.

—No la llames así, creo que no hemos conseguido estabilizar la relación como para poder considerarnos novios.

—Si tienes nostalgia es que la echas de menos.

—¡No sabes cómo! —Agitó la cabeza para alejar esas lágrimas que habían inundado sus ojos—. Quizá no era el momento de vivir

juntos, al menos no ahora que los problemas la tienen bloqueada en cualquier sentido.

—¿Has hablado con ella?

—¿Y abrumarla más? No, no necesita eso, ya son demasiados frentes con los que debe lidiar, tiene que acabar su colección y poner en marcha la tienda. Entonces hablaremos y decidiremos qué es lo mejor para los dos.

—¿Y qué es lo mejor para ti? ¿Eso no cuenta?

—Ella no me pidió venir, no me arrastró hasta aquí; fui yo el que lo propuso, por lo tanto, yo estaba dispuesto a todo por ayudarla en su sueño. Ahora no puedo echarme atrás, abrumarla con mis neuras…

—Tus neuras son que te sientes solo estando con ella y debes hacérselo saber.

Capítulo 23

Julieta… Juntos, pero no cerca

Ha terminado. Su colección está acabada. La ha rematado con esa última etiqueta, cosida a la fina tela del vestido de gasa que tanto le gusta de entre todos los que ha diseñado. Sí, la etiqueta, con su nombre bordado junto a la imagen del logo que Victoria, hija de Pepe y ahora amiga de Sancho, ha creado solo para ella: una Julieta recogiendo sus faldas mostrando las rodillas mientras se aleja corriendo del balcón en el que Romeo declama su declaración de amor.

Está tan enamorada del dibujo…, de su logo, creado solo para ella, a petición de él, de Sancho, ¡¡su Sancho!! Que no su Romeo, porque nunca quiso un amor así, uno que duraba un suspiro y acababa con ella muerta. No, el amor de Sancho nunca duraría un suspiro, se lo había demostrado con creces, y si alguna vez acababa sería para estar muerta, pero de pena.

La convivencia, cuando él propuso esa mudanza, no ha resultado nada de lo que había soñado y está convencida de que tampoco para él ha sido un camino de rosas. ¿Cuándo empezó a torcerse todo? Porque el día que llegó a casa y descubrió que el sofá había pasado a ser parte principal de la salita, allí donde él se acomodaba por las noches, para no encontrarlo en la cama… Ella que ansiaba echarse un rato, buscar refugio en ese otro cuerpo cuando al fin decidía meterse en la cama a altas horas de la madrugada agotada de coser, con los ojos inyectados en sangre de tanto fijar la vista en las puntadas, con la espalda dolorida y los sentimientos vapuleados cada vez que el abogado contactaba con ella para darle una mala noticia tras otra desde España.

Entendía que lo desvelaba, que no le dejaba dormir, que no descansaba lo suficiente con ella a su lado, un cuerpo agotado y una mente inquieta que no lograba descanso ni en esas horas de sueño. Lo entendía, entendía su huida de habitación, pero le dolía tanto…

La convivencia empezó a enrarecerse, la intimidad parecía perdida, ella pensaba que molestaba con su sola presencia en aquel diminuto apartamento en el que era muy difícil no cruzarse. Aunque siempre tuvo todo de él, porque no dejó de apoyar, en todos los sentidos y más, mucho más de lo que nunca hubiese imaginado, pero habían llegado a un punto en el que no sabía si había retorno. Ahora son simples compañeros de piso y no soporta esa nueva situación; y si ella es la culpable, nada está haciendo por él, ese hombre del que se siente profundamente enamorada.

Ha desatendido la relación. Una que, bien lo sabe, estaba en pañales cuando se mudaron y no ha dejado que creciese. En cambio, sí ha crecido y prosperado su tristeza, sus preocupaciones. Tanto trabajar, ¿y para qué? ¿Para dejar de lado lo que de verdad importa: Sancho, ella y él?

Cierra los ojos de puro cansancio tras tanta puntada.

—¿Estás bien? —pregunta Samantha la chica que ha contratado para poder terminar su colección, puesto que era humanamente imposible que la acabase sola sin caer enferma.

—No, no lo estoy —le contesta entre sonrisas tristes.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —ofrece.

—No, pero gracias, lo que debo hacer es solo cosa mía. De momento te espero para llevar todo esto —señala las prendas que descansan sobre las sillas— hasta la tienda.

—Sancho me ha dicho que ya está lista. —La chica parece más emocionada que ella misma.

—Así es, mañana iremos a verla, así que te espero aquí, recogemos y vamos juntas, ¿te parece?

—Lo que necesites.

Despide a Samantha y se frota los ojos. Hace ya más de dos horas que Sancho ha llegado a casa, pero, como siempre hacía y por no molestarlas, se ha quedado en la pequeña salita; seguramente habrá cenado y ella ni cuenta se ha dado de que ha estado en la cocina.

Busca su móvil con la mirada, lo sujeta con firmeza cuando lo encuentra bajo un montón de retales. Tiene que hacer una llamada. Urgente. Un tono, dos, tres, y se muerde el labio llena de nervios.

—¿Julieta? —contesta, sorprendido.

—Sancho.

—Sí, espera, que salgo, no quería molestarte mientras trabajabas.

Escucha el picaporte al otro lado del pasillo.

—No, no quiero que salgas.

—De acuerdo —dice muy cortado.

—¿Sabes qué? —Sin dejar que conteste, lanza otra frase—: Echo de menos tu bigote.

—¿Mi bigote?

Sí, su bigote, que había desaparecido antes de embarcarse rumbo a Inglaterra. El modelo Hulk Hogan dejó paso, tras un buen arreglo profesional, al bigote de Dalí, y ahí, con ese mostacho tan artístico, acabó el proyecto de la hermana de Sancho y él, al fin, pudo despedirse de aquellos pelos que tanto había llegado a odiar.

—Sí, tu feo y ridículo bigote, pero lo echo de menos, eso y las cosquillas que me hacía, ¡no sé qué pensabas al afeitártelo! Lo has arruinado todo, ¿sabes?

—¿Estás bien? —Él no entiende qué está ocurriendo y se llena de nervios.

—¿Pero cómo va a estarlo cualquier mujer que se quede sin eso?

—Pues… es que… ¡No sé qué contestarte! —Parece tan abrumado que quiere echarse a reír.

—No quiero que me contestes, quiero que lo arregles —le exige deseando echar a correr hasta donde él se encuentra, que no es sino unos escasos metros más allá.

—Ahora mismo imposible, esto no va a crecer por arte de magia… ¿Puedo acercarme ya?

—¡No! —le suelta airadamente—. Te vas a esperar ahí muy quietecito porque voy para allá, ¿me escuchas? —Rebusca, mientras habla, algo bajo la cama de su habitación, a la que se ha desplazado desde el salón.

—Sí, te escucho, claro.

—¿Cómo me vas a escuchar si no he empezado a caminar? —protesta ella.

—Pero he escuchado lo que decías.

—No es eso lo que quiero que escuches… Atento.

Se ha calzado sus elevados tacones y se encamina, decidida y sobre todo con energía, con ganas renovadas y mucha alegría, en dirección a donde él se encuentra. Sancho, que ya ha abierto la puerta, espera sentado en aquel deplorable e incómodo sofá. Al asomarse ella al umbral, solo dos palabras:

—Sancho.

—Julieta.

A él le late el corazón de manera alocada.

Julieta nota los latidos del suyo cerca de la garganta, agarrotándole la lengua, dejándola sin palabras, pero ¿hay que añadir algo más? Se acerca hasta él, que intenta levantarse, pero no lo consigue porque Julieta apoya la mano en su hombro y allí se inclina, a buscar su cuello, separando la camisa de la carne, sintiendo su pulso latir, y sobre él olisquea.

—Julieta… —sisea, lleno de deseo.

—¡Elige! —dice altanera, separándose para encarar sus dulces y también sorprendidos ojos—. ¿Llamada o videollamada?

Sancho parpadea atónito, removiéndose en el sofá.

—¿Un directo puede ser? —pregunta con timidez.

Y Julieta quiere gritar, cubrirlo de besos, abrazarlo, sujetarlo fuerte hasta que entienda que no quiere nada más que quedarse ahí, en ese lugar, entre sus brazos, atrapada por su firme pecho. Y quiere pedir perdón y desea decir un «te amo» sincero y honesto, limpio, como todo lo que siente por ese hombre, para barrer las dudas que en él puedan haber crecido en lo que ambos empezaron a crear en España y que ella tanto ha descuidado.

Sancho escucha su arrepentimiento, oye alto y claro su «te amo», siente todas las ganas que tiene de estar con él, porque Julieta las desborda sobre su cuerpo.

Final

El tiovivo de la vida

Creía que con su nombre sería únicamente un escudero. Y no había errado en sus pensamientos. Haciendo honor al personaje literario que representa, allí está, flanqueando a Julieta, él y su muleta, conduciéndola hasta terreno firme, estable. No ha sido fácil llegar, pero lo han hecho.

Apoyado en el mostrador de la tienda, no deja de observar cada uno de los gestos de emoción, sorpresa y felicidad que el rostro de Julieta desvela al ver por primera vez todos los cambios en su local alquilado. Ese espacio bendecido por el arzobispo de Canterbury, fuese cierta o no la historia, ha sufrido algunos cambios. Conserva la esencia de la camisería original, pero una de las paredes de la tienda ha sido recubierta con un mural y esta pintura no es otra que la escena del balcón de Romeo y Julieta…, o más bien la adaptación que Victoria ha creado para ella en sus etiquetas como seña de identidad de su marca.

Sí, una Julieta que se aleja corriendo de un Romeo encaramado al balcón. Una chica con largas faldas que las sube sobre sus rodillas mientras se aleja de su amante.

—¿Victoria ha estado aquí? —se maravilla Julieta.

—Sí, ella y su ayudante vinieron la semana pasada desde Murcia. Victoria viene con frecuencia, su hijo vive en Londres y lo visita muy a menudo.

Julieta huía de ese Romeo extasiado, huía para encontrar algo mucho mejor lejos de aquel balcón, porque no deseaba un caballero rendido a sus pies, sino más bien uno con los pies en la tierra remando en su misma dirección. No había necesidad de tener el hombre que quisiera, no lo había buscado en el mercado, eligiéndolo, porque el amor no se elige, te encuentra, y en esa huida hacia delante, recogiéndose las faldas de su vestido, de todos los vestidos que pensaba crear, había topado con Sancho.

Se gira hasta donde él la observa y extiende la mano para unirla a la de él.

—No sé qué decir —comenta emocionada.

—No hace falta, ya lo he visto todo en tu cara. —Le acaricia la mejilla con la mano que ella no ha atrapado.

—Es el mejor regalo que nadie puede esperar jamás. —Sus ojos se han humedecido de pura felicidad.

—Creía que tú preferías regalos que llenasen agujeros. —Sancho carraspea, después aprieta con firmeza los labios para intentar no reír ante los diferentes gestos por los que el rostro de ella va pasando, fruto de las emociones que su comentario ha provocado: incomprensión, duda, asombro, vergüenza y, por el último, el sonrojo más intenso.

—¡¡¡Eras tú!!! —dice ella al fin, señalándolo con el índice—. Eres el hombre que se reía aquel día en el bar frente al trabajo.

Sancho asiente sonriendo, feliz porque, por una vez en la vida, ser indiscreto solo le ha traído cosas maravillosas, como la cara emocionada de quien más quiere.

—¿Molesta? —tantea con cuidado.

Por toda contestación, ella se lanza a sus brazos para apretujarlo de manera ansiosa como si ese hombre se fuese a escapar de un momento a otro.

—Solo si no cumples mis deseos y no me ofreces rellenar «mis agujeros»… Y no con números —avisa ella, provocando en él unas fuertes carcajadas.

Una suave tos suena cerca de donde se encuentran.

—Chicos, ¿me marcho? —pregunta Samantha divertida, provocando que ante ellos aparezca el azoramiento de Asensio cuando se besaban en su presencia.

—No, no, y espero que no te hayamos molestado. —Julieta se acerca hasta ella.

—Para nada.

—Creo que voy a seguir necesitando tu ayuda, tengo que empezar a pensar en la inauguración de la tienda, no he tenido tiempo para inventar o imaginar nada más que no fuesen vestidos.

—¿Únicamente piensas en inaugurar la tienda? —pregunta Sancho.

—Es lo que suele hacerse. —Julieta se gira.

—Y un desfile, también se organiza un desfile cuando hay nueva colección —parece recordarle él.

—No se me ocurre cómo —dice ella negando con la cabeza.

—Tú sabes que yo me ocupo solo de números…

—Después de ver cómo ha quedado la tienda, no diría yo eso. —Se entristece al pensar que él no valore sus propios esfuerzos y desvelos.

—Victoria, que es una artista —le dice entre risas, quitándose importancia para dársela por completo al trabajo de la hija de Pepe —, pero como yo no lo soy, solo tengo la idea para ofrecerte.

—¿Sobre qué?

—Sobre el desfile. Como te digo, se me ha ocurrido algo, pero no sé darle forma, la creatividad no es lo mío. —Chasca la lengua.

—A ver, cuéntame —pide intrigada mientras se acerca, cogida de su mano, hasta la bonita *chaise longue*, que el anterior dueño había dejado allí olvidada, para sentarse.

En su numeroso callejear y pasear a la búsqueda de un local para alquilar, Julieta había descubierto un parque que prefería entre todos los que esa ciudad ofrecía. No solo era bonito y te llenaba los ojos del verde de su hierba y sus árboles; tenía, además, un atractivo adicional: un pequeño tiovivo. Justo frente a la atracción, disponían, cuando el buen tiempo lo permitía, unas hamacas de tela para que todo aquel que quisiera pudiera disfrutar de las canciones que con frecuencia solían brindar algunos grupos y bandas subidos al bonito y antiguo quiosco de música que allí se erguía orgulloso. En aquel lugar también se leía, se conversaba, se observaba a los niños en su emocionado subir y bajar a lomos de los caballitos de cartón que giraban sin parar al son de la música del vals del carrusel.

Los ojos de Julieta hierven iluminados mientras Sancho le recuerda la existencia de ese bonito rincón, y él, al verla iluminarse de ese modo, de inmediato deduce que ya está organizando el desfile que su colección merece. Samantha, que permanece atenta

al diálogo mientras coloca vestidos y el resto de prendas en los expositores, se gira al escuchar lo que Sancho relata.

—Mi padre trabaja en el ayuntamiento, puedo hablar con él; podrías organizar allí tu desfile si no es muy complicado conseguir un permiso —dice la muchacha ilusionándose también.

—Las chicas montadas en el carrusel y después bajando de los caballitos, paseando entre la gente sentada en las hamacas… —Julieta no deja de imaginar.

—Podemos darle un ambiente de feria —continúa Samantha.

—Contratar puestos para palomitas de maíz, algodón de azúcar, manzanas dulces… —Julieta, emocionada, presiona la mano de Sancho.

Y él sabe que no hay mucho más que añadir, la idea está en marcha, de manera que solo puede hacer una cosa: embelesarse con toda la ilusión desbordante que ella derrocha y dejarse iluminar por el brillo de sus ojos.

—¡No se hable más! —dice soltándole la mano y dando una fuerte palmada—. Poneos a organizar y, ya sabéis, yo me ocupo de los números.

Y una maravillosa y luminosa mañana de domingo, Julieta tiene su desfile. Las hamacas de madera y de brillante tela verde se llenan de espectadores de toda condición: curiosos solamente, personajes del mundo de la moda invitados para la ocasión y que compartirán el evento en redes, amigos, familia, prensa local, los padres de todas las chicas de la escuela de remo de Sancho que han dado un nervioso y divertido sí ante la oferta de ejercer por unas horas de modelos.

Aquel rincón del parque se ha llenado no solo de moda, sino también del dulce aroma de las palomitas y del brillante y delicioso rosa del algodón de azúcar. Mayores y niños se entretienen en el puesto de la pesca del patito y de tiro al blanco. Varios vendedores de globos de helio reparten las coloridas formas entre el público, dotando a la reunión de más alegría si cabe.

Su desfile es acogido con ganas, el té y las galletas de después también. Tantos y tantos elementos, todo mimado y planificado hasta el último detalle, para que nadie deje de hablar de esa chica y

de sus creaciones. Julieta, desbordante de emociones, aprieta la mano del hombre que va a administrar esa empresa, una que ya era tanto de ella como de él. Encierra sus delicados y finos dedos entre los fuertes y callosos de él, porque solo desea traspasarle lo que con palabras no puede expresar y desea que toda esa felicidad se quede allí, entre ellos dos.

No solo es el hombre de los números, es el mejor escudero que nadie puede desear, una compañía fiel, un apoyo fuerte, un cobijo para los días malos, y juntos van a remar de manera incansable.

Epílogo

Julieta, Sancho y el abuelo postizo

—¿Y dices que la tienda la bendijo un arzobispo? —Pepe bebe un trago de su tan adorado tinto de verano.

—Pues eso me dijo, imagino que para animarme a alquilar y pagar ese desorbitado precio que le ingreso en su cuenta —le dice Julieta al anciano.

Comparten un aperitivo cerca del río, donde Sancho acaba de entrenar. Falta poco para los campeonatos nacionales de remo y han regresado unos días a España.

—Hiciste bien en creerle.

—¿Usted piensa que la historia es cierta?

—¿La tienda funciona? —inquiere Pepe.

—Funciona, sí, y vendemos mucho por internet, a las chicas les encantan las cajitas de *outfits* que les preparo —le explica la diseñadora.

—No sé qué es eso. —Pepe hace un gesto de disgusto con la mano—. ¡Qué manía de usar palabras extranjeras!

—Atuendos —aclara Sancho.

—Ahh, ¿y eso lo mandas en cajas?

—Sí, mire. —Julieta saca el móvil del bolso y busca en la pantalla —. Las chicas reciben la ropa y graban estos vídeos para subirlos a sus redes sociales.

—¿Tú les pagas? Porque se te irán unos buenos cuartos.

—Noo, lo hacen por gusto.

—¿Por gusto o por los *laikes* esos?

—Los *likes.*

—Sí, eso he dicho, que mi nieto lo dice mucho, los «me gusta».

—Sea como sea, lo hacen y todo ayuda a crecer, Pepe.

—Mi niña te hizo un buen dibujo, eso también ayuda.

—Eso lo que más, no sabe lo mucho que le debo agradecer a Victoria por su creatividad para diseñar mi etiqueta.

El anciano cabecea complacido.

—Nos vamos a pedir otro tinto —anuncia de momento.

—¿Otro? —se alarma Sancho.

—Otro, sí, que no hemos brindado.

—Pues tiene usted razón —dice Julieta llamando al camarero—. ¿Y por qué brindamos?

—Vamos a brindar por este hombre, mi nieto postizo —señala a Sancho con la barbilla—, que siempre pensó que Julieta no lo quería a él ni a su pierna tonta y mira dónde estáis.

—Era un «Julieta no me quiere» con el «no» entre paréntesis —aclara Sancho antes de sonreírle a Julieta, completamente enamorado.

—Huy, qué mirada —dice Pepe—, ¿tenéis que hacer hoy muchas visitas más?

—No, por hoy no, ¿por qué lo pregunta? —inquiere curioso Sancho.

—Porque esa mirada busca siesta, ya me entendéis… Que tú te tendrás que recuperar de tanto remo, niño.

El camarero acaba de plantarse ante ellos para tomar nota de su nuevo pedido.

—Estos jóvenes no desean nada, que hay prisa.

—Disculpe, tenemos el bar lleno, no he podido acercarme antes —se lamenta el camarero.

—Nada, no molesta, es más, lo agradecen. —Guiña un ojo a Julieta mientras esta se incorpora para ayudar a Sancho con la muleta.

—¿Usted se queda?

—¡¡La pregunta ofende, nene!! —Pepe les hace un movimiento con la mano indicándoles que se marchen.

Junto al cauce del río pasean. Se sonríen.

—¿Lo echas de menos? —Julieta señala hacia el agua.

—He vivido mucho aquí, sí, pero si hay donde remar estaré donde tú estés, ya lo sabes.

—Nunca voy a poder agradecerte…

No acaba lo que quiere decir.

—No necesito agradecimientos, solo este apoyo.

Sancho enlaza su brazo con el de Julieta, no hay más que decir.

Agradecimientos

A esos fieles lectores que desde que inicié esta andadura esperan mis historias con la ilusión intacta de mi primera publicación.

A Almu Costa @misunderart por la bonita portada, por captar a la perfección mis ideas y plasmar con su preciso trazo la ilustración que la protagonista de esta historia había soñado para la etiqueta de sus diseños de moda: una Julieta huyendo de ese Romeo en el balcón.

Gracias Fransy @lecturasfransy por ser apoyo constante y lanzar un salvavidas cada vez que las ganas flaquean.

Y a ti, si me has descubierto con esta novela, bienvenida/o seas. Gracias por la oportunidad. Te invito a conocer el resto de mis novelas publicadas con HQÑ:

Dímelo a los ojos: un viaje por Irlanda, una comedia romántica de todo en un día donde se da visibilidad a las personas sordas.

Amelia, Emilia y su inesperado idilio: publicada bajo el sello Elit Lgtbi, una historia dulce, tierna, amable. Dos mujeres fuertes, imperfectas dispuestas a luchar por su bonita relación.

El mundo está lleno de pelos en la sopa: Nueva York, un piso compartido, una cocinera en busca de su sueño dispuesta a dejar atrás todo lo que no le aporta nada bueno. Una comedia con protagonistas que ya pasan de los treinta. Porque esos «pelos en la sopa» no son sino personas tóxicas que debes saber apartar de tu vida del modo más elegante y educado posible.

Gracias a Harlequin Ibérica por la oportunidad.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





Los hombres son como el ron

Fau, María
9791370009656
176

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Estaban decididas a olvidarse del amor, pero el amor no tenía pensado olvidarlas a ellas

Aldara, que está preparando su trabajo fin de máster en Nueva York, vuelve a Madrid para la boda de su madre, Eva, y se encuentra con que esta ha dejado a Martín, su novio, al pie del altar. Mientras intenta digerir el cambio, se entera de que su propio novio, Barn, la engaña con una compañera de trabajo y rompe con él.

Una pequeña catástrofe doméstica y la tozudez de Eva llevan a Aldara a presentarse en la casa extremeña de Martín donde, muy en contra de su voluntad, un esguince la obliga a quedarse dos semanas conviviendo con un ex-futuro padrastro al que encuentra encantador y un ex-futuro hermanastro, David, que es odioso… y adorable. La hostilidad inicial entre Aldara y David se va transformando en una inesperada complicidad… y algo más.

La reaparición de Barn y una serie de alocados malentendidos hace girar de nuevo la ruleta de la suerte: ¿Qué decidirá Aldara? ¿Tendrán Eva y Martín una nueva oportunidad?

- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporáneo, histórico, policiaco, fantasía… ¡Elige tu romance favorito!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



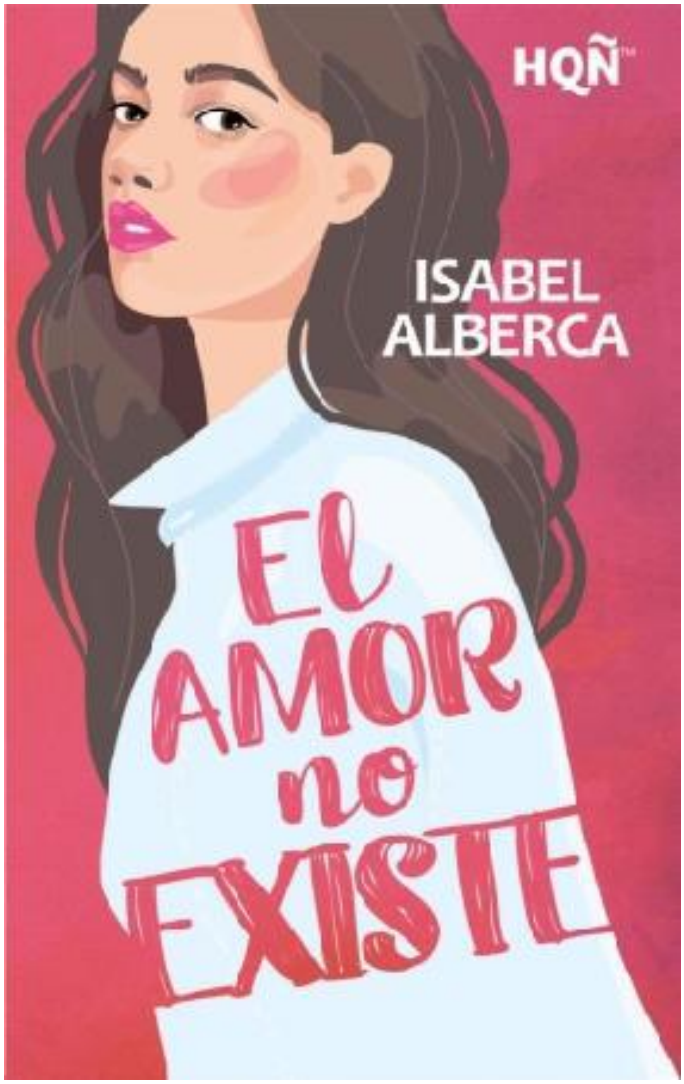
Dímelo a los ojos

Cuneo, Pintina
9788411801126
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

HQÑ 366 Un viaje. Dos mujeres. Y perder el autobús al regreso de una excursión. Lola necesita volver a su hotel en Belfast, recoger sus maletas y regresar a España, ya que en poco más de veinticuatro horas debe acudir a una importante entrevista de trabajo. Sin dinero y con un nivel de inglés muy bajo, ve que no podrá cumplir su objetivo. Sin embargo, Fabián está dispuesto a ayudarla, un extraño con el que tendrá algún que otro problema de comunicación… y no solo por el idioma. Un viaje por carretera en el que puede ocurrir de todo. Una historia de amor sin límites ni barreras.Una aventura inesperada y divertida entre dos desconocidos.Una comedia romántica con un road trip que transcurre en un día.Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos. Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, romance… ¡Elige tu historia favorita! ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El amor no existe

Alberca, Isabel
9788411805414
272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

HQÑ 372

Un plan que, sin esperarlo, cambiará su vida y su destino.

Mérida tiene una cosa muy clara: el amor no existe. Ella ha formado una barrera alrededor de su corazón y solo tiene espacio en su vida para su familia, sus amigos y, sobre todo, su trabajo, por el que haría cualquier cosa, incluso trazar un plan para obtener el puesto por el que lleva tantos años luchando.

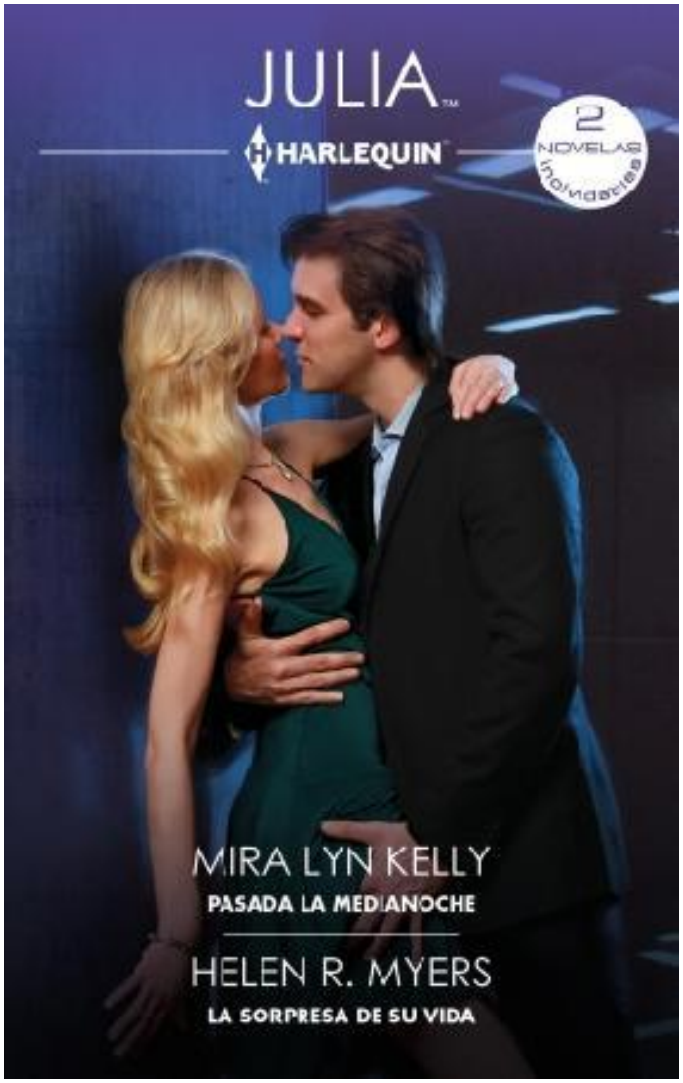
Para alcanzarlo, su objetivo es Álex, el hermano de uno de los clientes que podría ayudarla a conseguir el éxito, pero ¿y si nada va cómo ella había ideado? La conexión entre ellos es tan fuerte que hace que su mundo se tambalee y que tenga que tomar una de las decisiones más importantes de su vida: seguir adelante con el plan sin que le importe nada más y alejarse de una persona que puede llegar a derribar el muro que tanto le ha costado construir, o rendirse ante las nuevas sensaciones que puede llegar a experimentar junto a él.

¿Se arriesgará a sentir algo nuevo o, por el contrario, el miedo la detendrá?

- ¿Qué pasa cuando te desilusionas y dejas de creer en el amor?
- No es malo salir de nuestra zona de confort, aunque se tenga mucho miedo al hacerlo.
- Una conexión inexplicablemente fuerte, capaz de derribar muros.
- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, romance… ¡Elige tu historia favorita!

- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Pasada la medianoche - La sorpresa de su vida

Kelly, Mira Lyn

9791370170486

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

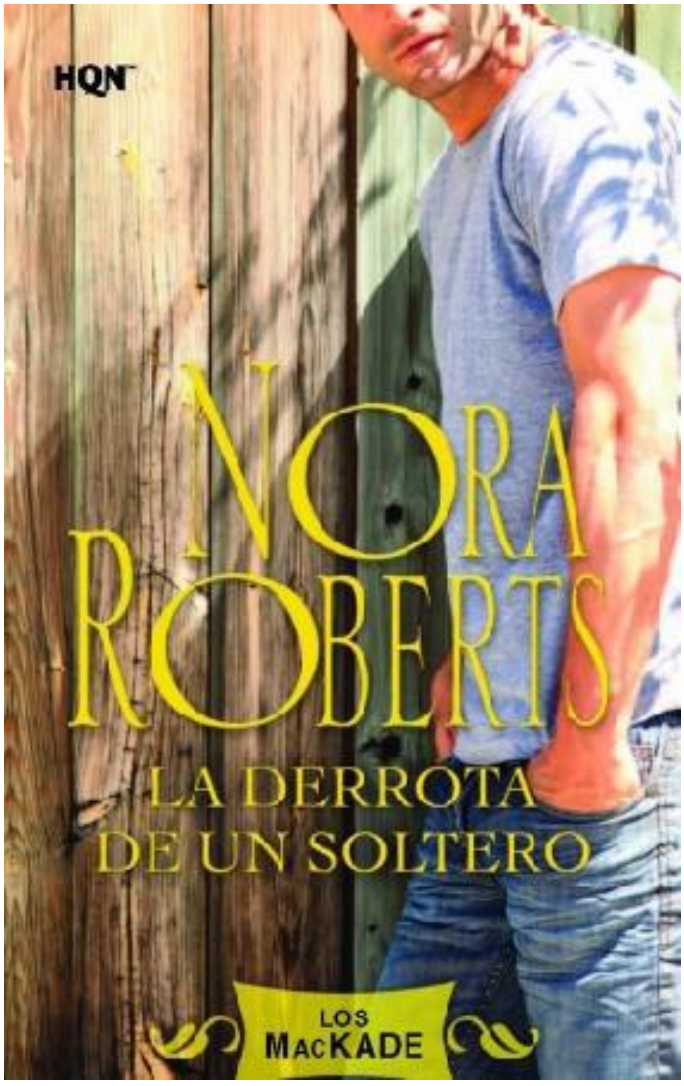
Pasada la medianoche

"Eres tan poco adecuado para mí". Levi estaba totalmente de acuerdo. Lo era. Iba a marcharse de Chicago dentro de pocas semanas. Además, nunca se comprometía. Sin embargo, aquella noche y aquella chica eran tan especiales… hacían que se sintiera tan bien… ¡Hasta las once y cincuenta y nueve minutos, cuando ella se fue! ¿Qué había hecho? Las cosas acababan de empezar, ¡y ella ya se había marchado! ¿Cómo iba a encontrarla y a volver a meterla en su cama, y en aquella ocasión, durante la noche entera? Parecía que él, que siempre se alejaba de todas las mujeres, se había topado con una que le había dejado deseando más y más…

La sorpresa de su vida

El vecino de al lado Eve Easton tenía una especial precaución con los vecinos porque su exmarido se había marchado con la vecina de al lado. Se había mudado a otra ciudad, en otro estado… solo para descubrir que su vecino era la segunda víctima del fiasco: el agente del FBI Derek Roland, el alto, moreno y apuesto exmarido de la mujer por la que su ex la había dejado. En lo que se refería a los vecinos, su intención era alejarse todo lo posible, pero en aquel caso no le resultaba fácil respetar esas normas y, aparentemente, a Derek le pasaba lo mismo. Paradójicamente, los dos habían viajado kilómetros y kilómetros para encontrar lo que estaban buscando justo en la casa de al lado.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La derrota de un soltero

Roberts, Nora
9788490105146
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las historias de cuatro hermanos irresistibles... y las mujeres que fueron capaces de domar sus corazones salvajes.

A Shane MacKade le encantaban las mujeres, pero no había conocido a ninguna que hiciera que se pusiera a silbar la marcha nupcial, hasta que apareció la doctora Rebecca Knight. El problema era que ella conocía demasiado bien las leyendas de los MacKade como para sucumbir a su encanto. Tal vez había llegado el momento de hacer una proposición, porque Shane no podía vivir sin ella.

Para la doctora Rebecca Knight, todo tenía una explicación. Hasta que empezó a tener pensamientos irracionales respecto al atractivo Shane MacKade. No sabía demasiado sobre los hombres, pero estaba segura de una cosa: amar a Shane era peligroso, y a Rebecca no le gustaban los riesgos.

Saga los MacKade

En la pequeña ciudad de Antietam, en Maryland, un misterio de la Guerra Civil ronda la vida de los cuatro apasionados hermanos MacKade,y cada uno de ellos irá encontrando los caminos del amor. Los otros títulos de la saga: Recordando el ayer, Atreverse a amar y Una larga espera.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)